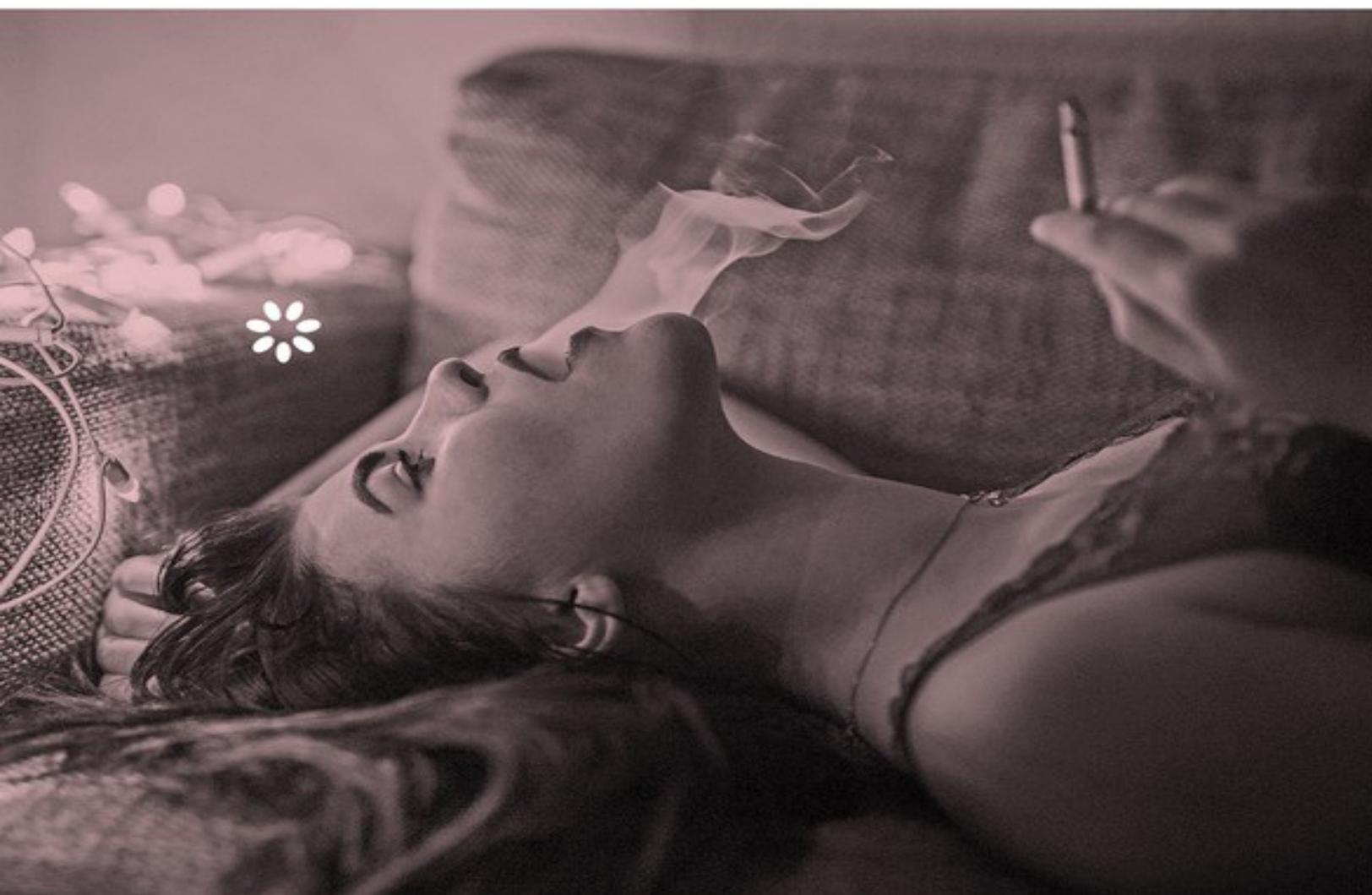


Libros del Asteroide 

# Leonard Michaels

## Sylvia

Prólogo de Alan Pauls



**Leonard Michaels**

Sylvia

Prólogo de Alan Pauls

Traducción de Carlos Manzano

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

Prólogo

Sylvia

Colofón

Nota biográfica

Primera edición, 2017 Título original: *Sylvia*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1990 by Leonard Michaels  
All rights reserved including the rights of reproduction  
in whole or in part in any form.

© del prólogo, Alan Pauls, 2017  
© de la traducción, Carlos Manzano, 2017  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Good Vibes Creative / Jan Glaser

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-20-1  
Depósito legal: B.18.068-2017  
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.  
Composició digital: Newcomlab S.L.L.

## Prólogo

En *Sylvia* no hay suspenso. Apenas empieza el relato, como en las tragedias griegas, la suerte está echada, y está echada aun antes de que se arrojen los dados. Prerrogativas de la ficción autobiográfica: *Sylvia* es la versión estilizada del primer, catastrófico matrimonio de su autor, Leonard Michaels; el hombre que hacia fines de los años ochenta se decide por fin a escribirla, casi treinta años más viejo que el que la vivió, escritor más que reconocido, sabe demasiado bien que el menú con que termina su relato no incluye perdices sino cuarenta y siete pastillas de Seconal. La forma trágica, sin embargo, es una decisión literaria, no un dictado de las circunstancias. El relato de Michaels no descubre, no devela nada que no esté cifrado ya en la sorda combustión de sus primeras páginas, cuando el narrador, convencido de acudir a una cita inofensiva con una amiga de la universidad, tropieza de golpe con el plus de esa morocha desconocida que acaba de salir de la ducha, o en la eficacia sinóptica de una sola escena, un solo gesto, un solo objeto: el traje de baño del novio italiano de Sylvia, que esta deja colgando del picaporte del lado de afuera de la puerta mientras espera en el sillón, desnuda, que su nueva presa —el incauto narrador— caiga en la trampa. Apenas los dejan solos, antes incluso de intercambiar las primeras palabras, el narrador dice sentir que son «una pareja condenada a una cita sacrificial».

Como pasa con los grandes relatos, lo que importa no es la carnicería sino la morbidez de la carne, el filo, el brillo y la elegancia de los cuchillos y, sobre todo, los matices infinitos que el rojo sangre es capaz de cobrar cuando los ilumina un ojo fotosensible. Todo está escrito desde el comienzo, en *Sylvia*, de modo que todo puede suceder rápido, muy rápido, como solían suceder las cosas en los buenos viejos tiempos, y sobre todo en la Nueva York que describe Michaels, tan autobiográfica como los hitos cada vez más atroces de su vía crucis sentimental: una ciudad que es pura simultaneidad, suerte de orgía de radicalidad donde el vociferante Lenny Bruce coexiste con las espaldas de Miles Davis, el saxo de Ornette Coleman musicaliza la

prédica de Malcolm X y el protoescritor que despierta entre cucarachas y ratas —zoo de cristal de los departamentostugurio donde palpita la bohemia neoyorquina— se pasea una hora más tarde en un Porsche descapotable con Jack Kerouac en el asiento delantero, declamando a voz en cuello las insidias que los críticos escriben sobre él.

Para el narrador y Sylvia —*flapper* anacrónica, cuyo flequillo Michaels trasplanta, ayudado por el psicoanálisis, de los *roaring twenties* a los *golden sixties*— se trata ante todo de avanzar a toda velocidad, quemar etapas. Recién se conocen y ya se han mudado juntos de ciudad, ya se descubren durmiendo bajo el mismo techo. No es de extrañar, pues, que ese primer hogar les dure lo que les llevó elegirlo: una noche, tiempo suficiente para que quien les alquila la pieza sufra en carne propia los efectos del *soundtrack* pasional (fornicar + pelear), aún indecorosos, al parecer, para los estándares más bien laxos de los años sesenta. Pero la calle en la que los amantes se sorprenden al otro día no es un accidente sino una necesidad, la ley fatal de una relación que ya al mes de nacer se piensa como «desventurada»: la intemperie es el espacio propio del calvario amoroso, no importa si adquiere la forma visible de un dos ambientes en Greenwich Village, un estudio en el SoHo o un piso en Columbia, tres de los puntos cardinales entre los que Michaels hace rebotar sin piedad a sus dos héroes sangrantes.

Claro que no sangran por la misma herida. Sabemos que Sylvia Bloch tiene diecinueve años, que es judía y huérfana y no «guapa pero sí muy inteligente», que nunca tuvo (ni tendrá) un orgasmo, que cursa la carrera de Clásicas solo porque el narrador se lo sugiere, que tiene el primer y último gesto de amor banal con el narrador —una vianda para el tren acompañada de una esquila con las palabras «Te quiero»— cuando acaba de separarse de él, que le gusta tirar y romper cosas, simular, sufrir y hacer sufrir, *desproporcionar*, amenazar con suicidarse, suicidarse por fin. Pero ¿está loca Sylvia? El lector precavido se lo pregunta bastante antes que el narrador, y con idéntica precocidad comprende también hasta qué punto la pregunta es irrelevante, burguesa, incluso vulgar —tanto como los tapizados tajeados o los cachivaches rotos con que los filisteos confundían las obras maestras de la vanguardia— aplicada a este frenesí que atraviesa en llamas una época *que elogia la locura*, donde la deformidad no es un accidente indeseado sino un

valor (Diane Arbus es uno de los cameos conspicuos del libro de Michaels) y la inestabilidad menos una contrariedad a evitar que una experiencia imperdible, la única verdaderamente digna de ser experimentada.

Sin embargo, fieles a un *identikit* de mujer-bruja que vetea de un machismo aterrado pero reverencial un buen paño de la mejor literatura contemporánea —del despiadado Philip Roth de *The Facts*, donde Roth rememora su borrascosa relación con Margaret Martinson, al paternalismo enternecido del Cortázar de *Rayuela*, con la Maga como musa loca e inocente—, los descalabros de Sylvia son tan culpables del veredicto psicopatológico con que el lector masculino se apura por neutralizarlos como de su propia envergadura de personaje: *bigger than life*, hilarante y feroz, extraordinario, o en todo caso extraordinariamente más *comprador* —no importa lo mucho, lo en vano que intentemos ahora devolver eso que hemos comprado— que la sensatez apática y desconcertada del narrador, judío también pero de la rama víctima, siempre sorprendido y perplejo y un poco farsante, siempre apagando incendios ajenos, siempre tironeado entre las bolsas de *kreplaj* y *knishes* con que lo carga su madre y los sos coléricos, los reclamos, los ultimátums de Sylvia. *Cherchez la femme*, sin duda. Pero ¿para qué buscarla si es ella —mujer medusa, monstruo inconformable, motor insomne— la que está todo el tiempo en cámara, presente como una pesadilla, aun cuando el rostro pálido que se desvive por ocupar el cuadro sea el del narrador?

Y sin embargo *hay que* buscarla. Además de ser un retrato genial de *psycho fatale* y una de las *memoirs* de infierno sentimental más espeluznantes que haya dado el fin de siglo pasado, *Sylvia* es también una fábula de iniciación, la crónica de las primeras escaramuzas de un aprendiz de escritor que, para decirlo suavemente, no da pie con bola. Es un plano del libro que se suele pasar por alto, a tal punto tienden a eclipsarlo el magnetismo bestial de la mujer poseída y la lógica autodestructiva, a la vez redundante y errática, disparatada y monótona, de una gran pasión con destino de escombros. En rigor, la guerra amorosa va en *Sylvia* de la mano de la literaria. Amar y escribir: ese es el plan inicial del narrador, que el narrador mismo —perfectamente al tanto, sin embargo, del final de catástrofe que lo espera— evoca al principio fingiendo algo del entusiasmo, la fe, la virginidad originales con que lo acometió. Por cándido que sea, el programa llama la

atención por lo persistente. A lo largo del libro, el narrador ama tanto como escribe —lo que, dada la clave catástrofe del relato, quiere decir más bien que tropieza, pierde pie, se enfanga y naufraga tanto en el amor como en la escritura. Y aunque las batallas del primero lucen bastante más espectaculares que las de la segunda, es difícil no ver hasta qué punto están conectadas, en qué medida la intensidad crítica del frente amoroso —frenesí, crispación, imprevisibilidad— no es la contracara de los traspies opacos del literario sino más bien su combustible, su materia prima, incluso su condición de posibilidad.

¿Era así como había que amar para poder escribir, al uso psicopático, vampirizándose hasta la demencia, en los «tristes, apasionantes, extraños» años sesenta? La lección de *Sylvia* toca la relación radioactiva entre vivir y escribir, pero la cosa no es tan simple. «Nada tenía del todo sentido por sí mismo. Nada era sencillo»: si hay algo del paradigma sesentista a lo que Leonard Michaels sigue fiel en los noventa es esa compulsión a eludir lo directo, cierto goce del sentido obtuso que permitía que pelear fuera la metáfora de follar (y viceversa) y, para un aprendiz de escritor, quizá, que escribir fuera la metáfora de amar (y viceversa). «En el estilo coloquial de aquella época», rememora el narrador, «todo era siempre sobre algo, o, dicho de otro modo, todo era siempre en realidad sobre algo diferente de aquello sobre lo que parecía ser». En ese sentido, lo que el narrador le debe a Sylvia es mucho, muchísimo más que cuatro años de oscura, malsana, procelosa vida sentimental. Le debe en rigor su *máquina de escribir*: sin duda el artefacto mismo, la Olivetti Lettera 22 que Sylvia le regala (y luego, en uno de sus raptos de furor, le arroja a la cara y estrella contra la pared sin estropearla, al punto tal que es la misma que Michaels dice estar usando en los noventa), pero, de un modo más fundamental, el programa literario que vertebra sus primeros pasos en la escritura.

Nada excepcional: muchos de estos duelos entre mujeres-brujas y hombres-víctimas están animados por deudas esenciales. El varón no ve la hora de librarse del monstruo que lo enloquece, pero sabe que ese monstruo lo es todo para él, y que el martirio no es sino la máscara más superficial (más autoexculpatoria) de una voluntad de avidez, aprendizaje y apropiación que se niega a decir su verdadero nombre. En *Sylvia*, el narrador se hace

escritor *gracias* a la loca que lo enloquece, no contra ella. Sus intentos desesperados de tomar distancia, aislarse («¿Ya te vas a tu agujero?»), preservar una autonomía personal son solo el maquillaje que disimula —mal— la tasa de necesidad, casi de adicción, que su deseo literario acusa respecto de esa prodigiosa fábrica de producir signos, situaciones, aventuras, que es la mujer de la que busca alejarse.

El problema es que, como sucedía con los maridos burgueses del siglo XIX, la vida literaria del narrador es una vida doble, y está perfectamente tabicada. En una, la vida «oficial», intenta escribir relatos, «ficciones» que —acaso como garantía de pureza— tienen prohibido cualquier contacto con la vida; en otra, la secreta, escribe un diario íntimo, parte de guerra clandestino donde consigna una tras otra, acaso para poder recordarlas, las batallas en que se trenza con su enamorada implacable. Las ficciones son arduas, desconcertadas, poco satisfactorias; anhelan siempre una música abstracta, ideal (la tiranía del jazz, modelo musical hegemónico de la literatura de los años sesenta), a la que nunca terminan de acceder, y se condenan a una decepción incurable. El diario, en cambio, fluye como el agua, entre otras cosas porque es un género obtuso, ensimismado, absorto en el presente, que no se deja distraer ni tentar por trascendencia alguna. Tiene el estilo seco, la sintaxis precisa y el tono de brillante constatación —«No tengo trabajo, no tengo trabajo, no tengo trabajo. No he publicado nada. Estoy casado con una loca»— que harán célebre a su autor.

Michaels tardará años en comprender que los diarios —archivo de su relación psicopática con Sylvia Bloch—, lejos de oponerse a la ficción, eran en realidad su matriz primordial, y que escribir no era romper ni alejarse de la vida, como sostenía su joven precursor, sino descubrir la articulación singular, a la vez obvia y misteriosa, como la tapa de la mesa de trabajo del narrador («Escondía el diario en un espacio justo debajo de la superficie de la mesa en la que escribía los relatos»), que la conectara con ella de manera absoluta. *Sylvia*, el libro terrible que el lector tiene entre las manos, es la evidencia de que la encontró. Nacido como una expansión del último capítulo de *Shuffle* (1990), el primer libro de ficción autobiográfica que publicó Michaels, *Sylvia* es menos una *memoir* que una glosa descarnada, un ejercicio de relectura comentada, ampliada y hasta exagerada del diario íntimo que

Michaels empezó a principios de los años sesenta, que llevaría durante treinta años y que terminaría publicando en 1999, casi a modo de último libro, o de obra maestra, con el título bastante proustiano de *Time Out of Mind*.

ALAN PAULS

**Sylvia**

¡Qué inasible es la vida!  
Solo revela sus rasgos en el recuerdo  
y la inexistencia.

ADAM ZAGAJEWSKI

En 1960, después de seguir dos cursos de doctorado en Berkeley, volví a Nueva York sin un título, sin la menor idea de lo que haría y con el único deseo de escribir relatos. También había asistido, de 1953 a 1956, a cursos de doctorado en la Universidad de Michigan. En total, cinco años de clases de literatura. No sé de qué otro modo podría haber pasado aquellos cinco años, pero no quería asistir a más clases magistrales ni estudiar para más exámenes ni verme envejeciendo en una biblioteca. En el periódico de la universidad había un anuncio en el que se solicitaba a alguien para conducir un automóvil de Berkeley a Nueva York, con los gastos pagados. Llamé y, unos días después, iba, de vuelta a casa, conduciendo un Cadillac descapotable por montañas y praderas, como un hombre superespecializado de veintisiete años, que fumaba cigarrillos y no podía dar mejor explicación de sí mismo que la de decir: «Me gusta leer». Aunque estos otros hechos no modifiquen gran cosa el relato, tenía muchos amigos, me llevaba bien con mis padres y gustaba a las mujeres. Al dirigirme a gran velocidad hacia la gran ciudad en un gran automóvil ajeno, tenía la sensación de que la vida me sonreía.

El piso de mis padres en el Lower East Side de Manhattan, con cuatro habitaciones y un balcón, era demasiado pequeño para acoger a otro adulto, pero yo no iba a permanecer demasiado tiempo en él. En cualquier caso, mi madre me hacía sentirme como un niño. Parecía natural. «¿Qué estás haciendo?», decía. «¿Lavando los platos? Vamos, vamos, déjalo. Siéntate y tómate una taza de café.»

Mi padre suspiraba, movía la cabeza y encendía un puro. Sin palabras, me daba a entender que yo no había hecho nada para satisfacerlo.

Desde el balcón, a una altura de catorce pisos, yo contemplaba el Seward Park. Había mujeres que charlaban sentadas en bancos. Sus hijos jugaban en el cajón de arena. En pistas cercanas, había, mañana y tarde, partidos de baloncesto y béisbol. Los domingos, se instalaba rápido un rastro en un rincón del parque: ropa barata, chillona, fea, extendida sobre los bancos. Entre los arbustos, podías hablar con un hombre que vendía cámaras

y televisores robados. Por la noche, bajo el exuberante dosel de sicómoros y robles, las prostitutas se llevaban a sus clientes. Más allá del parque, hacia el norte, veía Delancey Street, la boca del puente de Williamsburg tragando y expulsando tráfico. Más al norte, estaban el Empire State Building y el Chrysler Building. Desde niño, siempre los había considerado personas importantes de la ciudad. A unos grados a la derecha, veía la complicada estructura metálica del puente de la calle Cincuenta y nueve. Hacia el oeste, allende Chinatown (donde en tiempos vivía Arlene Ng, de diez años de edad, mi primer gran amor) y Little Italy (donde mataron a Joey Gallo, en el Umberto's Clam House de Mulberry Street), asomaban los edificios de las empresas financieras de Wall Street y el puente de Manhattan. Camiones, coches y trenes cruzaban como flechas la red de cables por encima del East River y hacia Brooklyn. Los barcos cargueros avanzaban despacio, como en un sueño, desde el océano o hacia él. En el cielo, escuadrones de palomas trazaban grandes círculos y las altísimas gaviotas formaban líneas rectas. También había gorriones muy veloces y aeroplanos que se dirigían a la India y al Brasil. Noche y día, llegaba, desde todas las direcciones, el runrún de lo *tremendum*.

Pasé horas al teléfono para contar a mis amigos que había vuelto y me quedaba hasta las tantas de la noche sentado a la mesa de la cocina, tomando café, leyendo y fumando. La mayor parte de la ciudad dormía. En el silencio, oía sirenas de policía desde zonas tan lejanas como Houston Street. A veces, hacia el mediodía o más tarde, me despertaban los olores de la comida que preparaba mi madre y que, como la luz, se volvían más tenues con el paso de las horas. Los días eran muy semejantes unos a otros. Nunca sabía el día de la semana en que vivía hasta que lo veía en el periódico. Lo olvidaba al instante. Después de que mis padres se hubieran acostado, salía a comprar *The Times* y luego miraba los anuncios por palabras. Entre miles y miles de empleos, ninguno llevaba mi nombre. Quería hacer algo, no tener algo que hacer. Mi padre, acostado en la cama grande con mi madre, roncaba al otro lado del cuarto de estar a oscuras, al final del pasillo.

Pese a mis pesares por los estudios —años perdidos, sin doctorado—, aún no me afectaban las opiniones ajenas. No había fracasado gravemente en nada, a diferencia de Francis Gary Powers, por ejemplo, cuyo nombre oía

todos los días. Su avión espía U-2 había sido derribado sobre Rusia y él no había conseguido matarse antes de ser capturado. Al contrario, confesó ser un espía. El presidente Eisenhower, quien afirmó que el U-2 era un avión de observación meteorológica, quedó como un mentiroso.

Había pocos héroes. Malcolm X y Fidel Castro, increíblemente valientes, eran figuras de un desorden violento. Los dos habían estado en la cárcel, pero incluso en deporte, donde los héroes son sencillos, podían ser víctimas de la violencia. Una enorme turba bajó de las gradas después de un partido de béisbol, rodeó al gran Mickey Mantle, le desgarró la gorra, le arañó la cara y le dio un puñetazo en la mandíbula tan fuerte, que hubieron de explorarlo con rayos X para ver si le habían roto el hueso.

El olor de la tinta fresca del periódico, película grasienta en la punta de los dedos, se mezclaba con el humo del cigarrillo y el sabor a café. Las páginas pasaban y crujían como el fuego o como huesos rotos. Leí la noticia de que durante el fin de semana del Memorial Day habían muerto trescientas sesenta y siete personas en accidentes de tráfico y, desde el momento en que se utilizó el primer automóvil, más de un millón de personas habían muerto en nuestras carreteras, más que en todas nuestras guerras. Y mira: encontraron muertas a dos hermanas en su piso de Gracie Square, en la bañera, vestidas con camisón. Una de ellas tenía una navaja en la mano. No se hablaba de sangre. Así era el periodismo antiguo, respetuosamente distanciado de la tragedia personal. Nada se decía sobre cómo se habían colocado las hermanas en la bañera. Su vida había ido extinguiéndose, mientras la multitud salía de las gradas como un vómito para rendir culto y mutilar a Mickey Mantle. No había significados grandiosos, solo los clamores de los sucesos. Yo leía asiduamente. Me mantenía informado sobre mi especie.

Una semana, más o menos, después de llegar, telefoneé a Naomi Kane, una buena compañera de la Universidad de Michigan. Habíamos pasado muchas horas juntos tomando café en la Asociación de Alumnos, centro de la vida social y romántica, los cotilleos y la ociosidad. Naomi, que se había criado en Detroit, en una casa grande y confortable, totalmente rodeada de olmos, vivía

entonces en Greenwich Village, en el sexto piso de un antiguo edificio de ladrillo de MacDougal Street.

—Empuja con fuerza la puerta de la calle —me dijo—. No hay timbre y la cerradura está rota.

Caminé desde la casa de mis padres hasta el metro, tomé la línea F, me senté y me quedé sumido en una pasividad insensible. El tren corría con estruendo por las entrañas de roca de Manhattan hasta la estación de la calle Cuatro Oeste. Subí tres tramos de escaleras por la sórdida y resonante caverna y después salí a la luz de una calurosa tarde de domingo.

Por las calles del Village pasaban lentas y túrgidas multitudes de visitantes, sobre todo por MacDougal Street, la calle principal entre la calle Ocho y Bleecker Street, con la famosa Librería de la Calle Ocho en un extremo y en el otro el famoso bar San Remo. Yo había pasado innumerables veces por MacDougal Street en mi época de estudiante de bachillerato, cuando mi novia vivía en el Village, y, más adelante, durante toda la etapa universitaria cuando mi segunda novia vivía también en el Village, pero había estado fuera dos años. No había visto aquellas nuevas y enormes muchedumbres y nuevos cafés y tiendas por todo el recorrido. No había respirado la nueva atmósfera apocalíptica.

Por entonces, Elvis Presley y Allen Ginsberg eran los reyes de los sentimientos y la palabra «amor» era como una proclamación con la misma fuerza que la de «matar». La película *Hiroshima, mon amour*, sobre una mujer enamorada de la muerte, era un gran éxito, como también *Orfeo negro*, en la que la Muerte enamorada persigue a una mujer. Vi un grafito pintado con tiza en la pared de la estación de metro de la calle Cuatro Oeste: A LA MIERDA EL ODIO. Otro decía que el alcalde Wagner era una lesbiana: una estupidez espléndida, pensé, pero después caí en la cuenta. Recordé una fotografía del periódico en la que se veía a las cien primeras vigilantes de estacionamientos con uniformes de color azul pizarra. Estaban en formación, al modo militar, mientras el alcalde les pasaba revista; de ahí lo de lesbiana. Antes de 1960, ¿se podía haber tenido esa idea, haber concebido ese chiste? Había habido una evolución de la sensibilidad, un contagio visionario debido tal vez a las drogas —marihuana, heroína, anfetaminas, barbitúricos—: la poesía de la conversación corriente. El aire estaba impregnado de un extraño delirio

y también los lentos y sensuales cuerpos que caminaban, cansinos, por MacDougal Street. Me abrí paso entre ellos hasta que llegué al estrecho edificio cubierto de hollín en que vivía Naomi.

Abrí empujando la puerta de la calle y entré en un largo pasillo pintado con esmalte verduzco, que daba un brillo como de escamas a las paredes. El pasillo conducía derecho, cruzando el edificio, a la puerta de un café llamado The Fat Black Pussy Cat. Impulsado por las opresivas y repugnantes paredes verdes, apenas separadas de mis hombros por menos de medio metro, caminé rápido. Justo antes de la puerta de The Fat Black Pussy Cat, llegué a una escalera con barandilla de hierro. Subí seis pisos acompañado por la vida del edificio. En un tocadiscos sonaba un *blues*; una señora anciana gritaba en italiano a un niño llamado Bassano; en un retrete del pasillo se oía correr sin cesar el agua de una cisterna. En el sexto piso, giré a la derecha y recorrí un pasillo oscuro, más estrecho que el del nivel de la calle. Más allá del rellano, no había luz en el techo. Al final del pasillo se veía la claridad de una ventana. Las frágiles arrugas del viejo linóleo crujían como cáscaras de huevos bajo mis pies. La puerta de Naomi, en tiempos entrada de una oficina, tenía una ventana de vidrio opaco. Llamé. Naomi abrió. Me recibió con un gran abrazo y me hizo pasar a una cocinita.

Tras ella, vi una nevera y un fogón. Un medio tabique separaba la cocina del cuarto de estar, con una abertura para pasar. El tabique servía de repisa para un teléfono, papeles, libros y ropa. Una pared de ladrillo desnudo dominaba el cuarto de estar. El suelo estaba hecho de anchos tablones toscos y astillados, como en un almacén, y cubierto de ropa interior, zapatos y periódicos. La luz, procedente de una ventana alta, llegaba del oeste. La ventana daba a tejados que se extendían hasta el río Hudson y después más allá, hasta los acantilados de Nueva Jersey. Otra ventana alta, en la cocina, daba al este, a un edificio de la acera de enfrente, idéntico a aquel en que me encontraba. Supuse que el piso de Naomi, en pleno Greenwich Village, debía de ser envidiable. Naomi dijo: «Déjate de bromas. Pago cuarenta pavos al mes». Después me presentó a Sylvia Bloch.

Estaba descalza en la cocina cepillando su larga y negra melena asiática mojada. Al parecer, acababa de salir de la ducha, una alta cabina metálica en la cocina, sobre una plataforma contigua a la pila. Una cortina de plástico

impedía que el agua salpicara al suelo de la cocina. Me saludó, pero no me miró, demasiado ocupada como estaba moviendo la cabeza a derecha e izquierda y sacudiendo el enorme peso de su negra melena como una cortina brillante. El cepillo estuvo bajando y saliendo de su pelo hasta que ella dejó de repente de cepillárselo, entró en el cuarto de estar, se dejó caer sobre el sofá, se recostó en la pared de ladrillo y se abandonó totalmente. Después, sus ojos, tras un flequillo largo y negro, se movieron y me miró. La cuestión de qué hacer con mi vida en los cuatro años siguientes quedó resuelta.

Sylvia era esbelta y estaba bronceada. La melena le llegaba hasta casi el final de la espalda. El largo flequillo le ocultaba los ojos, con lo que parecía tímida o recatada y también de estatura menor que la media. Medía un poco menos de un metro setenta. Sus ojos, negros como su pelo, eran ágiles y brillantes. Tenía un cuello fino y largo, hombros anchos, caderas finas, muñecas y tobillos delicadamente modelados. Su figura y su suave y ovalada cara, con su ancha y sensual boca, me recordó a una estatua egipcia. Llevaba un ligero vestido indio de algodón con un complejo estampado de flores. Era del mismo tono carmelita que su piel.

Nos quedamos sentados en el cuarto de estar hasta que llegó el novio de Naomi. Era negro, alto y de tez clara. Aunque las parejas mixtas eran comunes, sobre todo con mujeres judías, me sorprendió. La conversación me resultó difícil, pues había decidido no mirar a Sylvia. El calor del verano y el desaliñado cuarto de estar, con su sucio suelo, no me permitían concentrarme ni me animaban a hablar. Soltábamos palabras, pero eran sosas y forzadas. Más que nada, sudábamos y nos mirábamos. Al cabo de un rato, Naomi propuso que fuéramos a dar un paseo. Me sentí aliviado y agradecido. Nos levantamos todos, abandonamos el piso, bajamos a la calle y caminamos en grupo poco compacto hacia el parque de Washington Square. Naomi se me acercó y susurró: «No te engañes, ¿eh?, que no es guapa».

Aquel comentario me avergonzó. Se había notado lo que yo sentía. Me había hipnotizado el fulgurante efecto exótico de Sylvia. Naomi parecía vagamente molesta, como si yo la hubiera defraudado. Quería hablar, hacerme ver claro, pero no estábamos solos. Dije: «Ummm», incapacitado para decir algo más. Estaba literalmente vacío. Entonces Naomi dijo, como haciéndome una concesión: «Eso sí, es muy inteligente».

Teníamos que haber ido a cenar juntos y después a ver una película, pero Naomi y su novio desaparecieron y nos dejaron a Sylvia y a mí solos en el parque. Los dos permanecemos callados. Nos habíamos vuelto unos inútiles sociales, demasiado stupidizados por la emoción para resultar divertidos. Seguimos juntos, como aturdidos, y a la deriva en aquel calor onírico. Nos habíamos conocido hacía menos de una hora y, sin embargo, en la plenitud de aquel momento parecía que siempre hubiéramos estado juntos. Recorrimos varias manzanas, sin coqueterías, sin apenas mirarnos, pero manteniéndonos muy juntos. Al final, dimos la vuelta y nos dirigimos hacia la casa; sin motivo, sin palabras, regresamos despacio por las calles y entre el gentío y después por el tétrico pasillo verde y los seis tramos de escaleras y entramos en el sórdido piso, como una pareja condenada a una cita sacrificial. No hubo comienzo. Hicimos el amor hasta que la tarde dio paso al atardecer y este a la noche cerrada.

Por la alta ventana abierta del cuarto de estar, veíamos el cielo nocturno y oíamos a la gente que pasaba por MacDougal Street, como un carnaval lunático, gritando, rompiendo cristales, queriendo herir, necesitando maldad. Alguien tocaba la guitarra en un piso cercano. Alguien lloraba. Pasaban luces por las paredes y el techo. La ciudad se manifestaba en aquel cuarto de estar. Nada de aquello tenía que ver con nosotros, tumbados y desnudos en el sofá, de la anchura justa para que cupiéramos los dos, contra la pared de ladrillo. Liberados por la relación sexual para hacernos confianzas sencillas, hablamos. Sylvia me dijo que tenía diecinueve años y acababa de abandonar la Universidad de Michigan, donde había conocido a Naomi. Unos años antes, el padre de Sylvia, que trabajaba para la compañía Fuller Brush, había muerto de un ataque al corazón. Los médicos le habían dicho que dejara de fumar y él lo intentó, cortando en dos sus cigarrillos y llevando las mitades tras las orejas hasta que no podía por menos de llevarse una de ellas a los labios y encenderla. Su madre era un ama de casa que había obtenido buenos resultados jugando a la Bolsa como diversión. Poco después de la muerte de su marido, enfermó de cáncer. Sylvia la visitaba todos los días en el hospital, al salir del instituto. Dijo que su madre se había vuelto exquisitamente

sensible a medida que decaía, hasta que incluso el olor del cable del teléfono contiguo a su cama le daba náuseas. Tras la muerte de su madre, Sylvia vivió con unos tíos en Queens. Tenía pesadillas y oía voces burlonas, como si la muerte de sus padres la hubiera vuelto despreciable. Para salir de Nueva York, solicitó matricularse en la Universidad de Michigan y en la de Radcliffe. Su novio estudiaba en la de Harvard. Lo describió como muy amable y apuesto, un rubio esbelto y de facciones atractivas. Dijo que ella era más inteligente que su novio, pero en Radcliffe la rechazaron. No la necesitaban; podían llenar fácilmente todas las clases con judíos alemanes. Sylvia se tomó muy a pecho aquel rechazo. Así acabó la relación con su novio. Su novio actual trabajaba en un restaurante del barrio. Era un italiano alto, cordial y guapo; muy sensible y amoroso. Según dijo, tenía que pasar por el piso aquella noche, a la salida del trabajo, para recoger su bañador.

Sylvia estaba contándome cómo había conocido a Naomi y también lo mucho que la quería.

—Pero Naomi me quiere en teoría, no en la práctica —dijo—. Es muy crítica, siempre está quejándose porque no encuentra un zapato o las gafas o algo en el piso. A veces me amenaza con no volver a casa, si no hago la limpieza.

—¿De verdad?

Yo escuchaba sin oír.

Su novio iba a presentarse por la noche. Sylvia no había hablado de él antes de dejarme desnudarla. Me sentí decepcionado y quería marcharme, puesto que tenía un novio. Tal vez lo habría hecho, en cualquier caso, pero de repente me sentí distanciado de Sylvia, como si en la oscuridad hubiera caído a un pozo, una oscuridad más densa. Quería marcharme y pensé en mi ropa tirada en el suelo junto a la cama. Podía alargar la mano, coger mi ropa interior y el pantalón, vestirme y marcharme. No me moví.

—¿Tiene llave?

—No.

—¿La puerta está cerrada con llave?

—Sí.

—Mira, tengo que marcharme. Te telefonaré mañana por la mañana.

—Quédate.

Se levantó. Sin dar la luz, que habría iluminado el vidrio de la puerta, se movió, rápida, por el piso, apartando libros, papeles y ropa de un lado para otro, y al final encontró, a tientas simplemente, el bañador de él: un trapo entre trapos. Lo colgó de su susensorio en el pomo de la puerta del piso, por la parte de fuera, y después volvió a la cama.

Seguimos tumbados en la cálida oscuridad y esperándolo. Yo quería vestirme, pero no me moví. Al cabo de un rato, oímos unos pasos lentos y pesados por la escalera. Era un hombre. Parecía hacer un esfuerzo para subir, cansino, de escalón en escalón. Lo oímos caminar por el linóleo del pasillo. Por lo pesado de sus pasos, debía de saber que Sylvia le había sido infiel. Era alto y robusto. Podía partirme la cara. Sus pasos cesaron ante la puerta, a unos cuatro metros de donde nos encontrábamos tumbados. No llamó. Había visto el bañador, estaba contemplándolo y había entendido el mensaje que transmitía. Había trabajado todo el día, había subido seis tramos de escaleras y a cambio se había encontrado con aquel asqueroso espectáculo. Me imaginé que no era un estúpido, pero incluso un genio habría podido derribar la puerta a patadas y montar una escena. Dijo: «¿Sylvia?». Su tono de voz interrogativo no entrañaba un reproche, solo el cansancio y el sufrimiento padecidos durante el día. Seguimos tumbados y muy quietos, sin apenas respirar, cuerpos sin masa ni contorno, disolviéndose, volviéndose oscuridad. Por el tono de voz de él, por la única palabra que pronunció, «Sylvia», adiviné lo que estaba pensando, entendí su angustia. Ella ya lo había hecho sufrir otras veces. No quería cerciorarse de que ella estaba en el piso. Se marcharía con sonoras pisadas por el pasillo. Bajaría corriendo por la escalera para no regresar nunca más. Volvió a oírse su voz.

—¿Sylvia?

Después lo hizo, se marchó con pisadas sonoras por el pasillo y la escalera. Su voz se me quedó grabada. Me dio pena y me sentí responsable de su decepción. Lo que más me asombró fue la eficiencia de Sylvia, la rapidez con la que había cambiado un hombre por otro. ¿Iría a sucederme eso también a mí? Claro que sí, pero entonces ella estaba tumbada junto a mí y la cruel incertidumbre del amor era tan solo una idea, un regusto malhumorado,

un agradable pesar de la noche estival. Nos miramos de nuevo, renovados por el drama de la traición, y volvimos a hacer el amor.

Después, Sylvia se sentó desnuda en el alféizar de la ventana, perfilada sobre el fondo de la silueta occidental de la ciudad y las luces de Nueva Jersey. Se quedó mirándome fijamente y pareció hacer acopio de voluntad para adoptar una decisión o preguntarse cuál era la adoptada. ¿Qué acabábamos de hacer? ¿Qué significaba? Años después, furiosa, diría: «La primera vez que nos acostamos juntos. La primera vez...», desenterrando el recuerdo con amargura, reprochándome que la hubiera obligado a caer en excesos. Nada decía sobre su novio y solo recordaba la relación sexual, los excesos. Yo había pedido demasiado y ella había concedido demasiado. Años después, yo seguía debiéndole algo. No se podía precisar ni expresar plenamente: una deuda infinita de sentimiento.

Al amanecer, sin haber dormido ni un minuto, bajamos a la calle. Los residuos relucientes de la noche aparecían diseminados por el bordillo de la acera y desbordaban los cubos de las basuras, que empezaban a apestar con las primeras luces y el calor. Las aceras, abultadas y rotas, la corteza de una tierra inquieta y descontenta, rezumaban humedad y un resplandor vaporoso. No había tráfico ni transeúntes. Entre la penumbra y la luz, la ciudad yacía en un duermevela atónito y fétido. La habían usado desmesuradamente. Nos sentamos en un banco de un pequeño espacio con hierba de la Sexta Avenida y nos miramos a los ojos, con adoración y, sin embargo, con cierta reserva o tardía preocupación, para ver con quién habíamos estado acostados durante las diez últimas horas.

Sylvia dijo que el día siguiente se marchaba a seguir un curso de verano en Harvard. Al instante, pensé en su exnovio. Estaría allí. Sentí celos. No podía exigir fidelidad a Sylvia y tal vez no la deseara, pero sentí celos. Ella había dicho que le gustaba su aspecto, sus modales amables y aristocráticos de no judío. Como Sylvia era tan morena, el rubio le resultaba irresistible. No habían cortado. Él estaba en Cambridge y ella no... nada más. Muy pronto iban a poder verse. Se reavivarían los antiguos sentimientos. Yo iba a perderla. Entonces me preguntó si podría ir a Cambridge a vivir con ella. Mantenía la cara muy alta, muy tiesa y expectante, como si fuera a recibir un golpe.

Vuelvo a verla. Tal vez sepa ahora lo que estaba mirando.

Me sentí prendado por los efectos de luz en sus pómulos y la prometedora voluptuosidad de su labio inferior. Me gustaban sus asiáticas facciones, la suavidad, largura y angulación de sus huesos. Su negro pelo liso, que contrastaba con su mirada de sangre fría y oscura, parecía tener que ver con la pregunta sobre mi posible traslado a Cambridge. Tuve la sensación de que ella esperaba que me negara, esperaba sentirse herida, pero su porte era majestuoso. Me había contado la historia de su vida, había eliminado a un novio y me había pedido a mí que fuera a vivir con ella. No recuerdo haber dicho ni sí ni no.

Había mucho en que pensar, pero no estaba relacionado con cómo reflejaban la luz los pómulos de Sylvia, la voluptuosa consistencia de su labio inferior o la fría concentración de sus ojos, pero seguí mirándola a la cara. No pensé. También vi el bañador vuelto del revés y colgado de su suspensorio en el pomo de la puerta, como la carcasa de un pollo destripado.

Una semana después, tomé el tren para Boston. Sylvia abandonó su cuarto en la residencia de la universidad. Encontramos una habitación cercana a esta en una casa grande y con pasillos sombríos.

Tomé el tren. Encontramos una habitación...

La verdad es que yo no sabía exactamente lo que estaba haciendo ni por qué estaba en Cambridge. Sylvia quería que estuviera allí y yo no tenía motivo práctico e inmediato alguno para estar en otro sitio: ni un empleo ni nada que hacer. Mi deseo de escribir relatos nada tenía que ver. No daba dinero. No era un trabajo. Cuando miraba la cara de Sylvia, me gustaba lo que veía, pero seguía sin saber por qué estaba en Cambridge. De pocas cosas estaba seguro. Durante la semana en que había estado fuera de Nueva York, la había echado de menos, pero mis sentimientos eran simplemente tan intensos como inciertos. Estando con ella en Cambridge, no sentía la necesidad de estar en otro lugar. Iba a ser un verano estupendo, florido, fragante. Yo tenía una novia y ninguna obligación. Bastaba con estar.

La habitación estaba en una casa llena de cosas pesadas e inexpresivas, cubiertas con sábanas blancas. Los postigos estaban echados y las puertas, cerradas, como para proteger de la luz y del aire. Vivía en ella un hombre de sesenta y tantos años, que se deslizaba entre masas y sombras. Al parecer, no usaba casi nada y mantenía las cosas imperturbables, ocultas, como si estuviera esperando a que regresara el verdadero dueño de la casa y apartase las sábanas, usara el mobiliario y viviera allí. Se me ocurrió la idea de que algún allegado suyo había muerto y la vida de aquel hombre se había parado también, o bien temía enormemente la muerte, por lo que creó aquella situación espeluznantemente limitada, usando cada vez menos cosas, no cambiando nada, moviéndose solo entre sombras. No era culpable de estar en este mundo. Como no existía, nunca moriría.

La habitación estaba en el segundo piso. Tenía papel pintado gris y floral, una cómoda de caoba, dos sillones espléndidamente tapizados —todas las superficies de madera barnizadas con un intenso marrón oscuro— y una cama gigantesca y muy alta. Cuando Sylvia se sentaba en el borde, sus pies no tocaban el suelo. Parecía una niña. Para retirar las mantas, había que agarrarlas y levantarlas con fuerza. Las sábanas estaban bien remetidas, por lo que formaban una superficie llana, perfecta para un cadáver. El colchón, de un espesor inhabitual, como un grueso corazón exuberante, estaba sellado y bien sujeto por las mantas y las sábanas. Era, fundamentalmente, una cama estupenda, pero resistente a las presiones de una forma humana viva; era una cama ejemplar, con sólidos principios y que detestaba la comodidad. Durante gran parte de la noche, la usamos, tan elevada sobre el suelo, para hacer el amor.

Cuando bajamos por la mañana, el hombre estaba sentado en una silla de respaldo muy recto en el salón. Era calvo, demacrado y flaco como una tabla. Su larga cara plana miraba fijamente el suelo entre sus rodillas, como si se tratara de una charca de problemas.

—Ustedes dos van a tener que marcharse —dijo. La orden procedía de un extraño infierno personal de decoro y estreñimiento propio de Nueva Inglaterra. Tal vez nos hubiera oído en plena noche. Se imaginó que Sylvia y yo estábamos tocándonos, perpetrando horrores para nuestros cuerpos, pese a que procurábamos no hacer ruido y follábamos con sutileza tántrica,

moderando el placer muy despacio, por respeto a su dominio ético. Él había empezado a imaginarse cosas hasta crearse aquella convulsión moral. No le preguntamos por qué debíamos marcharnos. Era claro e indiscutible. Teníamos que hacerlo... marcharnos. Volvimos a subir a nuestra habitación, hicimos el equipaje sin protestar y no tardamos en encontrarnos cargados con él y a la deriva por las concurridas, ardientes y luminosas calles de los alrededores de Harvard Square.

Sylvia no quiso volver a la residencia de la universidad, pese a que, si seguíamos juntos, no teníamos adónde ir. Yo no podía ponerme a razonar con ella, no podía discutir. Según lo veía ella, no tenía una habitación en la residencia ni en otro sitio, excepto la calle, allí, conmigo. El espléndido verano empeoraba la situación. Las puertas y los escaparates de las tiendas destellaban con amenazas. Todo el mundo caminaba con enérgica determinación. Estaban en Cambridge, que era su sitio. A nosotros nos habían puesto de patitas en la calle. Para que algo así suceda, se debe haber hecho algo muy grave. Estábamos avergonzados y confusos, el intenso sol nos hacía entornar los ojos y cargábamos con bolsas, el peso de un amor desventurado. Yo me esperaba tener que pasar la noche en un hotel cutre o en un parque, pero después, tras llamar a unos amigos, nos enteramos de que había una casa, en un barrio obrero y a una gran distancia de la universidad, en la que vivían tres estudiantes. Tal vez nos alquilaran una habitación. No telefoneamos. Fuimos hasta allí y simplemente nos presentamos con nuestras bolsas.

Era una casa fea, destartalada y humilde, pero feliz. Uno de aquellos hombres se puso a hablar a Sylvia, en cuanto la vio, con lenguaje infantil. Ella dijo: «Hola», y él contestó «Hoá», con una sonrisa boba. A ella le pareció divertidísimo y le encantó que la trataran como a una niña en una casa llena de hombres. Todos la trataron del mismo modo, cariñosamente burlón. Ella lo inspiraba: tímida, oculta tras un largo flequillo, oscuramente sensual. Había un cuarto vacío en la casa. Nadie dijo que no pudiéramos ocuparlo.

Por las mañanas, Sylvia iba a clase y yo intenté empezar a escribir relatos. Nuestra habitación, contigua a la cocina, era ruidosa, con el abrir y cerrar de la nevera y el agua corriente. A veces los otros se paraban a hablar

delante de la puerta. A mí no me importaba. Tras la noche pasada en el mausoleo, me gustaban los ruidos. El suave ruido de succión y el sordo cierre de la nevera me gustaban y el sonido de la charla también.

Sylvia pasaba todo el día fuera, en clase o estudiando en una biblioteca de la universidad. Por la noche había algunos momentos irascibles, suspiros profundos, susurros irritados, pero es que la habitación era estrecha y calurosa y estaba mal ventilada. Había mosquitos: nada que tomarse a pecho. A lo largo del lento y encantador verano, fuimos felices. Sylvia tenía una clase de historia del arte. Íbamos a museos y preparábamos juntos sus trabajos. Yo no escribí ningún relato que no me moviese a romper el papel y tirarlo a la papelera. Lo que escribía carecía de valor, pero me gustaba estar con Sylvia y aquella vida en Cambridge.

Una tarde, estando yo sentado en la escalera de la fachada y esperando a que Sylvia volviese de clase, la divisé en el extremo de la calle caminando despacio. Cuando vio que yo la observaba, anduvo aún más despacio. Su sandalia derecha sonaba como una chancla, porque se le había aflojado la suela. Por fin llegó hasta mí y me mostró un clavo que la había traspasado. Había caminado hasta casa con la suela batiendo y el pie derecho chapoteando en sangre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Esbozó una sonrisa dolorida, pero con buen humor.

Yo le dije que podía haber llevado la sandalia a arreglar, haber caminado descalza o haber vuelto en taxi. Había cierta irritación en mi voz. Pareció ofendida. Su sonrisa bienhumorada se convirtió en una mueca perturbada, herida. Yo no podía eliminar la irritación de mi voz ni deshacer su efecto. Durante varios días después, Sylvia anduvo por Cambridge apretando el pulpejo del pie contra el clavo y sangrando. Se negaba a ponerse otros zapatos. Yo le supliqué, discutí con ella. Al final, me dejó llevar la sandalia a reparar. Me sentí agradecido; ella, no. No me había perdonado.

—Márchate, no te quiero. Te odio. No es que te odie, sino que te desprecio. Si me quieres, márchate. Creo que podemos ser muy buenos amigos y lamento que nunca fuéramos solo amigos.

—¿Necesitas algo?

—Una pastilla para la regla. Están en mi bolso.  
He ido a buscar el frasquito y le he llevado una pastilla.  
—Ahora márchate.  
Me he tumbado a su lado y hemos dormido vestidos.

*(Diario, diciembre de 1960)*

Al final del verano, volvimos a Nueva York. Naomi se mudó del piso de MacDougal Street y Sylvia y yo nos instalamos en él. A aquella altura, peleándonos todos los días, habíamos llegado a ser ferozmente íntimos. Como un niño con una rabieta, ella se quedaba atrapada en el sonido de sus propios gritos. Gritaba porque estaba gritando, gritando, gritando, como construyendo una pequeña cámara de rabia, con ella en el centro. Era solo suya. Era la jefa y yo no podía entrar en ella. Sus ojos y sus dientes eran intensamente negros y blancos, todo exagerado y retorcido, como la vorágine interior. Nada erótico había en aquel panorama y, sin embargo, a veces pasábamos de reñir a hacer el amor. No hacía falta pasaporte. Ni siquiera había un confín. El tiempo estaba fracturado, no había causa y efecto y ni siquiera una cosa llevaba a otra. Como en una metáfora, una cosa era otra. Mientras reñíamos con odio, yo quería follar y ella también.

Con frecuencia las peleas comenzaban sin avisar. Yo había dicho algo corriente y neutral, pero Sylvia se ponía rígida de pronto y me miraba fijamente. Tiraba de un golpe el teléfono de la repisa. Yo dejaba de hablar, sobresaltado, y centraba toda la atención en ella. Ella tiraba al suelo de un golpe la taza y el platillo que estaban junto al teléfono. Quedaban hechos añicos. Ya estaba ella chillando, acusándome, y yo respondiéndole con gritos. Se dirigía a la radio, para tirarla contra la pared, y yo corría hacia ella para intentar detenerla. Ella se retorció y conseguía librarse y se lanzaba sobre mí. Esa vez el impulso era erótico o, en cualquier caso, sexual. Después, solía quedarse dormida. Ninguno de los dos volvíamos a referirnos a lo ocurrido. De gritar a follar, de lo irreal a lo real: esa era la sensación que daba. Las relaciones sexuales, corrientes o violentas, eran frecuentes, agotadoras más que satisfactorias. Sylvia dijo que nunca había tenido un orgasmo, como si yo fuera quien se interpusiese entre ella y ese objetivo supremo. «No quiero

pasar toda mi vida sin tener un orgasmo.» Decía que había tenido varios amantes mejores que yo. Quería hablar de ellos, me parece, hacerme sufrir con los detalles.

Empecé a intentar escribir de nuevo. Sylvia empezó a ir a clases en la Universidad de Nueva York, a unas manzanas del parque de Washington Square, para acabar la carrera. Me preguntó qué especialidad debía elegir. Yo le dije que, si hubiera de volver a estudiar, optaría por la de Clásicas. No debería haber dicho nada. Se matriculó en latín y griego, historia antigua y un curso de literatura inglesa del siglo XVIII. Tenía que aprender las complejas gramáticas de dos lenguas, leer poemas largos y novelas voluminosas y escribir trabajos, viviendo en un ambiente sórdido y peleándose conmigo todos los días. A mí me parecía un programa demencial. Me esperaba que el resultado fuera un desastre, pero ella tenía un talento excepcional y salió adelante bastante bien. En el piso no había ningún escritorio, pero Sylvia no necesitaba semejantes comodidades, ni siquiera parecía notar su carencia. No creo que expresara jamás queja alguna relativa a aquel deprimente piso, ni siquiera por las cucarachas, solo sobre mí. Estudiaba sentada en el borde de la cama, cubierta con una maraña de papeles. La cara se le volvía inexpresiva y el cuerpo, flácido. Permanecía totalmente inmóvil, exceptuados los ojos. No se rascaba, no se estiraba. Se entregaba a su tarea hasta acabarla. A veces yo pasaba horas sentado con ella, leyendo una novela o una revista. Comíamos juntos en la cama, por lo general pasta, verduras congeladas y zumo de naranja o, si no, íbamos a comer a una pizzería o a un restaurante chino. Ninguno de los dos sabía cocinar. Mi madre nos regalaba comida con frecuencia, que yo llevaba a MacDougal Street después de nuestras visitas a mis padres, dos o tres veces al mes. Una noche, tras haber cenado en casa de mis padres, mi madre se llevó al dormitorio el abrigo de Sylvia y cosió un desgarrón en una manga. Cuando estábamos a punto de marcharnos, sorprendió a Sylvia al enseñarle el abrigo cosido. Sylvia pareció agradecida y afectuosa. Sin embargo, en la calle se puso histérica de indignación, decía que se había sentido humillada. Yo intenté hacerle entender que mi madre había estado cariñosa, al hacer algo por ella. Su intención había sido amable,

no la de hacer un comentario sobre el abrigo de Sylvia. No le dije que causaba una impresión deplorable, de desamparo, con el desgarrón del abrigo, sino que mi madre deseaba agradarle. Al decir cosas así, me sentía avergonzado. Después me irrité. ¿Qué importaban los motivos? Sylvia quería verse compadecida; mi madre quería agradar. ¿Qué más daba? Lo importante era que el gesto de mi madre había sido cariñoso. Al defenderla frente a Sylvia, se planteó la cuestión de la fidelidad. Tal vez de eso se tratara, pero, en mi opinión, mi madre no necesitaba que la defendiesen. Hacerlo era un error por mi parte. Guardé silencio. Sylvia podía interpretarlo como quisiera. Yo no podía enseñarla a sentir y me negué a hundirme en un emponzoñado y aburrido cenagal de motivaciones.

En adelante, visitaba a mis padres yo solo.

A veces, como si mi visita se debiese a una amarga determinación y no al simple deseo de estar con ellos, mi actitud en la mesa era la de un verdadero cerdo. ¿Queréis alimentarme? Muy bien, por eso estoy aquí, para comer. Yo mismo me veía irracional, malhumorado, despreciativo y confuso y descontento con toda mi vida. Mi madre había hecho demasiado por mí, empezando por mi niñez, en la que nunca pasaba dos semanas sin padecer una infección de oído o una bronquitis. Me llevaba en brazos por las calles a la consulta del médico, porque yo no podía caminar, siempre demasiado enfermo, demasiado débil. Ella pasaba la noche sentada junto a mi cama por miedo a que la muerte me secuestrara. Resulta difícil perdonar la abnegación. En cuanto a la susceptibilidad de Sylvia ante insultos imaginarios, se trataba de algo patológico, no era natural. La cocina de mi madre sí que lo era.

«¿Para qué hacen falta restaurantes?», decía mi padre, mientras sorbía la sopa. «En ninguna parte se puede encontrar comida mejor que esta.»

Mi madre había cosido el desgarrón en la manga del abrigo de Sylvia sin haber pedido permiso para hacerlo. No era para tanto. No volvería a hacerlo más. Le dije que había sido un error. Sabía que iba a ofenderla y que se sentiría herida, pero debía —y quería— decírselo. No lo entendió ni remotamente. Intenté explicarle que una persona podía sentirse molesta, si te fijabas en un desgarrón de su ropa. Era mejor no hacerlo. Era un asunto

personal ajeno. Cuanto más hablaba, más exasperado me sentía. Levanté la voz, como si estuviese criticándola por hacer algo que a ella le parecía agradable. ¿Qué pensaba yo? También pensaba que era agradable. Estaba criticándola por hacer lo que me parecía agradable.

Con solo un metro y medio de estatura, mi madre siempre estaba cocinando, limpiando, yendo a comprar, cosiendo. Criticar a «la Mamá» — como decía mi padre— era, aun por motivos correctos, incorrecto, a juicio de Dios. Era casi perverso. En segundo plano, fumando su puro y mirando, pensativo, la televisión, me juzgaba con severidad y en silencio. (¿Cómo puedes hablar así a la Mamá? ¿Qué te pasa? ¿Es que no sabes comportarte?)

Yo tomaba la línea F del metro hasta la calle Cuatro Oeste, me apresuraba a abrirme paso por entre el estridente carnaval de MacDougal Street, al que por la noche acudían turistas de toda la ciudad para sentarse en cafés como Bizarre, Wha?, Take Three, Cock and Bull y Figaro, donde podían oír a alguien rasguear una guitarra y cantar con voz nasal una canción country. Entraba en nuestro edificio y, sin sofocarme, pese a que fumaba mucho, subía corriendo los seis tramos de escaleras. Mi Sylvia, tumbada en la tenebrosa tierra de las cucarachas, con las gramáticas latina y griega sumidas en pleno caos y la radio sonando bajito, esperaba, furiosa. —He traído pollo frito, encurtidos, *latkes* de patatas y pan de almendras. Enciende la luz. Siéntate. Además, mi madre te ha hecho un jersey de punto.

Siempre llevaba comida a MacDougal Street. Sylvia se la comía.

En cierta ocasión, estando yo en el piso de mis padres, Sylvia llamó para decirme que se había cortado las venas. No había querido que yo fuera a visitar a mis padres unas horas y se había negado a venir conmigo. Cogí el auricular y dije: «Hola, ¿Sylvia?».

Una vocecita dijo: «Acabo de cortarme las venas». Salí del piso de mis padres, no sin que antes mi madre me hubiera llenado una bolsa con una docena de *bagels*, dos tarros con pescado *gefilte* y una ensalada de cebollas y rábanos.

Yo no quería llegar corriendo a MacDougal Street, intimidado por las amenazas de autodestrucción de Sylvia o su anuncio del *fait accompli*. No me

creía que se hubiera cortado las venas, pero no podía estar seguro. (Tenía una cicatriz pequeña y fina, casi imperceptible, en una muñeca y afirmaba que en cierta ocasión había intentado matarse.) Con mi frustración —al negarme a dejarme intimidar y, sin embargo, sentirme aterrado— me irrité con mi madre por hacerme esperar, mientras preparaba un paquete con la comida. Ella sospechaba que la situación en MacDougal Street era mala, pero, si me hubiera marchado sin la comida, habría comprendido que era muy mala. Yo me sentía avergonzado y no quería que supiese cómo vivíamos Sylvia y yo, pero tampoco quería que Sylvia muriera desangrada. Esperé a tener la comida, después corrí hasta el metro y luego desde este hasta MacDougal Street, abriéndome paso por entre las multitudes y escaleras arriba hasta nuestro piso e irrumpí, acalorado y airado, con la bolsa de comida y grité: «Me trae sin cuidado que te cortes el cuello».

Se había cortado las venas muy superficialmente. Como ya lo había hecho otra vez, sabía hacerlo. Apenas había sangrado. No iban a quedarle cicatrices. Empezó a picar de la comida. Le gustaba el pescado *gefilte*. Me gustó verla comer. Si Sylvia comía el pescado *gefilte* hecho en casa, algo delicioso, nada por lo que discutir, había esperanza. Se lo comió como haciéndome un favor que yo no mereciera.

Sylvia nunca leía un periódico. Yo le contaba lo que iba sucediendo, pero la traía totalmente sin cuidado. Aun así, yo se lo contaba. Ella me escuchaba con suspicacia, como si yo tuviera un motivo inconfesable para obligarla a oír lo que leía en el periódico. Se trataba más que nada de cháchara inocente, pero yo tenía —lo reconozco— la vaga idea de que la salud mental está más o menos relacionada con la atención prestada a lo que ocurre fuera de nuestra cabeza. No podía ser perjudicial para ella enterarse de asuntos políticos, descubrimientos científicos, deportes, arte, moda, sucesos, desastres diversos, etcétera. Es probable que las peores noticias —si te enteras de ellas por los periódicos— no te hayan sucedido a ti y con frecuencia proporcionan un contacto normal y tranquilizador con la vida diaria. La vida sigue. Terremotos, incendios, accidentes aéreos, asesinatos —o cualquier otra cosa por el estilo— son noticias, forman parte del correr de los días, las semanas,

los siglos. Conté a Sylvia que, según unos científicos rusos, el núcleo de la Tierra está hecho de hierro puro y la temperatura, a casi dos mil kilómetros por debajo de nosotros, asciende a unos doce mil grados centígrados, mucho más caliente de lo que se suponía. Le dije que Nina Simone actuaba en The Village Gate y Thelonius Monk en The Jazz Gallery. Le conté que un boxeador de peso pesado ligero y de dieciocho años de edad, Cassius Clay, había ganado una medalla de oro en las Olimpiadas de Roma y Rafer Johnson, la medalla en el decatlón.

Le leí la noticia de que un magistrado de Nueva York, uno de los primeros feministas, había ordenado que se incluyeran los nombres de dos hombres en una causa por prostitución. Había dicho: «Aquí figuran los nombres de las mujeres. Incluyan también los de los hombres». Así, pues, se substituyeron los seudónimos Whitey Doe y Larry Doe por Whitford May y L. Sleeper. Precisamente el mismo día se supo que la Sociedad Internacional por el Bienestar de los Inválidos había cambiado su nombre por el de Sociedad Internacional por la Rehabilitación de los Impedidos.

Conté a Sylvia que en Vietnam estaban muriendo americanos. En 1961, cada dos semanas raptaban a uno de nuestros asesores o mataban a un contratista americano. Estábamos construyendo pistas de aterrizaje y concediendo otras formas de ayuda humanitaria al Vietnam del Sur. El Viet Cong obstaculizaba nuestras medidas. Sylvia me escuchaba y a veces respondía. Le conté que, según un físico británico, la idea de Einstein de que la materia era una forma de energía,  $E = mc^2$ , era demasiado simplista. Una nueva tecnología de aceleración de partículas había revelado que la materia se componía de dos categorías principales, leptones y bariones, es decir, ligeros y pesados. Sylvia dijo: «¿Y dice que Einstein es demasiado simplista?».

Le conté que, bajo el hielo de la Antártida, árboles enormes se habían convertido en carbón, demostración de que la teoría de la deriva de los continentes era cierta; que Norell, un diseñador de moda estadounidense, había presentado *culottes* —pantalones que parecían una falda— para usarlos por la calle, y unos orientalistas de los Estados Unidos habían viajado a Egipto para salvar el templo de Ramsés II de las aguas de la presa de Asuán, construida por ingenieros rusos.

Yo quería ir a ver a Marcel Marceau y su compañía de mimo en el City Center y *Krapp's Last Tape* en el Provincetown Playhouse, situado en nuestra calle: 133 MacDougal Street. Sylvia disfrutó con las dos actuaciones. Tuve que proponérselo y comprar las entradas y, cuando llegó el momento de salir para el teatro, decirle: «Vamos, vamos, date prisa, que llegaremos tarde».

No le gustaba quedar por adelantado para salir de casa a una hora concreta. A saber cómo te sentirías cuando llegara la hora. Además, podía ser más agradable leer las críticas que ir a ver una película o una obra de teatro.

Conté a Sylvia que una banda de jóvenes había atacado al Dr. Menges, profesor de lenguas del Asia central en la Universidad de Columbia, mientras daba su paseo vespertino por Morningside Drive, y lo había tirado al suelo golpeándolo con un pesado tablón. El doctor se levantó y se defendió agitando su bastón y los hizo huir. Se lo explicó a un reportero, que lo citó por extenso. «He viajado solo por el interior del Cáucaso... entre tribus primitivas. He estado entre bandidos, pero en una ciudad supuestamente civilizada», dijo, «cerca de una gran universidad, me han atacado unas fuerzas selváticas.» Estaba claro que se refería a «negros». A comienzos del decenio de 1960, esa palabra aparecía cada vez con más frecuencia en los periódicos.

Sylvia me ha despertado, cariñosa. Ha visto mis cigarrillos junto a la cama y ha dicho: «No deberías fumar tanto. Hazlo por mí». Yo he dicho: «Fumo porque nos peleamos». Se ha puesto a morderme el brazo y yo he gritado. Se ha levantado de la cama de un salto y ha anunciado: «Este es el comienzo y el final de un día». Al final, después de mucho rato, me he levantado de la cama, he encendido el fuego para el café y he tomado pan, miel y una naranja. Sylvia ha vuelto a la cama y ha dicho: «¡Cómo te cuidas!». He comido una rebanada de pan y he vuelto a dejar todo lo demás en su sitio. Después me he sentado en la cama junto a ella. Estaba a punto de hacer las paces, pero ella se ha sentado, me ha dado una bofetada y ha dicho: «Fúmate un cigarrillo». Después, estando aún en la cama y yo sentado junto a ella, Sylvia ha sacado a relucir la fiesta de Nochevieja en Brooklyn, a la que

habíamos ido. Ha dicho que, cuando Willy Stark la besó, ella había apartado la cara en el último momento para que lo hiciera en la mejilla, no en los labios. Ha dicho que debería haber estado morreándose con él para que yo lo hubiera visto y me hubiese amargado la noche. Yo le he dicho: «Me habría marchado y no habría vuelto a verte». Ha contestado: «Eso es imposible. Tú me quieres. Además, tu madre te habría obligado a volver conmigo».

*(Diario, enero de 1961)*

Casi todos nuestros amigos eran judíos, negros, homosexuales, más o menos adictos a las drogas, muy inteligentes, muy nerviosos o una combinación de dos o tres de esas cosas. Willy Stark era de Misisipi, muy negro y muy apuesto. Nos habíamos conocido en la Universidad de Michigan. Cuando se trasladó a Nueva York, íbamos a clubes y pasábamos horas sentados oyendo la música, sin apenas hablar. Él nunca decía gran cosa. Escuchamos a Charlie Mingus en el Five Spot y a Miles Davis en Basin Street. Era una noche lluviosa de entre semana y había poco público. Después de uno de los solos de Davis, interpretado de espaldas al público, Willy susurró: «Es un poeta». Aunque yo no podía saber en qué estaba pensando Willy, me emocionó su comentario. La universidad no le había disminuido la sensibilidad ni la había vuelto literaria. Como se había criado en una granja, estaba familiarizado con las armas, un clima atroz, las serpientes, el jazz y muchas otras cosas reales. Comparado con Willy, yo me consideraba afectado. Él apenas hablaba y yo hablaba demasiado y con demasiada facilidad. Estando con él, me hacía pensar en si yo creía las cosas que decía, por no hablar de si pensaba antes de decirlas, si no me dejaba llevar por la necesidad de hablar por hablar. Sylvia nunca se oponía a que frecuentara a Willy, una de las pocas personas que no la irritaban.

Willy nos invitó a una fiesta de Nochevieja en Brooklyn. A medianoche, como todo el mundo se besaba, Willy besó a Sylvia. Después, en MacDougal Street, cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos, Sylvia me dijo que él había deseado más que un beso. «Dijo que a ti no te importaría, que tú eres un moderno.» Recordó el beso de Willy durante los siguientes meses y lo citó varias veces, cual si algo así como un virus de desarrollo lento se hubiera

instalado en su sistema nervioso. También ella había querido más, al menos en sus fantasías, ya que no en el momento en que él lo hizo. Dijo que había apartado la cara. Eso no bastaba.

Willy trabajaba dos o tres días a la semana de asistente social en un programa de desintoxicación de drogas para estudiantes de bachillerato. Los fines de semana, se ganaba un dinero extra vendiendo heroína y compartía los beneficios con un grupo radical de Ann Arbor. Willy no tenía ideas políticas, solo estaba tremendamente irritado. Caía bien a los radicales. En su silencio oían lo que querían oír. Lo presentaron a un traficante de heroína de Montreal y le dieron el dinero para que hiciese su primera compra. La heroína llegaba en barcos de carga desde refinerías de Bulgaria. Willy se trasladaba en coche a Montreal, recogía la heroína y volvía a Nueva York. Tenía alquilados tres o cuatro pisos en Manhattan y quedaba con sus distribuidores en uno de ellos. Hasta el último minuto no les decía cuál. Cuando entraban, sonaba el teléfono. Era Willy. Decía que tenían diez minutos para llegar a otro de sus pisos. Cuando llegaban, volvía a sonar el teléfono o, si no, Willy estaba esperando con la heroína, un revólver y un guardaespaldas. Si los distribuidores se retrasaban dos minutos, Willy se marchaba. Consideraba fundamental la puntualidad. «Si alguien se retrasa, es hombre muerto», decía.

Cuando concluía una venta, tomaba un avión para el Caribe, cogía una habitación en un hotel y permanecía borracho hasta que se le pasaba el miedo. Varias veces alquiló un coche y se estrelló contra un árbol o una pared. A saber por qué, lo ayudaba a librarse del miedo. Me lo contó todo después del incidente del beso, como para ofrecerme algo personal y mantener nuestra amistad. También me ofreció la posibilidad de vender drogas. Me emocionó mucho e incluso pensé en la posibilidad de hacerlo. Dijo que lo único que debía hacer era vestirme con un traje y quedarme en una esquina con un maletín. Le dije que no y no volvimos a vernos. Años después, me enteré de que había muerto de cáncer de páncreas.

Gracias a Willy, el desintoxicador-traficante, comprendí lo que significaba ser moderno. Era mi amigo, pero, si Sylvia le hubiera dejado, se la habría follado en la fiesta de Nochevieja, estando yo en la habitación contigua. Pasamos horas sentados en clubs de jazz sin apenas decir palabra. Yo tenía la sensación de entrar en trance con la música, entender el sentido

del momento presente. ¡Qué triste, apasionante o extraño era vivir en los sesenta! Lo notaba en las voces del jazz dentro de los oscuros clubes cargados de humo. Una noche, en el bar del Birdland, Willy y yo estuvimos oyendo a Sarah Vaughan. Estaba cantando: «*Every little breeze seems to whisper Louise...*» El sonido sibilante de la rima «*wheeze/Louise*» se esfumaba. Dejaba de existir y solo ofrecía el misterio exquisito, un amor dulce y melancólico tan propio de la música de aquellos años.

Por culpa de nuestras peleas, muchos días Sylvia no empezaba a estudiar hasta después de medianoche. Sentada en el borde de la cama y con los restos de la cena dispersos a su alrededor, pasaba páginas de un libro de gramática que sostenía en las rodillas y a veces se quedaba contemplando las palabras como si la distrajesen de su verdadera preocupación: yo. Decía que era «culpa mía», que yo iniciaba las peleas para intentar arruinar sus posibilidades, hacerla fracasar. En realidad, yo me sentía orgulloso de ella, pero es verdad que en parte era responsable de su sufrimiento. Lamenté haber influido en su decisión de estudiar Clásicas. Ella no estaba demasiado interesada en el latín y el griego, pero se esforzaba porque temía el fracaso académico y, pese a nuestra mala relación, tal vez quisiera complacerme. Noche tras noche, se sumergía en Homero y Virgilio, un frenesí de aplicación maquinal que tal vez le recordara su época de colegial.

De niña, la habían admitido en la escuela de enseñanza primaria Hunter para alumnos superdotados. Todas las mañanas, antes de salir para la escuela, iba al cuarto de baño y vomitaba. En la escuela Hunter nadie sabía que vivía en Queens, y no en Manhattan, donde debían vivir los estudiantes, y tenía un miedo constante a que la descubrieran y la avergonzasen en público. Al final de la jornada, volvía en el metro a Queens y a veces se quedaba dormida y se pasaba de estación. Se despertaba y tomaba otro metro de regreso. Cuando llegaba a su casa, se encontraba a su madre tendida en el suelo y con los ojos cerrados, como si estuviese muerta. Era una broma —había muerto esperando a Sylvia—, pero le aterraba.

A mí me parecía que, al estudiar, Sylvia avanzaba demasiado deprisa, pasaba páginas que no podía haber asimilado y después dejaba el libro a un

lado y cogía otro. Si había tensión entre nosotros —porque yo hubiera hecho otra observación hiriente o quisiese ir a visitar a mis padres o hubiera mirado a una chica que pasaba por la calle—, Sylvia repetía para sí, mientras estudiaba: «Lo haces para que yo acabe fracasando». ¿Hacer qué? A veces, sabía en qué estaba pensando ella; otras veces, no. Nunca le preguntaba. Ella decía, casi como una salmodia: «Lo haces para que yo acabe fracasando», mientras pasaba las páginas.

Por la mañana temprano, lo repetía, antes de salir corriendo sin haberse quitado la ropa del día anterior, con la que había dormido tal vez solo una hora. Con su larga melena negra saltando y ondeando, la blusa arrugada y a medio abrochar y la falda torcida en las caderas, corría por las calles del Village hasta la Universidad de Nueva York, como una loca que imitara a una estudiante universitaria.

Estábamos sentados en la cama después de almorzar. Yo estaba mirando una revista. Sylvia estaba empezando a estudiar. Yo he comentado la belleza de una de las modelos de un anuncio. Sylvia ha echado un vistazo a la foto y después ha dicho:

—Tu ideal de belleza es unos ojos azules y rasgados. —Bueno, ¿y qué?

Sylvia se ha echado hacia atrás en la cama, se ha apretado la almohada contra los oídos y se ha puesto a sollozar y patalear. Después ha parado, se ha sentado y ha dicho: —Yo nunca he entrado en detalles sobre mis experiencias sexuales.

Yo guardaba silencio y esperaba. Ha vuelto a echarse para atrás, ha puesto muecas maliciosas y cargadas de odio, se ha retorcido como una epiléptica y después se ha sentado y me ha dado una bofetada y ha dicho: —No entiendo por qué no me adoras.

*(Diario, enero de 1961)*

En plena histeria, su voz podía volverse de repente fría y elegante y hacer una observación ingeniosa, como si estuviera distanciada de sí misma y viese con claridad todos los aspectos de la situación: su odiosa manifestación y mi

sobresaltada apreciación de su ingenio. Me parecía una buena señal y me hacía pensar que no estaba en verdad mal de la cabeza. Ella pensaba lo mismo. «Yo sé cómo actúo», decía siempre que yo intentaba hablarle de que consultara a un psiquiatra. Por eso no podía consultar a un psiquiatra. Se conocía a sí misma; no podía hablar de sus excesos: demasiado vergonzoso, demasiado bochornoso.

Admirar la belleza de la modelo, una imagen en una revista, significaba que Sylvia no me gustaba físicamente y que no la quería. En la charla intrascendente, oía revelaciones inintencionadas de mis verdaderos sentimientos. Se indignaba. Me encantaba la modelo. Yo lo había dicho y me había condenado.

Sylvia descubrió una incapacitante enfermedad sentimental en mí. Juntos la alimentábamos. Yo no me consideraba una persona bastante buena, mientras que ella era un mecanismo excepcionalmente precioso cuyos engranajes habían resultado brutalmente alterados por el dolor. Este le daba acceso a la verdad. Si Sylvia decía que yo era mala persona, tenía razón. Yo no entendía por qué, pero se debía precisamente a que era malo, la maldad me cegaba.

Ella había de tener razón. Yo llevaba varios meses viviendo con ella. Protegía mi inversión, por decirlo así, al suponer que su histeria y sus acusaciones no eran repulsivas y despreciables, sino propias de una moral muy elevada, como el paroxismo de un profeta del Antiguo Testamento. Eran iluminaciones exaltadas, momentos de gracia perversa, no manifestaciones de locura.

También pensaba yo, con una actitud defensiva normal, que nadie me había hablado nunca como Sylvia. Eso quería decir que tal vez no fuera yo mala persona. Nadie me había acusado jamás de tener ideas y sentimientos impropios de mí, pero, aun cuando hubiera tenido malos pensamientos y una vida mental malintencionada, ¿qué importaba? ¿Acaso no me comportaba bien? Era muy afectuoso y siempre tierno. Acabé pensando que las ideas y sentimientos que Sylvia aborrecía en mí eran suyos más que míos.

Habría sido fácil dejar a Sylvia. Si hubiera sido difícil, podría haberlo hecho.

Según los pensadores religiosos, la repetición es una muestra de seriedad. Trabajar, comer, dormir son repeticiones. Todo en el Universo se repite: el ascenso del Sol, las fases de la Luna, las revoluciones de los planetas y las estrellas. Todo es ritual. Dejar de repetir es morir... no al revés. Un aspecto de nuestra vida diaria, tan serio como nuestras peleas y sexualidad compulsiva, era que subiésemos y bajáramos seis tramos de escaleras para salir y entrar de casa. Nuestros pasos sonaban en el resonante hueco de la escalera, día y noche. Para ir a las clases de la Universidad de Nueva York, Sylvia la subía dos veces y cinco días a la semana. Yo la oía marcharse y volver. Para ir a la tienda, al cine, a bares cercanos o a mirar el correo, bajábamos y subíamos seis pisos. Para ir a comprar una cajetilla de cigarrillos había que dar el mismo número de pasos que cuando yo iba a visitar a mi padre en el hospital, en la unidad de cuidados intensivos, después de su segundo ataque al corazón. Los médicos dijeron que mi padre tenía también cáncer de próstata, pero no querían operarlo en verano. «Hace demasiado calor.» Se lo conté a Sylvia y ella se apresuró a decir: «Y en invierno hará demasiado frío». Me sorprendió lo mucho que me hirió aquel comentario, pero, desde luego, tenía razón. Yo no había entendido —o no había querido entender— a los médicos. No pensaban que mi padre sobreviviría a una operación. Carecía de sentido operarlo. No iba a vivir lo suficiente para morir de cáncer. Eso era lo que yo no había entendido. La escalera era la columna vertebral del edificio y los peldaños, sus vértebras. Yo subía por un cuerpo, que expelía olores y ruidos. Oía la comida que estaba cocinando, el incienso que ardía y los gases del hachís y del veneno para las cucarachas. Oía radios y tocadiscos, a la anciana señora italiana que gritaba todo el día «Bassano» y los pasos del chico que corría por el pasillo. Bassano nunca contestaba a la anciana, probablemente su abuela, y nunca, ni una sola vez, lo vi. Cuando me la encontraba en el pasillo o por la escalera, siempre me saludaba con la cabeza y, fuera cual fuese el tiempo, decía: «Un día precioso».

En los rellanos, el pasillo se abría, a la derecha y a la izquierda, hacia los pisos. Había en ellos cuatro retretes contiguos, con las puertas cerradas, y lucía una bombilla. Los retretes tenían unos tres metros de altura, un metro y medio de anchura y dos metros de profundidad. Por encima de la taza había una cisterna, que gorgoteaba y emitía un sonido metálico. Cuando acababas,

tirabas de la cadena. No era la clase de retrete en el que la gente se entretenía leyendo.

Como la puerta de la calle no cerraba y cualquiera podía entrar en el edificio, a veces había extraños que usaban nuestro retrete. Las puertas se cerraban desde dentro con pestillo. En cierta ocasión, vi un rubí de sangre brillante que destellaba en el asiento de la taza. Alguien acababa de usarlo para meterse un pico. En otra ocasión, abrí la puerta y me encontré con un chico y una chica follando. Él estaba sentado en la taza, con los vaqueros y la ropa interior en torno a los tobillos y mirando hacia la puerta. Ella, a caballo sobre sus muslos y exhibiendo la dividida carne de su culo, miraba hacia él. Los vaqueros y ropa interior de ella estaban en un montón en el suelo. El chico tenía la mirada perdida sobre el hombro izquierdo de ella y las facciones tensas por el placer y el esfuerzo. Miraba directamente a mis ojos, ajeno a todo salvo a las sensaciones que latían en su polla. La chica galopaba con fuerza. No me oyó abrir la puerta, no se volvió ni aminoró el ritmo. Yo cerré la puerta y volví corriendo al piso y se lo conté a Sylvia, quien dijo: «¿Y si yo necesito usar el retrete? No quiero encontrarme a nadie ahí». Me ordenó decirles que se marcharan o llamaría a la policía. Yo no quise hacerlo. Ella tampoco quería, en realidad, pero había adoptado una actitud de propietaria, porque estaba en juego una dignidad burguesa que no tenía. «Si no vas tú», dijo, «lo haré yo».

Fuimos juntos.

Abrí la puerta. La pareja se había marchado.

Mi madre me ha telefoneado solo para charlar y ha descolgado Sylvia, quien le ha dicho que se había cortado el pelo y le había quedado mal; estaba demasiado molesta para hablar y me ha pasado el auricular a mí.

Mi madre me ha preguntado:

—¿Cómo está el dedo de Sylvia?

He contestado:

—No tiene problema alguno en el dedo.

—¿No? Me ha dicho que se había cortado un dedo. —No. Se refería al pelo —he dicho yo—. Se ha cortado el pelo mal. No le gusta cómo ha

quedado.

—Oh, creía que era el dedo. Me ha preocupado. Papá lo ha oído y también se ha preocupado.

Ha debido de oírlo por telepatía. Mi madre parecía confusa, intimidada por Sylvia.

Mi madre, herida, confusa, no entiende por qué no cae bien a Sylvia. Se siente impotente para remediarlo. Su mayor preocupación era la de que yo me casara con una *shikse*. No tiene motivo para preocuparse.

(*Diario, enero de 1961*)

Una causa principal de nuestras peleas era mi deseo de irme, después de la cena, al cuartito contiguo a la sala de estar. Había un catre, una silla de cocina y una inestable mesa de madera en la que coloqué mi máquina de escribir. La mesa estaba pegada a la pared y debajo de la alta ventana y solo quedaban unos centímetros entre el respaldo de la silla y el catre. Yo me sentaba a la mesa y miraba hacia el río Hudson y el Upper West Side por sobre los tejados, con sus chimeneas, líneas de ropa tendida, depósitos de agua y palomares. Si miraba abajo, veía las ventanas de los dormitorios de un edificio de pisos a unos quince metros de distancia. Los vientos del oeste hacían vibrar el cristal de la ventana, penetraban por entre la masilla floja y me helaban los dedos, con el gélido aire del río Hudson, y me los dejaban agarrotados al teclear. La barbilla y la punta de la nariz se me entumecían. Oía a Sylvia suspirar y pasar las páginas de sus libros y el rasguear de su lápiz cuando tomaba notas. Yo estaba a cuatro pasos de distancia. Aun así, se sentía abandonada, excluida, sola, enfadada y Dios sabe qué más. Eran solo cuatro pasos de distancia, pero yo estaba fuera de su vista y no la veía. Tal vez tuviese la sensación de haber dejado de existir. No quería que me fuera al cuarto frío.

Después de cenar me entretenía en la cama, leyendo una revista, mientras ella se preparaba para estudiar recogiendo los cuadernos. Cuando empezaba a estudiar, yo me preparaba para abandonar la cama. Nunca me limitaba a marcharme de forma simple y natural, sino siempre poco a poco,

para que Sylvia se acostumbrara a la idea. Me movía, dejaba la revista y me disponía a dirigirme hacia el cuarto frío.

—¿Ya te vas a tu agujero?

A veces, volvía a tenderme en la cama, pensando: «Escribiré mañana por la mañana, cuando se vaya a clase. Tal vez se quede dormida dentro de unas horas. Entonces escribiré. Es un pequeño sacrificio, pero mejor que una pelea». Eso en sí —mi deseo de no pelear— podía ser una incitación. «¿Por qué no lo hablamos un momento...?» Parecer racional, cuando ella estaba muy alterada, la alteraba aún más, como una bofetada. En cierta ocasión, me tiró la máquina de escribir, una Olivetti portátil, Lettera 22, que me había regalado —«Para ayudarte a escribir»—, a la cara. Chocó con la pared y después con el suelo, pero no se estropeó. Aún la uso. Tampoco destruyó el teléfono, aunque con frecuencia lo intentaba, al tirarlo de la repisa o lanzarlo contra la pared de ladrillo.

Yo escribía y escribía, rompía todas las páginas y escribía algo más. Al cabo de un rato, no sabía por qué estaba escribiendo. Mi deseo original, ya bastante complicado, se volvió una compulsión agotadora, en parte a pesar de Sylvia. Trabajaba denonadamente en el cuarto frío, más de lo necesario, con la esperanza de que estuviera, así, justificado.

Escribir un relato no era tan fácil como escribir una carta o contar una historia a un amigo. Debía serlo, en mi opinión. Chéjov decía que era fácil, pero yo apenas podía acabar una página en un día. Me veía demasiado embrollado con las palabras, la extraña relación de los sonidos, como si hubiera una música detrás de las palabras, como el extraño canto de un demiurgo del que procedían imágenes, realidades virtuales, calles, árboles y personas. Se volvía cada vez más alto, como si la música fuera el relato. Tenía que apartarme, dejarlo suceder, pero no podía. No bailaba bien, al oír la música y dar los pasos de baile, incapacitado como estaba para dejar que la música me llevara.

A veces, mientras escribía en el cuarto frío, me sentía eufórico, como si hubiera transcendido todas las dificultades y hubiese hecho algo bueno. El relato se había escrito solo. No conservaba residuo alguno de mí. Estaba limpio. Un día después, al leerlo con espíritu más crítico, me sumía en los pensamientos más negros sobre mi destino. Deseaba tan poco: tan solo un

relato que no me hiciese sentirme avergonzado de mí mismo la semana siguiente o cinco años después. Era desear demasiado. El relato que había escrito no era bueno, lo que me rompía el corazón. Yo no valía.

—¿Ya te vas a tu agujero?

Tenía la sensación de estar cavándolo.

Sylvia tenía un dolor en el hombro. Se ha tendido en la cama y me ha pedido que le diera un masaje, pero, cuando la he tocado, se ha retorcido con espasmos y me ha apartado la mano. He seguido intentando hacerlo bien, pero no cesaba de retorcerse y no me decía dónde debía masajear. Después ha saltado de la cama y ha estado recorriendo la habitación para arriba y para abajo, mientras se masajeaba el hombro.

—Tengo un punto dolorido. Un extraño lo haría mejor que tú.

*(Diario, enero de 1961)*

Sylvia padecía dolores con frecuencia o estaba nerviosa, como derrotada, sobre todo cuando tenía la regla. Se tumbaba en el sofá o en nuestra cama, gimiendo, sollozando, y me rogaba que fuera a comprarle Tampax. Yo no sabía cómo podía eso aliviarle el dolor, pero ella insistía quejándose y retorciéndose. Necesitaba Tampax. Ocurría siempre, sin falta, a las tantas después de la medianoche, cuando yo estaba pensando en irme a dormir. En lugar de dormir, me veía fuera, en la calle, buscando una farmacia. Me aterraba afrontar al dependiente, quien pensaría que era un travestido del Village particularmente extraño. Pedía Tampax con voz de matón, como si estuviera concebido para hombres brutales. Una noche, cuando volví al piso con la caja de Tampax, advertí una tenue sonrisa en los labios de Sylvia. Mandarme a comprar Tampax la excitaba. Decidí no hacerlo nunca más. Como si me hubiera adivinado el pensamiento, dejó de pedírmelo.

¿En qué otras cosas hacía teatro? Sylvia sabía cómo se comportaba. No quería examinarlo con un psiquiatra: le resultaba demasiado violento y carente de sentido. Tal vez todo fuera teatro. La diferencia entre una persona y otra radicaba en lo que sabían sobre su teatro particular. Willy Stark tenía

una idea parecida: todo es teatro; nada es real. Todo el mundo tenía un papel que representar o todo el mundo, le gustara o no, debía representar un papel. Actuabas en tu teatro o en el de otro, conforme a tu fuerza de voluntad e imaginación. Por entonces, Adolf Eichmann, en Jerusalén, estaba diciendo al mundo que nunca había matado a nadie, judío o no. Matar no era propio de él, pero, según dijo, si sus superiores de las SS le hubieran ordenado matar a su padre, lo habría hecho.

Sylvia se mira en el espejo y sueña con amantes, mientras se corta el pelo. Le preocupan los granos, los dolores y el embarazo y también lo que todo el mundo piense de ella y pasa mucho tiempo durmiendo o tumbada comiendo caramelos y pastas glaseadas y quejándose de los dolores. De vez en cuando, se muestra cariñosa conmigo. Hoy no ha cesado de hablar de sus reglas, de las muchas horas de su vida que ha pasado sangrando.

*(Diario, enero de 1961)*

Yo consignaba nuestras peleas en un diario secreto, porque cada vez me veía menos capacitado para recordar cómo habían comenzado. Primero había un insulto inadvertido y después una irritación desproporcionada. Me desconcertaba no saber por qué ocurría así. Era objeto de una furia tremenda, pero, ¿qué había hecho? ¿Qué había dicho? A veces tenía la impresión de que la irritación no iba dirigida, en realidad, a mí. Yo simplemente entraba en la línea de fuego, pues hacía mucho que el blanco verdadero había muerto. Yo no lo era. Él no era yo. Yo me había vuelto en cierto modo una alucinación de Sylvia. Tal vez no existiera yo, al menos no como existen una mesa, un sombrero o una persona. En cierta ocasión, cuando pensaba que una escena horrible se había acabado, me tumbé y me cubrí los ojos con los brazos. Eran más de las tres de la mañana, pero Sylvia se negó a apagar la luz. Permaneció sentada en una silla, a dos metros de distancia, contemplándome. Entonces la oí decir: «No entiendo cómo puedes tener el valor de quedarte dormido». Supongo que ella habría podido clavarme un cuchillo en el corazón, pero no

podía darse el lujo de matarme. Se habría quedado sola. No me hacía falta valor para quedarme dormido.

En otra ocasión, sacó todas mis camisas del armario y las tiró por el suelo, las pisoteó y les escupió. La cogí de las muñecas y la empujé hasta la cama, mientras le gritaba en la cara que la quería. Poco a poco, pareció relajarse y ceder. Yo iba calmándola, más como un observador que como un combatiente convencido, y notaba los cambios por los que iba pasando, cada grado de sentimiento.

Después de todas las peleas, a no ser que mantuviéramos relaciones sexuales, Sylvia solía sumirse, agotada, en el sueño. Deshecho de angustia y cada vez más despierto, yo me obligaba a repasar la pelea, momento a momento, describiéndola por escrito y con todo detalle en el cuarto frío, mientras ella dormía. Era mi forma de cerciorarme, aunque solo fuese, de que de verdad había sucedido. Era también una forma de hablar de ello, aunque solo conmigo mismo. Escondía el diario en un espacio justo debajo de la superficie de la mesa en la que escribía los relatos. Ninguno de estos versaba sobre la vida en MacDougal Street. Mi vida no era el tema del que trataban. No quería aprovecharla para fines narrativos. Ni siquiera hablaba nunca de ella con nadie y me imaginaba que nadie sabía lo terrible que era. Como cuestión de principio y por vergüenza, guardaba para mí todo lo que ocurría en MacDougal Street. Al ocultar lo sucedido en mi diario, cuando Sylvia quedaba agotada, hice que pareciera aún más secreto. Después, una tarde, Malcolm Raphael, otro amigo de la Universidad de Michigan, vino a visitarme. Estábamos solos en el piso y me contó que acababa de volver de Mallorca, donde había oído hablar a unos americanos, en la playa, cerca de él, sobre Sylvia y yo. Uno de ellos vivía en nuestro edificio. Estaba describiendo nuestras paleas a los otros.

Me sentí como si fuera a volverme ciego y mudo, al repudiar aquella noticia, negarla en mi fisiología. Era como desmayarse. Al ver mi reacción, Malcolm se echó a reír y me habló de peleas que había tenido con su mujer. Fue un momento extraordinario. Los hombres nunca hablaban entre sí de ese modo. Sus peleas eran tan duras como las mías, pero él las presentaba como si fueran graciosas. No sentía la menor vergüenza.

Se lo agradecí, me sentí aliviado, aturdido de placer. Entonces los demás vivían también así, incluso un muchacho encantador y culto como Malcolm. Nos reímos juntos. Me sentí felizmente irresponsable. Supuse que infinidad de hombres y mujeres en todos los Estados Unidos estaban desgarrándose igual. ¡Qué estupendo! Yo era normal. Era una sensación deliciosa, pero pensar así me daba también grima. Me acordé de algunos muchachos homosexuales y extravagantes que había conocido años atrás, mientras aprendía a patinar sobre hielo en Iceland, la pista contigua al Madison Square Garden. Me los encontraba hendiendo el hielo como centellas o reunidos al borde de la pista, contemplando a los patinadores y cotilleando. Se referían a todo el mundo con el calificativo de «sarasa». El poli con el que nos cruzábamos por la calle era un «sarasa poli». El alcalde de Nueva York era un «sarasa alcalde». Un famoso jugador de fútbol americano era un «sarasa futbolista». Todo «él» pasaba a ser «ella». Cuanto más masculino, estricto, correcto, oficial, moral y autoritario, más sarasa ella.

Después de haber hablado con Malcolm, me sentía como los muchachos homosexuales —vergüenza aparte— en el escenario, con mi vida secreta sujeta a la voraz curiosidad de todo el mundo y, a su modo afeminado, me autorizaba a pensar que todos los hombres y mujeres que vivían juntos eran como Sylvia y yo. Todas las parejas, todos los matrimonios, estaban enfermos. Ese pensamiento, como una sangría, me purgaba. Yo era desdichadamente normal; era normalmente desdichado. Pensaran lo que pensasen las personas de mí, podía pensarlo yo primero de ellas. Podía exhibir mi vergüenza como una forma de desprecio por ellas. No hay mejor disfraz de la vergüenza que el desprecio y nada hay tan fácil como burlarse y denigrar. Nada es más placentero para la vanidad de los demás. Dos personas cualesquiera que charlen estarán haciendo comentarios odiosos sobre una tercera. Es una forma perversa de generosidad y autoadoración. Sylvia no estaba enterada del cotilleo. Como vivía con un temor constante a la humillación, yo no se lo conté. Al haber saltado por los aires nuestro secreto, se reforzó mi compromiso con ella. Aunque no lo supiera, estaba en verdad herida, había sufrido una muerte virtual. Aún no nos habíamos casado, pero Sylvia quería hacerlo pronto y a mí ni se me ocurrió la simple idea de que se trataba de una imprudencia. Si no quería casarme con Sylvia, no podía ni

pensarlo, no podía ni reconocerlo. No tenía pensamientos ni sentimientos que no fueran morales. Cuando ataba cabos, me venía cierta sensación moral.

Sylvia ha vuelto a quejarse de una hinchazón en el cuello. Le he masajeadado esa zona un rato. No he notado ninguna hinchazón. En cualquier caso, ha dejado de quejarse. Entonces le he dicho que quería trabajar un poco. Ella ha dicho que le dolía el estómago. Yo no la he creído y he sentido desprecio de mí mismo por no creerla. Ella necesitaba consuelo. Que tuviera o no dolor de verdad carecía de importancia. Estaba tumbada boca abajo y gemía de diferentes formas, lanzaba grititos. Le he pedido que dejara de hacerlo y la he hecho darse la vuelta. Gemía con los dientes visibles y los ojos desorbitados y mirándome fijamente. Le he cerrado la boca con la mano. Ella me ha mordido la mano, después ha sollozado y ha dicho que podía abandonarla. Quería que yo la abandonara. Si lo deseaba, podía seguir viviendo con ella, pero también tenía libertad para marcharme. Me ha dejado que la abrazara. He llorado un poco y la he besado, mientras la abrazaba. Le he mostrado amor, pero me he sentido como si estuviera autoacusándome o disculpándome. Ha sido una disculpa —del todo sincera—, pero sobre nada concreto, como una convulsión religiosa. Te disculpas por estar vivo, por no estar enfermo, por no ser físicamente deforme, por no estar económicamente tan mal como otras personas. No sé por qué me he disculpado, tal vez por el amor que he profanado al no creerme el dolor de Sylvia. Me he sentido totalmente sincero, al disculparme, al besarla. Ha sido muy, muy delicioso, creo yo.

*(Diario, marzo de 1961)*

Las irradiaciones culturales de los periódicos, la radio, las películas, la televisión, me afectaban, pero mi vida estaba en MacDougal Street: voces a través de las paredes, ruidos del tráfico, olores que subían por el hueco de la escalera y siempre Sylvia. Una visita a mis padres duraba solo unas horas. No había adónde ir para poder olvidar MacDougal Street y a Sylvia un rato.

Con pocas excepciones, Sylvia se imaginaba que mis amigos eran sus enemigos. En cierta ocasión, al volver corriendo al piso tras una reunión de veinte minutos con un amigo en el bar San Remo, a unos cincuenta metros de nuestro edificio, y abrir la puerta, me encontré con la locura. Sylvia, junto al fogón, a un metro y medio de distancia, se volvió hacia mí con un plato de espaguetis en la mano, cosa que ya de por sí me sobresaltó, porque nunca cocinaba, y el plato salió volando hacia mi cara, con hilos de espaguetis desenredándose como una bola de serpientes. «La cena», dijo. Recibí el proyectil en el antebrazo.

Le había dado rabia mi reunión abajo, por lo que preparó los espaguetis. ¿Por qué? Se vio junto al fogón y cocinando espaguetis, como una mujer que hace cosas así para un hombre. Sin embargo, este, por ser perversamente ingrato, la abandonaba. Mientras Sylvia trabajaba como una esclava cocinando una olla de espaguetis, yo me entretenía conversando y tomando una cerveza. De un modo amargamente horrendo, me hizo gracia, pero no me reí.

El teléfono, si sonaba para mí, era también su enemigo. Decía: «La voz de su amo», y me pasaba el auricular. Después de que yo colgara, exclamaba: «Te gusta Bernie, ¿verdad?». Era un muchacho ingenioso. Yo me reía a carcajadas con sus comentarios durante la llamada y a Sylvia le molestaba toda aquella corriente de sentimiento hacia él. Llegó un momento en que, si Sylvia estaba en el cuarto cuando yo respondía al teléfono, mantenía la voz uniforme y sosa o con muestras de molestia, como si la llamada fuera tediosa. Aprendí a hablar con dos voces, una para quien llamaba, la otra para Sylvia, que, en un piso tan diminuto, escuchaba cerca y acumulaba ácidas críticas.

A mí me gustaban las amigas de Sylvia y me alegraba cuando llamaban o venían a visitarnos. Demostraban que Sylvia era encantadora y me hacían pensar que éramos buena compañía. Yo deseaba que Sylvia tuviese muchas amigas, pero ella ponía mucho cuidado al seleccionarlas: no tardaba en deshacerse de sus amigas más bonitas y conservaba solo las que no le recordaban sus imperfecciones físicas. Si una dependiente de unos almacenes le decía simplemente que un vestido era demasiado largo para ella, lo consideraba un comentario sobre su repulsiva baja estatura. Si decía que el amarillo intenso no era adecuado para ella, se trataba de un juicio sobre su

repulsivo cutis. Se apresuraba a sacarme a la calle y decirme que yo pensaba lo mismo que la dependienta.

—¿Por qué no lo reconoces? —decía.

Si la dependienta era cariñosa y sinceramente atenta, Sylvia le compraba cualquier cosa. Por cada cien dólares que gastaba en ropa, obtenía unos cincuenta céntimos de valor y le habría resultado mejor y mucho más barato recurrir a ciegas a una tienda de segunda mano del Ejército de Salvación. Cuando le gustaba una prenda y se sentía bien vestida con ella —un jersey de cachemira, una blusa de algodón o su abrigo de *tweed* con la manga desgarrada—, la llevaba varios días seguidos. Dormía sin quitársela.

El sábado lo hemos pasado resarciéndonos del viernes, durmiendo, haciendo el amor, comiendo. Yo no he escrito y ella no ha estudiado. Hemos intentado volver a dormir, pero yo ya no podía. Hemos hecho el amor: no bien, pero agotadoramente. Ella ha dicho: «Tú no eres natural». Hemos dormido.

(*Diario, marzo de 1961*)

La forma como mi madre intentaba ayudarnos era enviándonos comida. Yo cargaba con grandes bolsas de *bagels*, pollo frito, *latkes* de patata, pasteles y pastas hasta MacDougal Street. Por su parte, mi padre guardaba silencio y me lanzaba miradas de triste preocupación filosófica, que no eran de ayuda, pero también me daba dinero. Teníamos pocos gastos, cuarenta dólares al mes para el alquiler y tal vez un poco más para la comida que guardábamos en la nevera, al abrigo de las cucarachas: espaguetis, naranjas, huevos, café, leche, pan y los pasteles que encantaban a Sylvia. El gas y la electricidad nos costaban unos diez u once dólares al mes. La única vez en que intenté hablar a mi padre de mi vida con Sylvia, resulté incoherente y sufrí visiblemente. Como en un sueño, parecía incapacitado para decir lo que pensaba. Tenía la sensación de que mi boca era demasiado grande y floja y mis palabras resultaban torpes, pero él me entendió. Antes incluso de que yo lo formulara con palabras, comprendió que estaba pidiéndole permiso para hacer algo terrible. Me interrumpió: «Es una huérfana. No puedes abandonarla». Una

clara ley moral. No podía soportar que le contara mi tormento, por lo que no me permitía comentarlo, no me dejaba hablar mal. Después se refirió a la desdicha de los maridos. Conocía a un hombre, de setenta y siete años de edad, inmigrante judío oriundo de Polonia, que tenía una carnicería en Hester Street y cuya mujer había dicho al FBI que era comunista. Lo investigaron y pasó nueve días en la cárcel. Por fortuna, tenía buena fama entre el vecindario. No era comunista. Entendí lo que quería decir. Las esposas podían portarse mal con sus maridos, pero nada se podía —ni se debía— hacer para poner fin a las amarguras de la pareja. La pareja es algo absoluto, inmutable, como el mar y la costa. Con su pequeña historia, mi padre me condenó al matrimonio. Yo quería que me dijera algo, pero no eso. Me marché con una sensación de soledad y tristeza. Más que nunca, tenía que hablar con alguien y pensé en recurrir a un psiquiatra. En un curso de doctorado, había leído un ensayo sobre Jonathan Swift de la psicoanalista Phyllis Greenacre. Estaba bien escrito y, a diferencia de gran parte de los autores psicoanalíticos, parecía apreciar los valores literarios. Tal vez pudiera hablar con ella. Pensé en lo que podía decir o no me atrevía a decir. Al final, marqué su número y me dio una cita.

Su cuarto de estar era su despacho. Una gran sala, con sillas y sofás cubiertos con telas preciosas. La atmósfera era enteramente doméstica y agradable, lo menos médica imaginable. ¿Habrían acudido ya allí otras personas a explayarse sobre sus miserables vidas? En una mesita de centro había revistas literarias, como la *Hudson Review*. Me sentí fuera de lugar, no tanto por llevar desdicha a aquella sala encantadora cuanto por carecer de la cultura necesaria para abordar mi triste caso. Una vez más estaba costándome hablar. ¿Cómo podía decir lo que me había llevado hasta allí? ¿Cómo iba a encontrar las palabras necesarias? ¿Por dónde iba a empezar? Entonces advertí que Greenacre sufría un ataque de fiebre del heno y resultaba difícil pensar en ninguna otra cosa. Estaba a punto de estornudar, sorbiendo por la nariz constantemente, sonándose, intentando mirarme con unos ojos llorosos. Tenía la cabeza llena de aguas turbulentas. Era descorazonador.

Comencé disculpándome por no poder hablar objetivamente sobre mis problemas. Dije que no estaba seguro de poder exponerlos adecuadamente ni repasar siquiera los acontecimientos de mi historia correctamente: con una

sucesión lógica. Según expliqué, era importante, dijera lo que dijese, no juzgar mal a Sylvia. No quería que pareciese algo que no era. Greenacre podía sospechar de todas las palabras que yo pronunciara. Era probable que se tratase exclusivamente de mentiras. Procuraría decir la verdad, pero probablemente sería una mentira. Al fin y al cabo, mi vida no era un relato. Se trataba simplemente de momentos, los sucesos de la vida diaria, que nada significaban ni entrañaban una moraleja. Me sentía desgraciado, pero no se trataba de eso, si es que se trataba de algo. No podía mostrarme objetivo ni preciso. Tal vez le hiciese gracia, porque así era como me sentía yo: un idiota. Greenacre me interrumpió: «Limítese a hablar. No se preocupe por ser objetivo».

Su observación me pareció muy brutal y, además, me hizo sentirme violento. No parecía apreciar mis esfuerzos para aclarar la dificultad que entrañaba para mí decir algo y, por tanto, lo asombroso que me resultaba haber llegado hasta allí, estar sentado allí con una doctora, intentando desesperadamente hacerle entender que nunca iba a poder aclarar nada y que toda aquella empresa resultaba inútil. De repente —sacudido por su brutal interrupción— me oí a mí mismo. No había hecho sino farfullar durante cinco minutos. Estaba aburriéndola. Había frustrado a la doctora. Si solo podía ofrecer aquel material incoherente, ella no iba a poder desempeñar su función. Era prácticamente un demente.

Ella esperó esforzándose también —si no para soportar mi aburrimiento, al menos su fiebre del heno— por mantener la compostura y la concentración.

Entonces me lancé de cabeza: hablé durante cincuenta minutos, conteniéndome un poco, pero sin resultar incoherente. Ella sorbía por la nariz y no reaccionaba ante nada, se limitaba a recibirlo todo. Al final, dijo que tanto Sylvia como yo necesitábamos psicoanalizarnos. Si yo quería, podía recomendarnos a alguien. Ella ya no ejercía, solo hacía de consejera.

Le pregunté si podía decirme algo sobre Sylvia y yo, alguna impresión que pudiera ayudarme. Parecía renuente a decir nada más, pero yo le había dado la información, le había dicho mucho. Iba a pagarle su hora. Se encogió de hombros y, con tono despectivo, dijo: «Se trata de una vampirización mutua».

Hacia el final de nuestra estancia en MacDougal Street, convencí a Sylvia para que fuera a ver a un psiquiatra en el Centro de Neuropsiquiatría. Una amiga de Sylvia, a la que aquel había tratado, le había dicho que era competente y una buena persona. Sylvia me permitió pedir una cita para ella. El día de la cita, Sylvia se negó a levantarse de la cama. Le rogué, argumenté, la acaricié y le grité. Al final, salí, bajé corriendo la escalera y llamé a un taxi. Fui a la cita. Me resultó extremadamente violento. Le expliqué lo mejor que pude lo que me ocurría. El doctor me dejó hablar y me escuchó durante una hora y media. Por primera vez, no me costó hablar. La terrible escena con Sylvia antes de marcharme del piso y la apresurada carrera hacia la parte alta de la ciudad me habían arrojado en pleno meollo de nuestra historia. Hablé sobre lo que acababa de ocurrir y lo que sucedía día tras día. Hablé rápido y con lucidez y compuse un panorama extenso y detallado. Al final, como si hubiera oído algo decisivo, él dijo: «¿Ha empezado a llamarlo a usted homosexual?». Le conté lo del Tampax. Dijo que se trataba de un caso muy grave. Había que ingresar a Sylvia en un psiquiátrico. Si yo firmaba los documentos, él haría todo lo demás. Me siguió hasta la escalera y dijo a mi espalda: «Es un caso muy grave».

Tal vez yo deseara oírlo decir algo así. Fuera o no cierto lo de que estábamos «vampirizándonos mutuamente», era menos importante que el dato de que se pudiera certificar que Sylvia estaba, técnicamente, mal de la cabeza. Saberlo era horriblemente apasionante. Me infundió mucha energía. Corrí hasta el metro, sollozando un poco, a reunirme con mi loca esposa. Con aquel nuevo dato objetivo me sentí más fuerte y ayudado por la sabiduría de nuestras instituciones de salud. A consecuencia de ello, nada cambió.

Me ha despertado una llamada de teléfono. Sylvia, con prisa para ir a clase, me ha pedido, cuando salía, la llave del buzón del correo. Le he dicho: «Dime si tengo alguna carta». Ha contestado: «No, necesito algo para leer durante la clase». Ha salido. Yo he colgado el teléfono. Ha vuelto con una carta de mi hermano y me ha preguntado: «¿Puedo leerla?». Yo le he dicho que no y ella ha replicado: «¿Por qué no?». Le he dicho: «Porque puede haberla escrito solo para mí». Se ha puesto a gritar y a patalear, ha cerrado la puerta con un

gran portazo y ha bajado corriendo la escalera. Me he hecho el café y he devorado media barra de pan sin cortarla, arrancando trozos, untándolos con mantequilla y metiéndomelos en la boca.

(*Diario, marzo de 1961*) Una noche, después de otra larga pelea, Sylvia se fue hecha una furia a examinarse de griego y convencida de que iba a suspender: no tenía esperanzas de aprobar, iba a fallar vergonzosamente y sería por mi culpa. «Me las pagarás», dijo. Dio un portazo. Yo me senté en la cama, mientras oía sus pasos corriendo por el pasillo y después escalera abajo. Me sentía inmovilizado por la autocompasión y, como de costumbre, era incapaz de recordar cómo había comenzado la pelea o a qué se debía siquiera, excepto que Sylvia iba a contárselo a mis padres e iba a denunciarme a la policía y haría, además, algo personalmente. Con un extraño espasmo de determinación, me levanté, salí y la seguí por la calle hasta la Universidad de Nueva York. Me sentía atónito y con la mente en blanco, pero en movimiento, cruzando calles, caminando por el parque y después entrando, en medio de una multitud de estudiantes, en el edificio principal de la universidad y siguiendo a Sylvia por un pasillo, subiendo por una escalera y recorriendo otro pasillo hasta el aula de su examen. Me quedé fuera contemplándola. Estaba sentada en la última fila y no se había quitado el chaquetón tres cuartos de cuero marrón y cruzado, con el cuello alzado por encima de las orejas. No era de suficiente abrigo para el invierno de Nueva York, pero ella pensaba que le sentaba muy bien y se lo ponía constantemente, incluso en los días más fríos. Estaba inclinada hacia delante y encogida sobre las preguntas impresas en la hoja de examen, como si este estuviera asestándole golpes en los hombros y en la crisma. Movía muy rápido el bolígrafo, apretado con mano exsangüe, y mantenía la cara muy cerca de la página, respirando sobre las palabras que escribía. Entregó el examen al profesor con un retraso de cinco minutos y salió de la sala con faz amarillenta, como de muerta. Cuando me vio, se me acercó sin dar la menor muestra de sorpresa y me susurró que se había sentido humillada, había fracasado, por mi culpa, pero no en tono de reproche. Se inclinó sobre mí un poco, mientras salíamos de la sala. Noté que estaba muy contenta de verme esperándola. La rodeé con el brazo y me dejó besarla. Fuimos juntos a casa y en todo el tiempo no cesé de rodearla con el brazo para protegerla del frío.

Su examen fue el mejor de la clase y el profesor la instó a continuar con los estudios clásicos. Se sintió más o menos complacida, pero, en cualquier caso, sin la profundidad e intensidad de sus sentimientos anteriores al examen. El placer que le daba verse elogiada carecía de importancia y significado comparables. El éxito no era parte de ella. No era necesario, como la forma de sus manos o sus rodillas. No le importaba.

No siempre obtuvo tan buenos resultados, pero, teniendo en cuenta cómo vivíamos, era un milagro que aprobara curso alguno. No se enorgullecía de su éxito y nunca exhibía sus conocimientos en una conversación ni se refería a ellos. Fundamentalmente, carecía de interés; se limitaba a cumplir. Los logros académicos le resultaban incómodos.

—Daría treinta puntos de mi coeficiente intelectual por una nariz más corta.

—Tu nariz no tiene ningún defecto.

—Es demasiado larga, le sobra un milímetro.

Agatha Seaman, que vivía en Yonkers y visitaba a Sylvia a menudo, le habló de un doctor de Suiza que podía corregir su nariz sin cirugía, moldeándola a mano a lo largo de unas semanas en su clínica de los Alpes, donde, además, se podía esquiar y comer maravillosamente. «Todo el mundo va a allí.» A Sylvia le importaba menos la forma de su nariz que su longitud, pero soñaba con el mítico doctor. Según una revista de moda, era el favorito de la sociedad europea. Sylvia sentía envidia de Agatha, porque podía permitirse fácilmente pasar unas semanas en la clínica alpina. No es que Sylvia hubiera ido, si hubiese podido darse ese lujo. Con todo, le gustaba pensar que existía un médico así, que había esperanza para su nariz y estaba a su alcance y no solo al de Agatha.

A mí me gustaba la nariz de Sylvia, pero no dije nada al respecto y menos aún acerca del fantástico doctor. Podía muy bien decir algo inconveniente. Pensé que Sylvia quería que alguien hiciera con su nariz lo que ella hacía con su vestimenta, es decir, cambiarla. Cambiaba su longitud o

su anchura o le quitaba un cuello o se lo añadía o ajustaba los hombros. Siempre estropeaba sus vestidos o, si no, después de mucho cortar y coser llegaba a la conclusión de que los cambios no le quedaban bien. Tenía docenas de vestidos y faldas preciosos, comprados con el dinero de la herencia recibida tras la muerte de su madre. Ninguno de ellos era de la misma talla. Estaban guardados en cajas y maletas metidas bajo el sofá y en la parte trasera del armario empotrado y casi nunca las abría. Solo se ponía algunos y no recordaba la amplitud de su guardarropa ni tenía idea de cuántos miles de dólares se había gastado en ropa. Como con frecuencia se quedaba dormida sin desvestirse —demasiado deprimida o demasiado perezosa para quitarse la ropa o porque se sentía a gusto con lo que llevaba puesto—, pasaba varios días con la misma prenda, mientras que centenares de vestidos, retocados y vueltos a retocar, seguían simplemente olvidados y sin usar nunca.

Yo esperaba que dejara en paz su nariz. En cuanto al doctor de Agatha, era, como cualquier otra persona en su vida, una fantasía extravagante, relacionada de algún modo con muchachos. Agatha tenía fijaciones apasionadas con muchachos, siempre más jóvenes que ella y siempre pobres, ignorantes, de piel oscura —árabes, turcos, italianos, portorriqueños—, de una belleza sublime e invariablemente perversos. Si no lo eran cuando conocían a Agatha, ella contribuía a que se descubriesen como tales. Entonces se lo contaba a Sylvia y esta me lo contaba a mí. Mes tras mes, oía yo hablar de aquellos muchachos.

Repantigada durante varias horas en nuestro sofá, Agatha contaba a Sylvia historias enormemente detalladas sobre los muchachos: que si la noche anterior había esperado en un callejón detrás del hotel en el que Abdul, Francisco o Julio trabajaban de botones o ayudantes de camarero y, cuando aparecían después del trabajo, les daba una sorpresa. A los muchachos les desagradaban aquellas sorpresas, pero Agatha siempre les llevaba regalos —joyas, chaquetas de cuero, seductoras camisas de seda—: boletos de admisión a la vida de ellos. Temblando de humildad y temor, entregaba el regalo al muchacho. Este, incapaz de rechazarlo, cedía y ella lo seguía por la calle, mientras él acariciaba el regalo o se lo probaba tal vez. Sylvia imitaba a Agatha imitándose a sí misma, comentando, entre gemidos, lo guapísimo que

estaba con él, cómo había acertado ella al respecto: «El magenta es el color ideal para Abdul» o «Francisco estaba divino con la seda negra».

Poco a poco, la irritación del muchacho cedía ante un sentimiento diferente, pero emparentado. El muchacho conducía a Agatha a un portal o a una cabina de teléfono, donde él le permitía que le hiciera una mamada. A veces, la hacía volverse, la tomaba por detrás y la dejaba ardiendo y sangrando y se marchaba a reunirse con su verdadera pareja, a quien Agatha calificaba de «puta egoísta y mezquina». Con una monotonía prosaica, contaba a Sylvia exactamente lo que le hacían los muchachos. Nunca parecía advertir que sus historias siempre seguían el mismo patrón: fijación apasionada, regalos, degradación, abandono. Yo creo que sus historias eran ciertas, pero tan semejantes, que Agatha empezó a parecer esclavizada por ese patrón, a vivir para repetirlo una y otra vez y contar a Sylvia que una vez más había vuelto a suceder lo mismo. Contarlo era masturbatorio, pero tan importante como la experiencia real; tal vez fuera más importante o tal vez ya no hubiese diferencia para Agatha entre una cosa y otra. Sylvia y ella pasaban horas así, a veces dibujando retratos mutuos, mientras tomaban té y Agatha contaba su historia. Parecían exquisitamente civilizadas en su intimidad.

Agatha, que no cesaba de hacer regalos a los muchachos, podría haber sido un regalo suficiente en sí misma —una rubia esbelta del mismo tipo y altura que Sylvia—, pero adoptaba una pose apocada y nada atractiva. Su voz, siempre baja y grave para indicar reserva femenina, sugería, en cambio, una inteligencia de pocas luces y morbosidad. Su tez, embalsamada durante años con productos cosméticos, tenía la textura del tofu.

El desprecio, la piedad, una fascinación procaz y el afecto contribuían al apego de Sylvia para con Agatha. A mí también me gustaba y también sentía las otras cosas que había en ella. Tenía una actitud enfermiza y lánguida, que la hacía parecer físicamente débil y le daba una apariencia atemorizada, herida, con el atractivo de una gatita condenada: cara pequeña con ojos celestes que miraban fijamente y boca pequeña con labios que apenas se movían cuando hablaba. Nadie era más inofensivo y perversamente excitante. A veces los muchachos le daban una paliza, pero nunca parecía tener cardenales ni cicatrices, al menos visibles. No había tensión en ella. Nada se resistía, nada se rompía.

Pese a la rabia justificada que inspiraban aquellos muchachos terribles y la compasión por Agatha, era imposible no sentir su perversa satisfacción. Su propio aspecto inofensivo constituía una invitación a los torturadores. Por ser rica y mimada, resultaba potencialmente ofensiva. A los muchachos aquellos regalos caros, que no podían rechazar, les gustaban y al tiempo los comprometían. De un modo extraño, parecía suplicar una crueldad cariñosa a cambio de los regalos. Los muchachos hacían lo que ella quería. Satisfacían su necesidad de arrastrarse, de sentir dolor, de acopiar experiencias para sus historias. Nada más sucedía a Agatha. Dedicaba horas y más horas a hacer compras, pero, aparte del tiempo que pasaba con muchachos, no parecía vivir. Nunca tenía una conversación con nadie que considerara digna de mención. Nunca le impresionaba nada en París o Roma o dondequiera que fuese de vacaciones; al menos nunca contaba lo que había visto o hecho en Europa, a no ser en relación con muchachos. Nunca citaba libro alguno. Nunca hacía ejercicio físico, excepto las pocas contorsiones sexuales con las que recibía a los muchachos. Sí que iba a ver películas, pero nunca recordaba de qué trataban, solo el aspecto de los actores y tal vez la ropa que llevaban.

Aun así, siempre tenía tema de conversación. Tendida en el sofá de nuestro pequeño piso infestado de cucarachas y vestida con la ropa más elegante comprada en la tienda más elegante, Agatha relataba sus abominables historias. Era su vida. Casi nada le interesaba. Tenía todo lo que deseaba: toda clase de pasiones y dolores. Aquella lánguida e insulsa muchachita quemaba su vida, de una tienda elegante a un antro cutre, en el filo más cortante de los años sesenta hasta que su madre mandó ingresarla en una clínica mental de Manhattan. Cuando Sylvia se enteró de que costaba varios centenares de dólares al día, se sintió escandalizada. No quería ir a ver a Agatha, pero al final sus antiguos sentimientos prevalecieron.

Agatha nos recibió en una habitación gris y muy limpia —vacía, aparte de una cama, una mesa con un jarrón de flores y una silla— y con barrotes en las ventanas, desde las que se dominaba la ciudad. Parecía aún más frágil y lánguida y haber escarmentado, con una compostura más apacible y espiritual. Era, en verdad, un estilo sencillo, puro y santo, además de sexualmente atractivo. El estilo era de Agatha, no de un diseñador: la Agatha elemental, el estilo de su alma, su ser verdadero y natural. Le habían quitado

todas las conexiones con su yo anterior y el mundo material de esplendor y depravación. Se la veía bien y también parecía una buena persona.

Le preguntamos cómo se sentía viviendo en la clínica, encarcelada, constantemente observada. Respondió citando a personas famosas que habían estado en ella y después habló de varios jóvenes, de entre los internos, maravillosamente interesantes. Había acabado entre jóvenes sensibles, como ella, artistas, en realidad, no lunáticos. Tenía muchos nuevos amigos.

Habíamos acudido a la clínica embargados de compasión por ella. Era un día oscuro y frío y habíamos tenido que caminar muchas manzanas azotados por el viento, pero parecía necesario y decente hacerlo por Agatha. Nos hacía sentirnos bien. Cuando abandonamos la clínica, el viento nos recordó al instante las duras calles y dejamos de sentirnos bien; nos reímos de nosotros mismos y corrimos a casa con una sensación de desagrado y ridiculez, como pobres ignorantes que no tenían idea de que una clínica, aun con barrotes en las ventanas, pudiera ser elegante y fascinante. A Agatha le encantaba aquel lugar y no tenía prisa por abandonarlo. Pasó unas cinco semanas en él y salió hecha una lesbiana, tras haber conocido a una encantadora loca que la trataba fatal y haberse enamorado de ella.

Solo faltan veinte días para casarnos y hemos tenido una pelea, no peor que las demás, pero, por estar la boda tan cerca, me ha parecido más dura e injustificada. Cuando ha sonado el despertador a las ocho de la mañana, he intentado sacar a Sylvia de la cama, pero se ha puesto a chillar y a dar manotazos a la manta y me ha pedido que la dejara en paz. La he abrazado y acunado para intentar sacarla muy amablemente de la cama. Era importante para mí que, como vamos a casarnos, empezáramos a tener una vida normal, regular. Ella sabía lo que yo pensaba y lo ha considerado una crítica. Se ha negado a levantarse. Hacia el mediodía, se ha levantado y ha dicho que quería ir a comprar unos sostenes y un vestido de boda. Quería que yo la acompañara y ha insistido al respecto. Yo le he dicho que debía afeitarme, porque no deseaba entrar en una tienda de ropa de mujer con ese aspecto. La verdad es que no quería ir. Ella ha dicho que no importaba mi aspecto. Me he afeitado y hemos ido. Hacía mucho viento y un frío que pelaba. Ella ha dicho

que, si hubiera sabido el frío que hacía, no habría insistido para que la acompañara. En una tienda de la calle Ocho, se ha probado dos vestidos. El primero era rojo y con cuello recto y le realzaba el cutis, los ojos y el pelo. Le quedaba bien, pero un vestido rojo no parecía el más adecuado para una boda. No sé por qué se ha molestado en probárselo. Tal vez pensara que ese vestido podía ser una excepción, como si hubiera una clase de rojo que pudiese llevar una novia. Le favorecía. El segundo era amarillo y con falda acampanada. La hacía parecer bastante ancha y le daba tonos amarillentos en la piel. Después ha dicho que en la tienda yo tenía una horrible expresión de desagrado. «Tú sabes que soy un adefesio y yo también lo sé», ha dicho. De regreso en el piso, se ha sentado en la cama sin quitarse el abrigo. No habíamos hecho nada útil. No ha comprado los sostenes ni el vestido de novia. Yo le he dicho: «Vamos a limpiar la casa». Me ha contestado: «Sí». Su respuesta me ha levantado el ánimo y he puesto manos a la obra. Ella ha notado mi exhibición de energía, mi optimismo. Se ha desplomado sobre la cama, sin haberse quitado aún el abrigo, y ha cerrado los ojos para dormirse. Antes de que lo hiciera, creo haberme dado cuenta de haber cometido un gran error. Mi trajinar no iba a animar a Sylvia a imitarme, pero no he podido parar. Era mi manera de mostrarme insensible, de fingir no haber advertido lo que sentía, mi manera de no quererla. Al verla ahí tendida, con el abrigo puesto, he dejado de limpiar. Ha sido todo, mi estúpido ajeteo y su desplome, muy deprimente. He tomado mayor conciencia que nunca del desastroso estado de nuestro piso y de mi corazón. Ella sigue repitiéndome que yo la considero un adefesio. No le gusta su cara ni tampoco su cuerpo. Yo no quiero seguir amándola. Es demasiado difícil. No valgo bastante.

*(Diario, marzo de 1961)*

Fuimos al Village Vanguard, a unas cinco o seis manzanas de MacDougal Street, para ver a Lenny Bruce. La sala estaba atestada y muy oscura. No se podía ver el techo ni la cara de las personas situadas a lo largo de la barra. Apenas había luz suficiente para que los camareros pasaran por entre las mesas. La luz parecía concentrada en el foco que iluminaba a Lenny Bruce.

Llevaba una chaqueta de cuero negro y, con su figura encorvada, esquelética y enfermiza, tenía una ferocidad de rata. La cara, achatada y exsangüe por efecto del foco, parecía dura, como de sala de billar, no de artista. Comenzó leyendo una carta de un cura, quien decía que Lenny Bruce era un genio moral, un gran satírico. Después de leerla, Bruce comenzó un número en el que destacaban sobre todo los términos tabúes. Decía: «negrata», «judaca», «sudaca», al tiempo que señalaba al público. Este soltaba risitas, se reía, se tronchaba y después más y más, como si todos hubiéramos perdido la chaveta, enloquecidos por la aniquilación de las convenciones o lo que quiera que nos hubiese retenido hasta entonces, pero Sylvia no se reía. Esbozaba una sonrisa, como si estuviera más atemorizada que divertida.

Bruce decía que una palabra como «negrata» tenía mucha fuerza, por estar reprimida. Hablaba muy rápido. No se debía reprimir nada. No debíamos negarnos a saber lo depravados que éramos. Era a un tiempo aterrador e hilarante, pero parecía tener sentido. ¿Quién podía resistírsele? Una cara de rata, blanca como la de un muerto e histéricamente divertida, atacaba las hipocresías políticas y las actitudes puritanas para con la sexualidad. Montó un largo número con la palabra «moco». La palabra se volvió la cosa. Dijo que lo imagináramos en la manga de su chaqueta de cuero, brillante, duro, imposible de quitar. Se precipitó hacia el público con la medalla del moco en la manga. La gente chillaba de placer. Otro número trataba de una vendedora de cosméticos, de Avon, que se presentaba en la casa de Bruce. Quería hablar con su esposa, que estaba en el dormitorio, tumbada, desnuda e inconsciente, en la cama, por efecto de alguna droga. Bruce se describía corriendo al dormitorio para poner presentable a su mujer. Le ponía unas chanclas en los pies. Después hacía entrar a la vendedora de Avon en el cuarto. El público reía y gritaba. En otro número, sobre un accidente automovilístico, Bruce representaba a un hombre al que sacaban de un coche destrozado, medio muerto, sangrando copiosamente y presa de dolores terribles. Mientras lo conducían a la ambulancia, aquel hombre no podía por menos de contemplar el hermoso culo de la enfermera. El público reía y gritaba. Yo me reía como todos los demás y sentía un terror placentero, como el de lanzarse desde una gran altura. En aquel momento Sylvia lloraba,

como una niña, presa del asombro, y reía. Nuestro camarero estaba parado junto a nuestra mesa, doblado, como tronchado, sujetándose por la cintura, paralizado. Apareció otro camarero y le dijo: «Todas las putas noches te pasa esto», lo rodeó con un brazo y se lo llevó, aún partido, tronchado, de la risa.

Sylvia ha dicho que no ha hecho bien el examen de griego. Se sentía muy arrepentida. No ha querido mantener relaciones sexuales, se ha levantado de la cama para lavarse los dientes, después ha tenido un pequeño ataque de llanto y ha dicho: «No quiero casarme». Yo me he quedado pensando en que, si suspendiéramos la boda, mis padres se sentirían muy desgraciados. Yo los habría decepcionado. Voy a fracasar en todo y Sylvia va a acabar loca de remate. Después he pensado que nos casaremos y, cuando visite a Sylvia en el manicomio, iré acompañado de nuestro hijo.

No me volveré loco: yo, no. Una cordura absurda me sostiene. Soy una persona corriente. No sé latín ni griego. Lo único que sé es trabajar. Me he ido a mi cuarto y me he sentado ante la máquina de escribir. Los pies han empezado a quedárseme helados, las rodillas se me han entumecido. Había un fuerte temporal de viento y lluvia que azotaba la ventana. Sylvia se ha vuelto a la cama. Puede que duerma hasta la mañana, pensé.

*(Diario, marzo de 1961)*

En aquella época, R. D. Laing y otros hacían elogios de la locura y los intelectuales franceses abogaban por la lealtad a Stalin y al marqués de Sade. Diane Arbus estudiaba detenidamente a personajes monstruosos, tal vez en pos de una reserva de inocencia en el mundo. Unas manzanas hacia el este, en el Five Spot, Ornette Coleman extraía la esencia del jazz mediante un ronco saxofón de plástico. También actuaba allí el gran Charlie Mingus, quien tocaba una música angular, compleja, enérgica, ante una sala abarrotada noche tras noche. Había quienes se superaban con formas destacadas de vida y arte... o de ego; nuestro deslumbrante presidente, John F. Kennedy, se tiraba a actrices de cine. Todo deslumbraba.

Las películas, quintaesencia del exceso, estaban empezando a llamarse «films». Para los aficionados reflexivos, las películas de Antonioni figuraban entre las más importantes. Sylvia y yo nunca nos las perdíamos. Salíamos de ellas deshechos y, sin embargo, eufóricos y lamentando que la película hubiera acabado. En cierta ocasión, al encenderse las luces, ella me susurró: «¿Por qué no nos dejan en paz?». Era en verdad doloroso tener que marcharse para volver a las calles ventosas, de regreso a nuestro piso. Portábamos visiones de desesperación y aburrimiento, pero también apasionantes aprehensiones sobre aquel momento, en aquel mundo moderno, en el que el vacío podía ser exquisito, una forma de vida incluso, no solo para Monica Vitti y Alain Delon, sino para todos nosotros. ¿Por qué no? Los sentimientos eran lo único que importaba y estaban a nuestra disposición. Entendíamos. Éramos receptivos a las inefables tensiones y estados de ánimo del mundo moderno. Habíamos leído a Nietzsche. Nuestros amigos más dotados intelectualmente —no solo la triste Agatha— nos traían con regularidad noticias del abismo. Uno de ellos, un estudiante que estaba preparando su tesis de doctorado en Historia del Arte, le daba a la heroína. Otro, cuyas traducciones de poesía china habían obtenido premios y un contrato editorial, se paseaba junto al muro del río Hudson, presa voluntaria de un comercio peligroso.

Yo volvía al piso después de haber ido a hacer las compras o llevar la ropa a lavar, cosas que Sylvia nunca hacía, y me encontraba a Agatha allí tumbada y explayándose. Apenas podía esperar a que Sylvia me lo transmitiese: historias sobre la jungla de Manhattan, a la que Agatha acudía todas las noches. Cuando se quedaba hasta muy tarde, yo la acompañaba a la calle y después esperaba a que tomara un taxi. Me preocupaba. Una muchacha desdichada e indefensa como ella y sola en la oscuridad podía tener problemas. Yo me negaba a aceptar que la excitaran los peligros de lo desconocido y se expusiera a ellos.

—Hace demasiado frío para esperar aquí —me decía. —No me importa. Quiero hacerlo.

Yo miraba por la avenida, helado, rezando por que apareciera un taxi y se llevara a Agatha. Después volvía corriendo hasta Sylvia. Agatha le había contado que un muchacho la había obligado a meterse en la prostitución. La

había llevado a un barco amarrado en el West Side y después la había bajado a un cuartito. La mantuvo allí hasta que llegaron los hombres, tipos bestiales. Mientras uno le daba al asunto, los otros contemplaban el espectáculo. Me imaginé un cuarto de acero en el fondo del barco, resonando con sonidos animales. Al repetírmelo —el barco, el cuartito, los hombres—, Sylvia se divertía irónicamente, imitando los monótonos tonos de voz de Agatha, como para recalcar la distancia entre el gusto de esta por la experiencia degradante y ella misma. Yo la escuchaba divertido y sin sentir culpabilidad. Me ponía a imaginar que Agatha había ido demasiado lejos, hasta perderse irremisiblemente, como un objeto más que un sujeto, sin que afectara a mi humanidad. Solo le debía cortesía: unos minutos en la calle esperando a un taxi. Me resultaba fácil compadecerme de ella, como también que me gustara. Afectación, cosméticos corrosivos, ropa elegante, un aura de corrupción autodestructiva: era totalmente inofensiva, casi entrañable. Me agradaba a mí mismo que me gustara. Ella comunicaba todas las peculiaridades de su alma a Sylvia, pero, bajo el desprecio de esta al volver a contar las historias, yo no veía que se sintiera implicada en el destino de Agatha. Después, una noche, en la cama, Sylvia dijo: «Llámame puta, zorra, furcia...».

Pronto iba a llamarla mi esposa. Esa anticuada palabra volvería nuestra vida correcta, aceptable. Las cosas cambiarían, creía yo, aunque nuestras peleas se habían vuelto tan horrorosas, que la pareja homosexual que vivía enfrente de nosotros no nos saludaba. Nos cruzábamos con frecuencia, casi rozándonos, por el sórdido recorrido hasta los retretes del pasillo, un recinto helado para cada piso. Subían el volumen de su tocadiscos hasta apagar nuestros gritos: obras del siglo XVIII, desenfundadas florituras de cuerdas y fastuosas trompetas doradas, como para recordarnos la alta y vigorosa civilización, en la que incluso las pasiones más destructivas quedan sublimadas. Esperaban inundarnos, tal vez avergonzarnos, para que guardáramos silencio. Nunca lo consiguieron.

Es posible que los asustáramos con nuestras horrendas batallas diarias, pero yo supuse que simplemente les desagradábamos. Eran tipos reprimidos del Medio Oeste, muchachos rubios, limpiísimos y discretos, que se ocultaban en Nueva York para poder ser amantes, sin suponer nunca que sus vecinos, justo al otro lado del pasillo, fueran maníacos. Me parecía paradójico que,

siendo homosexuales, pudiesen mostrar desaprobación e intolerancia. A mí me gustaba la música del siglo XVIII. ¿No podían entenderlo? ¿Perdonar un poco? ¿Acaso sus asuntos domésticos eran tan diferentes de los nuestros porque tuvieran un mejor comportamiento? Al compartir una cama, ¿no se desquiciaban nunca con la teatralidad sexual o las chaladuras compulsivas? Pasaban a nuestro lado con caras rígidas y expresiones espectrales y ciegas. No saludaban ni de palabra ni con un gesto, solo se oía el crujido del viejo linóleo debajo de nosotros. Se apretaban contra la pared para no rozarnos inadvertidamente. Éramos un orden de vida inferior e irreconocible. Su estridente música nos condenaba. Su silencio y su música me hacían encerrarme en mí mismo, pensar que Sylvia y yo —y no aquellos homosexuales— éramos seres marginales, moralmente ofensivos, de muy mal gusto. Lo éramos, pero ellos parecían injustos. En realidad, no sabían. Yo tampoco sabía, cuando abrazaba a Sylvia y la llamaba como ella me pedía y le decía que la quería. No sabía que estábamos perdidos.

Estoy sin trabajo, sin trabajo, sin trabajo. No he publicado nada. No tengo nada que decir. Estoy casado con una loca.

*(Diario, enero de 1962)*

Poco después de que nos casáramos, Sylvia dijo: «Tengo amigas que ganan cien dólares a la semana», es decir, un salario muy bueno a comienzos del decenio de 1960. Con él habríamos podido pagar el alquiler de dos meses y las facturas de la electricidad, pero Sylvia se refería a que, comparado con sus amigas, yo era un gandul. Con el tiempo me publicaron uno o dos relatos en revistas literarias, cosa que me hizo feliz, pero las revistas pagaban muy poco. Así, pues, empecé a buscar trabajo y, para sorpresa mía, me contrataron casi de inmediato como profesor ayudante de Inglés en la Universidad Estatal de Paterson, en Nueva Jersey. Entonces dejé de escribir. Tenía mucho menos tiempo para los relatos, pero más importante era estar casado. Cambió la idea que tenía de mí mismo. Como hombre casado, tenía que ganarme la vida. Nunca había considerado que escribir relatos fuese un trabajo. Simplemente,

era difícil. El sonido de mi máquina de escribir, hora tras hora, molestaba mucho a Sylvia y esa era otra razón para dejarlo, pero entonces todo lo que era importante para mí —familia, amigos, literatura— la situaba a ella en los márgenes de mi conciencia y se sentía abandonada e insultada. También ocurría así si yo permanecía demasiado tiempo en el retrete y a veces cuando caminábamos por la calle. Iba yo hablando de un amigo o de un artículo de revista, tal vez riendo, y suponía que estaba divirtiéndola, pero entonces notaba que ella no iba a mi lado. Miraba atrás y ahí la tenía, parada a unos metros y mirándome con rabia. «Me haces sentirme como una puta», decía. «No te atrevas a caminar por delante de mí.» Entonces me adelantaba y yo la seguía hasta casa, muy molesto, pero también preguntándome si no habría, en realidad, algo defectuoso en mi personalidad: hablar, reír y pasarlo bien, cual si, como un subnormal o un perro, estuviera bastante feliz simplemente por estar vivo. Sylvia esperaba en la puerta de nuestro edificio a que yo llegara para que se la abriera y ella pudiese sentirse bien tratada, como una dama, no una puta.

Nunca decía: «Caminas demasiado rápido. Por favor, ve un poco más despacio». Aminoraba el paso, se quedaba atrás para que yo me diese cuenta de que estaba tratándola como a una puta y después ya era demasiado tarde. Yo ya lo había hecho, había demostrado por enésima vez que era una mala persona. Era difícil, de momento en momento —al caminar, hablar, reír, escribir, cagar— no decir o hacer algo que hiriera a Sylvia.

Ha sido un día agradable. Me he sentido tan solo un poco desdichado. Iba a ir a comprar un abrigo para el invierno. Estaba ya en la puerta, cuando, de repente, Sylvia ha querido hacer el amor y ha insistido, muy cariñosa. Yo no quería y no sabía cómo decírselo. Solo Sylvia tiene ese privilegio. Se ha hecho tarde para ir a comprar. Me he sentado en mi cuarto. No merezco un abrigo para el invierno.

*(Diario, enero de 1962)*

La única vez en que caí enfermo, solo quería irme a la cama a dormir. Como por un reflejo, me sentí en falta. Si me acostaba, Sylvia se sentiría abandonada. Aun así, había de irme a la cama, dormir. Tenía fiebre. Me dolía todo el cuerpo. Era solo un resfriado, cosa de poca importancia, pero la verdad es que debía acostarme y dormir. En el momento en que cerré los ojos, Sylvia se puso a barrer el suelo en torno a la cama. Se le ocurrió que no podía ser que yo estuviera ahí acostado y enfermo y rodeado de un suelo asqueroso, aunque teníamos cucarachas, pulgas y a veces ratas en el piso y había agujeros en las paredes por los que se escapaban peludas fibras marrones de material aislante. Barría con mucha energía. Después lavó los platos armando un gran jaleo. Todo debía estar limpio porque yo estaba enfermo. Guardó la ropa en los cajones y los cerró con estruendo para que quedara claro que estaba poniendo orden, recogiendo cosas y colocándolas en su sitio. Cuando el piso estuvo todo lo limpio y ordenado que ella podía lograr, dijo que yo no podía estar tumbado con esas sábanas. Llevábamos varias semanas sin cambiarlas. Estaban manchadas y sucias. Me levanté de la cama y esperé en ropa interior, con fiebre y escalofríos, mientras ella cambiaba las sábanas. Cuando hubo acabado, volví a meterme en la cama. Me quedé dormido, pero no tardó en despertarme un silencio inhabitual. Vi a Sylvia parada al pie de la cama, mirándome fijamente, apoyando su peso primero en un pie y luego en el otro, como si tuviera ganas de orinar, y con expresión aterrada.

—Tienes que ir a ver a un médico —dijo—. Levántate, levántate.

—Soy de estirpe campesina. Nada puede matarme. —Déjate de bromas y levántate.

En su voz se traslucía una urgencia desesperada. Yo estaba demasiado enfermo para ponerme a discutir con ella. Me levanté y me vestí. Bajamos las escaleras y después recorrimos ocho o nueve manzanas, en una noche helada, hasta la sala de urgencias del St. Vincent, y después esperamos en la cola, junto con drogadictos y locos. Por fin, me atendió un médico. Dijo que tenía un resfriado y debía acostarme. Dos o tres horas después de haberme metido en la cama, volví a hacerlo. Sylvia se sentía mucho mejor. Por la mañana, me encontré bien.

Sylvia ha iniciado una conversación sobre la infidelidad. ¿Cómo me sentiría, si ella me fuera infiel? Le he dicho que habríamos acabado. Ella ha dicho: «¿Por qué, si fuese solo un desvarío por estar pasando un mal momento?». Le he respondido: «Habríamos acabado y no hay nada más que hablar». Entonces ha dicho: «¿Y si no te enteraras?». Le he contestado: «Si no me enterara, sería como si nunca hubiese ocurrido». Se ha ido irritando cada vez más e insistiendo en que yo aceptara su infidelidad. «¿Y si lleváramos diez años casados y tuviésemos tres hijos y en una fiesta los dos fuéramos infieles?» Le he dicho: «Eso es diferente. Nos preocuparíamos por nuestros hijos». Ha respondido: «Tú no te preocupas por nadie, solo por ti».

*(Diario, enero de 1962)*

Durante la semana, me levantaba a las 5.30 de la mañana e iba en metro hasta la terminal de autobuses de Port Authority, donde tomaba un autobús para Paterson y después otro para la universidad, donde había de subir con mucho esfuerzo una pronunciada cuesta, helada en invierno, hasta el despacho que compartía con los demás miembros del Departamento de Inglés. Daba clase por la mañana y por la tarde, recibía a estudiantes y después, cuando el cielo se oscurecía por encima del paisaje de Nueva Jersey, hacía el largo recorrido hasta MacDougal Street, donde me encontraba con Sylvia, que estaba esperándome. Cuando le había ido bien en los estudios, estaba de buen humor y, en cierta ocasión, muy contenta. Le habían concedido una pequeña beca. En otra ocasión, me la encontré despatarrada en un sillón y reluciente de sudor. Había vaciado los cajones y había tirado su contenido por el piso. La cama estaba levantada. Me quedé parado en el cuarto de estar y mirándola e intenté entender qué había sucedido. Tenía aún en la mano mi maletín y no me había quitado el abrigo. Ella me miró detenidamente a la cara y con expresión irónica en los ojos, como si estuviera viéndome por dentro.

—Muy bien —dijo—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está... el qué?

Se rio, al tiempo que echaba la cabeza atrás con arrogancia, como diciendo que no iba a poder engañarla con mi pregunta aparentemente inocente.

—¿Cómo se llama?

Comprendí poco a poco que había estado registrando el piso en busca de pruebas de mi infidelidad: cartas de amor, fotos de mis amigas desnudas, etcétera. No había pruebas semejantes, solo mis diarios, peores que cartas de amor, pero Sylvia nunca los encontró. Estuvimos discutiendo hasta pasada la medianoche. No se podía demostrar mi crimen, real solo en su cabeza, ni su inexistencia. Enfundado en un pesado abrigo de invierno, sudando y con los chanclos salpicando en la grisáceonegruzca nieve fundida de Nueva York, yo me dirigía fatigosamente hacia el metro por la vacía oscuridad, anterior al amanecer, de MacDougal Street. El maletín, abarrotado de libros y papeles, me golpeaba en la pierna. A aquella hora, veía el gran camión de la basura del Departamento de Limpieza de la ciudad, con hombres que vaciaban cubos en sus ruidosas y moledoras fauces. No se oía ningún otro ruido. Nada más se movía en la calle, excepto yo. Era una fea forma de acoger la mañana, pero me gustaba mi soledad y salir de casa. Cuando entraba en la terminal de autobuses, ya me sentía bastante bien. Mi corazón palpitaba con una sensación de utilidad. Tenía la cabeza clara, sin complicaciones psicológicas. Durante las ocho horas siguientes, no pensaría en Sylvia ni me sentiría culpable por no hacerlo. Acalorado y sudado bajo mi pesado abrigo, caminaba por la terminal con esfuerzo por el peso de mi maletín. Siempre había una multitud de sombreros y abrigos, hombres apiñados en la barra cubierta de vapor de los desayunos, donde otros hombres cortaban naranjas y apretaban sus mitades sobre el cono giratorio de un exprimidor. Se movían con rapidez y gracia. El vapor estaba cargado de buenos olores: café caliente, humo de cigarrillos, masa horneada y azúcares de *doughnut*. Parado entre la multitud de hombres silenciosos, yo me inclinaba sobre mi zumo de naranja, procurando no derramarlo, con su gusto tan rico como brillante era su color, o sorbía café negro caliente, con la taza en una mano y el cigarrillo en la otra. La mayoría de las caras translucían una opresión nerviosa. Llevaban años viviendo así. Para mí, cargado de cafeína y nicotina, era nuevo y real: la agitación y el gentío de la actividad ciudadana, su esencia neoyorquina, el lugar del hombre. Con los pies enfundados en mis toscos chanclos y fumando el primer cigarrillo del día, me unía a la solemne hermandad de los trabajadores. Era feliz.

Yo no follaba con mis estudiantes, pero no podía dejar de mirarlas, no podía dejar de ver que algunas de las chicas italianas, de ciudades de Nueva Jersey, eran visualmente deliciosas. Por la noche, al despedirme, rendido de cansancio, de otro día, exudaba lo reprimido en la clase, como emisiones radiactivas de decadencia elemental. Me venían los recuerdos de las chicas de Secaucus, Trenton, Paterson y Jersey City, preciosas muchachas de piel olivácea y lustrosa y pelo ondulado. Nunca toqué a ninguna de ellas. Tenían caligrafía de niñas y trazaban burbujas sobre las íes.

Pensaba en millones de razones para no tocarlas. Quería hacerlo. Ni siquiera coqueteaba. Volvía a casa. Mantenía relaciones sexuales solo con Sylvia, en las que yo me corría sin demasiado placer y ella no se corría. Nuestro eléctrico frenesí —contorsiones, convulsiones, meneos, besos feroces— nos dejaba aniquilados y cachondos, necesitados de algún otro, de algo más. Yo me decía que no lo necesitaba, no era importante, aunque miraba a las mujeres en el metro y en las calles y mi cuerpo me desmentía. No buscaba una mujer que me consolara y ni siquiera una mujer a la que pudiese hablar sin incitar a la violencia. Mi cuerpo ansiaba. Esa era mi infidelidad secreta, nunca confesada en mis diarios. Pese a la infelicidad cotidiana del matrimonio, escribía que amaba a Sylvia. Lo escribía una y otra vez en mis diarios y me enjugaba las lágrimas sinceras y patéticas de los ojos. «Amo a Sylvia.»

Pero, para vergüenza mía, mi cuerpo deseaba ardientemente a la mujer negra con tacones altos y traje de *tweed* que se encontraba a mi lado, mientras esperábamos el tren D en la estación de la calle Cuatro Oeste. No había nadie más en el andén y ella se encontraba más cerca de lo debido. La excitación sexual me sobrevino y me dejó sin aliento. ¿Querría comenzar una conversación conmigo? Yo nunca había conocido algo así. El matrimonio con Sylvia me había inspirado un imperativo aterrador: necesitaba otra mujer. No habría podido decir una palabra a aquella mujer sin parecer un perturbado criminal. También debo citar a la mujer que iba conduciendo un Porsche plateado por la esquina de las calles Cuatro Oeste y MacDougal. El coche se detuvo un instante delante de mí. Ella me miró fijamente. Decía que, si yo aprovechaba aquella oportunidad, nuestra vida en común estaba a punto de comenzar. Bastaba con dar unos pasos, abrir la portezuela y deslizarme

dentro. Ella me llevaría lejos de allí y nunca regresaríamos. Y también había una joven madre portorriqueña que llevaba una bolsa de la compra y parecía muy cansada y hermosamente atractiva con la bondad de su entrega, su sacrificio. Me inspiró amor. Quería follarla. Tenía unos labios magníficos y grandes ojos verdes. Aquellas mujeres se quedaron grabadas al instante en mis nervios y mis huesos. Nunca les dije nada, nunca volví a verlas. Las recordé con amor y desesperación. Empecé a recordarlas aun antes de perderlas de vista, como si nunca hubieran sido sino recuerdos, figuras de una vida anterior y más feliz.

Sylvia se presenta en mi cuarto.

—No puedo soportar tu tecleo.

—Lo haré lo más suave posible.

—No importa. Tú existes.

Ha adoptado una pose altanera, ha encendido uno de mis cigarrillos y ha tirado la ceniza en el suelo. He sentido un espasmo de odio, pero no lo he mostrado. No se ha marchado. He empezado a bostezar y se ha apresurado a cerrarme la mandíbula. He gritado. Ha parecido preocupada y después se ha irritado y me ha mirado con expresión burlona. Yo sentía dolor y ella lo veía. Se ha puesto a lamentarse de todo lo que ha habido de soportar durante el último año y medio.

Yo estaba sufriendo. Ella se lamentaba.

(*Diario, enero de 1962*) En la primavera de 1963, Sylvia concluyó su carrera en la Universidad de Nueva York. Nos mudamos a la parte alta de la ciudad, a un piso de la calle Ciento cuatro Oeste, entre la avenida West End y Riverside Drive. Ella asistía a clases nocturnas de alemán. Yo seguía dando clase en la Universidad Estatal de Paterson y me sumé a un grupo que compartía el viaje en automóvil y lo hacía más fácil. Llegaba a casa menos agotado y podía ir a ver una película con Sylvia y no quedarme dormido. Uno de los conductores del grupo, Dan Slater, estaba concluyendo sus estudios en Columbia y escribiendo una tesis sobre el teatro francés. Era homosexual. Por las mañanas, cuando conducía él y no había otros pasajeros, hablaba de su último amante y me contaba lo que le gustaba de él, cuánto le duraría, su

aspecto, lo que decía. Hablaba de cosas que yo no había oído nunca. Me contaba las sensaciones que le brindaba la polla de un tío. Con frecuencia me escandalizaba, pero no lo mostraba. Yo le contaba con tono ligero y mendaz la absurda pelea que había tenido con Sylvia la noche anterior. No decía que habíamos estado discutiendo hasta las cinco de la mañana o que solo había dormido una hora. Yo nunca le hablaba de mi vida como lo hacía él de la suya, cual si estuviera extrañamente cohibido por las limitaciones convencionales del matrimonio. Según dijo Dan, uno de sus amantes pensaba que el aspecto que ofrecía el alambre de metal negro sobre los dientes delanteros era sexualmente excitante. Pidió a Dan que buscara un dentista para ponérselo. Dan no necesitaba ese aparato corrector. Sería caro y doloroso, además de degradante. —Le dije que no. No hubo nada más que hablar, la verdad.

—¿A quién se le ocurriría aceptarlo?

Él se rio.

—Hay quienes lo harían.

—¿De verdad?

—Pues claro, hombre.

Al cabo de un tiempo, empecé a intentar escribir de nuevo. Una revista literaria me aceptó otro relato. También había recurrido a un agente literario, con el que llegué a tener mucha amistad y nos visitaba cuando vivíamos en MacDougal Street. Una noche, me sacó de casa para conocer a otro escritor representado por la agencia. Era Jack Kerouac. Yo nunca había pasado una velada con una persona famosa, pero tenía amigos universitarios que se consideraban íntimos de Platón, Shakespeare, Marx, Freud y demás. Unos días después, pregunté a uno de ellos si había leído a Kerouac. Me dijo: «No fastidies, que aún no he leído a Proust». En el Porsche descapotable de mi agente, con la capota bajada, dábamos vueltas por Manhattan y Kerouac lanzaba al cielo de la noche diatribas contra las críticas de sus libros. Se había aprendido de memoria las observaciones más crueles, ninguna de ellas graciosa, pero quería que nos riéramos. Nos reíamos. Acabábamos la noche en un tugurio cerca de la calle Catorce y la Segunda Avenida. El suelo estaba

hecho con azulejos hexagonales en blanco y negro. A lo largo de una pared, había mesas de madera marrón oscura con asientos corridos. Estaba allí Allen Ginsberg con unos amigos. Kerouac nos presentó. En Berkeley me habían presentado varias veces a Ginsberg, pero él nunca me recordaba. Era como hallarse en la gran rueda de la existencia, pasando a otras vidas, y después volver a encontrarnos y no recordar que ya nos habíamos conocido, excepto que yo sí que lo recordaba.

Cuando nos mudamos a la parte alta de la ciudad, hicimos un nuevo grupo de amigos. Algunos de ellos eran profesores en la Universidad de Columbia, a unas diez cortas manzanas de nuestro piso. Acudían con frecuencia a las tantas de la noche y nos sentábamos a hablar y fumar marihuana hasta el amanecer. Nuestras conversaciones, por lo general sobre literatura o cine, estaban muy influidas por la marihuana y, por tanto, resultaban apasionantes, pero también muy aburridas. Como en las películas de Antonioni, sentíamos una extraña satisfacción con el aburrimiento de nuestras largas y humosas noches analíticas y agónicas. La mayoría de las veces Sylvia era la única mujer en el cuarto. Estiraba las piernas en el sofá y se tendía a medias, con aspecto lánguido y sensual y, sin embargo, muy atenta a todo aquello sobre lo que quisieran hablar los amigos de Columbia, pero, poco después, empezaba a desintegrarse, presa indefensa de la marihuana que le hacía lanzar risitas y reírse de sí misma por reírse tanto, y a los amigos de Columbia les encantaba, se reían con ella y la animaban demasiado, pensaba yo, pero es que ellos no tenían nada que perder. La susceptibilidad de Sylvia con la marihuana era divertida, entrañable incluso, para todo el mundo, menos para mí. Temía y me molestaban aquellos momentos y aborrecía la droga.

Yo nunca compraba droga, pero en el piso teníamos con frecuencia. Algunos amigos nos la «pasaban», porros y pastillas, a cambio de nuestra hospitalidad. Aparecían a menudo en nuestro piso de MacDougal Street solo para charlar un momento y colocarse antes de ir a alguna cita en la vecindad. En cierta ocasión en que yo volvía de la tienda con una bolsa de comida apretada contra el pecho, me crucé con un conocido, quien, al tiempo que me saludaba, dejó caer tres chinas de hachís en la bolsa y siguió su camino. Ni

siquiera nos había visitado nunca en nuestro piso, pero los drogotas hacían proselitismo y solían ser muy generosos. Incluso los más pobres de nuestros amigos compartían todo lo que tenían, como con espíritu religioso. Querían que te colocaras con ellos, que sintieras la bondad que los animaba y vieses el mundo como ellos. (La generosidad no era extensible a las caras drogas duras.) El espíritu de desinterés material y comunidad religiosa era bueno, en mi opinión. Nada así se había visto antes en la continua historia asesina de nuestro país, pero yo metía los porros y las pastillas en un cajón y los olvidaba hasta semanas después, cuando me los encontraba por casualidad y los tiraba a la basura.

En las largas horas de nuestras noches dedicadas a la marihuana, nunca me parecía que Sylvia no estuviese pasándose bien, incluso cuando solo se oían inhalaciones en el cuarto, cuando éramos tres o cuatro sin nada que decir y pasando un porro en derredor. Ella siempre parecía muy satisfecha y se mostraba interesada cuando se reanudaba la conversación. Siempre fumaba y tragaba cualquier pastilla que le ofrecieran. Un dibujo que hizo da una idea de nuestras veladas. Figuran en él Agatha, dos de los amigos de Columbia y un antiguo amigo mío que dejó de visitarnos después de que Sylvia y yo nos casáramos. Está detrás de Sylvia con un cuchillo, como si fuera a clavárselo en la espalda. Los amigos de Columbia aparecen muy colocados. Yo figuro también en el dibujo, tecleando en la máquina de escribir e indiferente a todo lo que sucede en el cuarto.

Yo nunca me mostraba indiferente, pero intentaba escribir, siempre volvía a intentarlo, cosa que molestaba a Sylvia: no era solo el ruido de la máquina. Pasaba mucho más tiempo con ella que con la máquina de escribir. Lo que le molestaba era que quisiese hacerlo. Era como alejarme, abandonarla. Escuchaba con paciencia cuando le leía mis relatos y a veces le gustaban. Sonreía y decía: «Sí». Aquella única palabra me complacía enormemente. También podía ser muy dura. En cierta ocasión después de que le leyera un relato, dijo: «Sigo pensando que nuestro hijo será muy inteligente».

En las largas noches de conversaciones, abundaban también los cotilleos sobre el Departamento de Inglés de Columbia. Roger Lvov, profesor ayudante que nos visitaba dos o tres veces a la semana, nos contaba con frecuencia lo que había ocurrido tan solo unas horas antes. —He pasado por delante del despacho de Trilling, que tenía la puerta abierta.

Roger apretó el resto de su colilla, pinchada entre las puntas de una horquilla, contra el extremo del tubo que formaba con los labios. Esperamos a que acabara de aspirar y después siguiese hablando. Los pálidos párpados se le cayeron, las ventanas de la nariz se le tensaron, empalidecieron y se desorbitaron. Aspiró tres caladas cortas y profundas. La esencia del gas de la marihuana pasó por los alvéolos de su red bronquial. Tenía los ojos encarnados y brillantes. Prosiguió:

—Trilling me ha mirado cuando he pasado por delante de la puerta. Me ha visto.

—¿Te ha dicho algo? —le pregunté.

Roger se me quedó mirando.

—¿Cómo?

La pregunta me dejó molesto conmigo mismo. Era demasiado ansiosa, demasiado curiosa. Más tarde, Sylvia me dijo que Roger se había reído de mí. Iba a repetir mi pregunta por todo Broadway y West Avenue. Diría que yo me había humillado.

Ardiendo por dentro, volví a preguntar:

—¿Te ha dicho algo Trilling?

—No.

—¡Vaya! —dijo Theodore Edelweiss, a quien llamábamos Teddy, también profesor ayudante en Columbia. Estaba más colocado que Roger y parecía creer que acababa de oír una historia fantástica, pero yo no estaba seguro de lo que pensaba Teddy. Era una persona complicada y podía estar riéndose de Roger.

Nuestros amigos de Columbia sabían que iban a despedirlos. Era una tradición en el departamento que despidieran a casi todo el mundo, pero nadie podía estar absolutamente seguro de si le ocurriría a él. A lo largo de los

años, solo habían sobrevivido unos pocos profesores ayudantes. Resultaba imposible determinar por qué había sobrevivido alguien en particular. Contaban que un profesor ayudante, después de ser despedido, se puso furioso y gritó al presidente: «¿Qué quiere usted? ¿Diez libros? Pues escribiré diez libros. ¿Veinte libros? Pues escribiré veinte libros». Nuestros amigos no tenían esperanzas de sobrevivir, pero no cesaban de imaginar que pudiese ocurrir. Ninguno de ellos publicaba nada. En su momento, uno tras otro, inclinaron la cabeza ante sus superiores, quienes, como antiguos sacerdotes mayas, les arrancaron el corazón. A su favor podemos decir que antes procuraron destrozarse con las drogas.

Yo temía que la marihuana intensificara la paranoia de Sylvia y le rogué que no la fumase, a no ser que estuviera yo con ella. Escondía cigarrillos y pastillas que conseguía cuando no estaba yo presente. Varias veces reconoció que, mientras yo estaba en Nueva Jersey o visitando a mis padres, había fumado. Yo me enfurecía, montaba escenas puritanas, pero no era consecuente. Si ella tomaba pastillas, yo también lo hacía. Era una forma de estar unido a ella y, como todo el mundo sabe, la droga hace que la relación sexual resulte como un sueño y se prolongue, cuando no se limita a acabar con el deseo. Pasamos un fin de semana de tres días sin salir de casa, tomando anfetaminas, fumando hierba y leyendo y releendo *La vuelta del torno* de Henry James, interesados en la perversidad de esa espantosa historia. No comimos, no contestamos al teléfono y tuvimos arranques de sexualidad violenta y compulsiva, tras los cuales seguíamos tumbados y anhelando más. Hacia el final del tercer día, Sylvia empezó a decir: «Abre la ventana», como si esas tres palabras constituyeran un poemita maravilloso:

*A-bre*

*La ven-tana.*

Le pedí que no siguiera, pero lo repitió mil veces, con voz cantarina, antes de desplomarse a mi lado, aturdida, y después me explicó cuál era la verdadera clave de *La vuelta del torno* y que nada tenía que ver con el espantoso placer experimentado por Henry James, conforme a la tradición de

los cuentos de hadas con niños torturados. Sylvia seguía sin parar y los dos nos sentíamos embriagados por sus luminosos desvaríos.

—Te voy a explicar en qué consiste en realidad. Oh, Dios mío, es tan evidente.

—Yo creo que tienes razón. Es eso. En eso consiste exactamente.

Estaba tan increíblemente brillante que no podíamos por menos de hacer el amor de inmediato. Más adelante, ninguno de los dos recordamos lo que ella había dicho, ni una sola palabra.

Sylvia me ha dicho que Agatha se considera emocionalmente madura, porque no se siente culpable por acostarse con cualquiera, hombre o mujer, amigo o extraño, o por mantener relaciones sexuales en público, como hace con su amiga de la clínica mental.

—Las dos se acarician, mientras sus respectivas parejas las follan al mismo tiempo.

—¿Emocionalmente madura?

—Eso cree.

—Agatha es una depravada, me parece a mí.

Sylvia ha dicho, irritada:

—Agatha es incapaz de hacer daño a nadie. Simplemente, no puede denegarse nada a sí misma. Si ve un par de zapatos que le gusta, compra cuatro pares. Lo mismo le ocurre con la sexualidad.

—También es una cotilla terrible —he dicho yo—. Tiene tan poco sentido de la intimidad en la cabeza como entre las piernas.

Después, me he arrepentido de hablar así. Me gusta Agatha. Tal vez estuviera celoso. Sylvia y Agatha se necesitan. Agatha necesita hablar y Sylvia escuchar. Las confesiones de Agatha probablemente sean menos depravadas y más placenteras para ella que su vida y la han mantenido unida a Sylvia. Se parecen incluso físicamente: la misma altura y el mismo tipo. Me las he encontrado dormidas juntas, en el sofá del cuarto de estar, una morena y la otra rubia. La diferencia no hacía sino resaltar lo mucho que se parecen: dos muchachas tumbadas en el sofá al atardecer. Parecían palabras que rimaran.

*(Diario, abril de 1963)*

En el estilo coloquial de aquella época, todo era siempre sobre algo o, dicho de otro modo, todo era siempre en realidad sobre algo diferente de aquello sobre lo que parecía ser. Un halo de connotaciones relucía sobre palabras, películas, rostros y sucesos inocuos comunicados en los periódicos. Las obras teatrales, los sonetos de Shakespeare y las canciones de Dylan eran también sobre algo; el asesinato del presidente Kennedy, también. Nada tenía del todo sentido por sí mismo. Nada era sencillo.

Colocados con hierba, opio, anfetaminas o calmantes, tumbados y juntos en nuestra estrecha cama cuando se encendían las luces de la calle, seguíamos sus dibujos en las paredes y el techo, mientras oíamos en la radio los programas nocturnos de entrevistas. Nuestro favorito era el de Long John Nebel. Una noche, un oyente llamó y dijo, con un pausado acento de ignorante: «Long John, has desbarrado completamente». Desnudos y drogados en la oscuridad, nos volvimos a mirarnos con un dulce e insistente acceso de amor y felicidad. Durante meses después, nos decíamos cariñosamente: «Has desbarrado completamente».

Sylvia podía estar alegre y divertida, pero resulta más fácil recordar los malos momentos. Eran más sensacionales; también resulta menos doloroso ahora que el recuerdo de lo que me gustaba. Había momentos en que, estando sentados a unos metros uno del otro, de un extremo a otro de una sala en una fiesta o en el lento correr de una conversación, colocados, junto con otras cuatro personas en nuestro cuarto de estar, cuando el gris amanecer empezaba a aclarar las ventanas, nos mirábamos de repente y nos sonreíamos con la mirada, como si no acabáramos de creernos nuestra suerte, la de estar juntos.

Una tarde, estando solo en el piso, me quedé mirando fijamente una zapatilla deportiva de Sylvia abandonada en el suelo, junto a la cama. Tenía aún intacto el nudo del cordón. Se la había quitado del pie con el tacón de la otra, que no estaba a la vista. Lo que sentí fue la aterradora soledad de la zapatilla. No pude quedarme solo en el piso. Salí y caminé con paso rápido hacia la Universidad de Columbia e intenté localizarla entre la muchedumbre, con su negra melena al viento y su chaqueta de cuero marrón.

Roger me ha telefoneado y después ha venido a casa. Me ha dicho que se había metido un chute anoche y se había quedado dormido a las ocho de la mañana. Lo ha despertado el teléfono a las 9.45: era su tía. Aun destrozado por no haber dormido, ha procurado mostrarse atento. Mientras hablaba con su tía, ha advertido unos bichitos diminutos que se movían por su entrepierna. Me he imaginado a Roger despatarrado en la cama, hablando por el teléfono, tocándose y notando de pronto la presencia de esa fauna local.

—Tengo una chica para ti —le ha dicho su tía.

—¿De verdad? —ha contestado Roger.

—Es rubia y encantadora y trabaja en la televisión. Prométeme que la llamarás.

—Prometido —ha contestado Roger.

Después de colgar, Roger ha pasado veinte minutos inmovilizado por el horror y la fascinación, contemplando fijamente los bichitos blancos que trepaban por su piel.

Antes de poder contarme todo eso, Roger me ha hecho jurar que no repetiría ni una palabra. Siempre hace algo para tenerme esperando antes de decir aquello en lo que está pensando. Enciende un cigarrillo o me mira a los ojos sin decir nada. El efecto me mantiene siempre en un suspenso sobrecogedor. Al final, lo que quiera que diga resulta decepcionante. Le he jurado que no se lo contaría a nadie.

—Creo que tengo sífilis —ha dicho.

Le he preguntado por qué lo creía.

—Una fase avanzada de la sífilis.

He vuelto a preguntarle por qué creía eso.

—Hay unos bichitos que trepan por mi cuerpo. Además, tengo un sarpullido.

No me he reído. Le he aconsejado que consulte a un médico. Desde mi piso ha llamado a su amigo médico, Jerry, su compañero de habitación en Harvard. Jerry le ha dicho que lo más probable es que no tenga sífilis y le ha explicado lo que son las ladillas. Jerry ha llamado por teléfono a una farmacia cercana para comunicar la receta. Roger y yo hemos subido juntos Broadway arriba para recogerla. Me ha parecido extraño que Roger Lvov, un genio de

Brooklyn doctorado por Harvard, creyera que las ladillas indican una fase avanzada de la sífilis.

*(Diario, julio de 1963)*

Al final del curso escolar, abandoné mi empleo en la Universidad Estatal de Paterson, solicité la readmisión en los cursos de doctorado de la Universidad de Michigan y empecé a asistir de oyente en Columbia para recuperar el ambiente de las clases magistrales y del estudio sistemático de la literatura. También empecé a leer de nuevo con espíritu erudito, atento al estilo y al significado y no solo movido por el deseo de placer. Hubo más peleas con Sylvia. Después de una muy dura, cuando los dos acabamos exhaustos, dije en voz baja que iba a marcharme de Nueva York. Ella nada dijo. Interpreté su silencio como un asentimiento.

Una noche, hacia las once, íbamos a ir a un cine de sesión continua abierto toda la noche en la calle Cuarenta y dos. Al ir a bajar al metro, se alzó en torno a nosotros una ráfaga de viento con olor a orina y grasa. Dije: «No puedo meterme ahí. Vamos andando». A Sylvia no le importó ir a pie. Habíamos recorrido solo unas manzanas, cuando empezó a lloviznar. La acera se volvió resbaladiza. Ella tropezó, se manchó el vestido blanco y se rompió una tira de la sandalia. Pensé que me echaría la culpa, pero no lo hizo. Estaba dispuesta a seguir a pie, pero yo no. Llamé a un taxi. Mientras bajábamos por Broadway, entre las vibraciones y los chirridos del taxi y la ancha calle reluciente a los dos lados, vi que, con su blanco vestido manchado y su negro pelo brillante por la lluvia, estaba preciosa. La miré y memoricé la forma de su cuello y su boca y los huesos de su cara y pensé: «Es mi esposa y voy a dejarla». A veces, después de una pelea, íbamos al cine. Era como ir a la iglesia. Entrábamos entre la gente, encontrábamos nuestras butacas, mirábamos hacia la luz y sucumbíamos a la vasta imaginación común. Al salir, nos sentíamos cariñosos y buenos, con las heridas curadas. En la sesión continua de la calle Cuarenta y dos, nos sentábamos en el gallinero, con los muy fumadores y los que comían palomitas tanteando con los dedos y rechinando con la boca. Otros chupaban chocolate, lamían helados y hacían sonar los envoltorios de caramelos. Había

borrachos y bobos que hablaban a la pantalla. Los vagabundos escupían en el suelo. Era un cine como Dios manda, lugar para los insomnes de Manhattan, como un zoo, pero, con su anonimato en masa, daba sensación de intimidad. Podíamos ir al cine juntos aunque veinte minutos antes hubiéramos estado gritando como si fuésemos a matarnos. En la silenciosa desolación que seguía a una pelea, yo podía decir: «¿Quieres ir al cine?».

Sylvia se arreglaba la ropa, se miraba la cara en el espejo del cuarto de baño, cogía la chaqueta de cuero y se apretaba el cinturón mientras salíamos. Me encantaba contemplar su rapidez, la de las manos en particular, cuando se entregaba a algo. Nos apresurábamos hacia el metro sin averiguar a qué hora comenzaba la película, porque siempre pasaban dos. Podíamos ver al menos una desde el principio.

Sentados en el gallinero, rodeados de gente comiendo y fumando, yo me sumía en una felicidad infantil y después notaba que tenía el brazo en torno a los hombros de Sylvia y ella había apoyado la cabeza en él. Las enormes caras amorosas que brillaban en la pantalla acababan con nuestro resentimiento. Más tarde, de vuelta en el mundo de la calle, la electricidad nos azotaba los ojos, los muchedumbres nos acometían, el tráfico quería matarnos y las aves de mal agüero del matrimonio que se elevaban por nuestras cabezas amenazaban con descender, pero íbamos camino a casa y no tardaríamos en estar en la cama y apretados el uno contra el otro.

Unos años antes, en 1959, yo había estado guardando cola para comprar localidades fuera del Guild, un cine de Berkeley, propiedad de Pauline Kael, cuyas breves críticas de películas, expuestas junto a la taquilla, eran obras maestras de estilo y con frecuencia mejores que las propias películas. Hacía que las sintiéramos decisivamente personales, como novelas y poemas. La novela de Walker Percy *The Moviegoer*, publicada en 1961, por la época en que Sylvia y yo nos casamos, decía que las películas eran como redenciones particulares, momentos de gracia en la soledad de una vida americana.

Teddy me ha pedido que le hiciera el favor de escuchar su lectura en voz alta de un capítulo de su tesis. Le he dicho que iría a su casa esta tarde. Al acompañar a Teddy, sin la presencia de Sylvia, me he sentido extraño, como

si estuviera traicionándola. Ella se iba a molestar. Le gusta Teddy, porque es atractivo e inteligente, la halaga con pequeñas atenciones y se ríe con la menor broma de ella. Se iba a sentir desplazada. Teddy ha pasado casi una hora leyendo. Ha sido un gran placer: los dos en un cuarto pensando en la literatura, como si nada pudiera haber más serio. Teddy dice que, cuando el fantasma sale a escena en *Hamlet*, una clase de héroe se vuelve otra en las tragedias de venganza. Me han dado ganas de aplaudir. Con mi entusiasmo, he exclamado: «El fantasma lleva puesta la armadura, está vestido para la batalla, pero lo único que puede hacer es hablar y aterrorizar al público. Es exactamente como su hijo». Teddy me ha mirado con expresión de desagrado. Debería haber escuchado y haberle dicho que sus ideas son excelentes y nada más. Mi entusiasmo ha sido inoportuno, ligeramente competitivo. Antes de que acabara, ha sonado el teléfono. Era su exmujer. Quería que la aconsejase sobre un aborto que necesitaba una pariente suya. Teddy me ha parecido nervioso después de la llamada. Me ha hablado de la costumbre de su exmujer de inmiscuirse en los problemas de otras personas. Antes de despedirse, le ha preguntado qué estaba haciendo. Él le ha contestado que estaba escribiendo su tesis. Ella ha dicho: «Has encontrado algo para torturarte». Teddy me ha dicho que sus conversaciones comienzan de forma inocua y después algo le da la oportunidad a ella de lanzarle una pulla. Yo le he desbaratado el buen humor y después ella lo ha descolocado. Estaba confuso, no sabía cómo dejar de hablar. Es el hombre más suave y sociable de Nueva York, pero se ha sentido incómodo al revelarme su angustia y hablar mal de su exmujer. Ha dicho: «No es como Sylvia, ¿verdad?». Ha sido una pregunta retórica, una pulla para mí, pero no he entendido qué pretendía decir. Está protegido por cincuenta capas suaves; nunca tiene un sentimiento que no sea un poco enigmático. No quería seguir leyendo más y se ha fumado todo un porro él solo, sin acordarse de ofrecerme una calada. Yo no la quería, pero me he sentido incómodo al ver que no lo hacía. Me ha parecido una muestra más de hostilidad que de distracción. De repente me ha preguntado si había visto la exposición de Rodin.

—Sí.

—Genial, ¿verdad?

—Me imagino que sí. Siempre me han gustado las esculturas de Degas.

—Yo detesto a Degas.

Me he marchado a casa con un regusto triste. El coste de nuestra amistad ha excedido su valor.

*(Diario, agosto de 1963)*

En julio de 1963, poco antes de separarme de Sylvia y trasladarme a Michigan, garrapateé una nota en mi diario: «Una película. Sylvia se ha marchado. Me he reunido solo con Roger, que no había venido con Rosalie». Lo que había ocurrido había sido que Roger había telefoneado y habíamos quedado en reunirnos delante del Carnegie Delicatessen y después ir a ver una película. Roger había dicho que vendría con Rosalie. Llevábamos meses oyendo hablar de Rosalie, pero no la habíamos conocido. Iba a ser una ocasión emocionante. Roger nos había hablado de las inteligentes observaciones de Rosalie sobre películas, pero, ¿estudia Rosalie? ¿Trabaja? Roger sonreía a su extraño modo cohibido y repetía las palabras «estudia» y «trabaja» con expresión socarrona, como si hubiésemos hablado sin saber. Era un juego por su parte. Tenía un secreto. Sabíamos sobre qué era el secreto, pero, por afecto para con él, le seguíamos el juego. Con el tiempo, dejamos de preguntarle por Rosalie. La imaginábamos solo como una mente que iba al cine con Roger y hacía observaciones inteligentes. No tenía un cuerpo. Roger, hombre libresco, parecía no haber conocido su propio cuerpo. Era muy flaco, con culo liso, ancha cara eslava, labios finos, tez excepcionalmente pálida, ojos grises y pelo rubio oscuro y peinado liso hacia atrás. Se mantenía recto como un poste y parecía cargar con una presión fuera de lo común en el pecho, como un hombre que está ahogándose e intenta coger aire antes de hundirse. Movía los labios mientras pensaba y probaba las palabras antes de pronunciarlas.

Tomamos un autobús para el centro y llegamos al Delicatessen antes de lo que pensábamos, por lo que hubimos de esperar veinte minutos, puede que más. Roger nunca era puntual. Sylvia se quejaba del calor y estaba molesta por que yo no me hubiese puesto corbata. Aquella tarde en particular, no llevar corbata era una muestra de falta de respeto para con ella. Hacía demasiado calor para llevar corbata, pero no dije nada al respecto. Quería

mostrarme agradable, no pelear por nada. Yo era el que se marchaba de la ciudad. Quien se marcha, aun cuando tenga una buena razón para hacerlo, es culpable. Desde luego, me habría puesto una corbata, aunque fuera innecesario e incómodo, pero Sylvia no me lo había dicho hasta que ya estábamos en la calle. Me sentía atrapado, frustrado, privado de la oportunidad de portarme bien y evitar problemas. Roger vendría con traje y corbata. Sylvia estaba pensando en él, comparándolo conmigo, la corbata sería una muestra de respeto para con Rosalie. Roger siempre iba muy presentable, como un muchacho al que su madre hubiera dicho en cierta ocasión: «Debes llevar siempre chaqueta y corbata». Llevaba el pantalón demasiado alto en las caderas. En su camisa había siempre manchas de grasa, como un emblema familiar. Mezclaba elementos, una pesada chaqueta de *tweed* con brillantes pantalones de gabardina. El efecto era el de parecer presentable, pero de mal gusto, casi cutre.

Fuera del Carnegie Delicatessen, saqué dinero del bolsillo a fin de ver si tenía bastante para las localidades y la cena. Necesitaba unos diez dólares. Sylvia dijo: «No irás a contar el dinero en la calle, espero». Después de eso, no tenía otra opción que la de contar el dinero, pero no lo hice. Volví a meterme los billetes en el bolsillo. Irascibles y mudos, esperamos a Roger y Rosalie. Con el calor de la tarde los minutos eran como edificios a lo largo de la avenida, totalmente inmóviles. Sylvia me pidió que le palpara la parte lumbar de la espalda. Lo hice y noté que tenía la blusa empapada de sudor. Dije: «Sí, claro». Mi tono de voz era comprensivo. Después me pidió dinero para comprar un bote de polvo de talco. Quería echarse polvo de talco en los zapatos delante del Carnegie Delicatessen. Le di todo el dinero suelto que tenía, unos treinta y cinco centavos. Debió de parecerle suficiente para un solo bote de polvo de talco, que costaba unos veinte centavos. Yo no llevaba conmigo varios millones de dólares para las toneladas de polvo de talco que ella pudiera necesitar. Estaba visiblemente enfadada y se alejó de mí y se dirigió apresuradamente al *drugstore*. Al cabo de un minuto, regresó sin el polvo de talco y dijo: «El *drugstore* está lleno de empleados de una línea aérea escandinava». Quería decir que no habían podido atenderla. «Ya se me ha arruinado la tarde. Después de esto, ya no puedo disfrutar nada.» Además, dio a entender que se trataba de hombres y mujeres rubios y guapísimos.

Le dije: «Vamos a tomar un café», y me puse en marcha hacia una cafetería situada al otro lado de la avenida. El odio de Sylvia me hizo adelantarme, pero procuré avanzar despacio. Caminamos juntos y en silencio durante medio minuto. Después ella dijo: «Me voy a la Quinta Avenida y allí tomaré el autobús para casa».

Sin decir palabra, yo entré en la cafetería y me senté en la barra. Sylvia me vio a través del ventanal de cristal. Cuando la miré, frunció el ceño con una sombría expresión de incredulidad irritada y herida y se marchó. Una fuerza repentina, como si hubiera otro cuerpo dentro del mío, se lanzó tras ella para salir de la cafetería y correr por la calle hasta alcanzarla y rogarle que no cogiera el autobús para irse a casa, sino que se quedara, para que fuésemos al cine con Roger y Rosalie. No me moví. Le había rogado demasiadas veces. Por favor, ven conmigo a visitar a mi padre en el hospital; por favor, ven conmigo a cenar en casa de mis padres; por favor, ven conmigo a la fiesta; por favor, vamos al psiquiatra; por favor, levántate de la cama. Pedí una hamburguesa. Cuando me la sirvieron, le di uno o dos mordiscos, tragué sin masticar y dejé el resto en el plato. Volví al Carnegie.

Allí estaba Roger con su chaqueta y corbata, tieso como un palo, pálido como un vampiro al sol. Sonrió y retuvo aire en su rígido cuello. No vi a ninguna Rosalie. Yo sabía que quería preguntarme: «¿Dónde está Sylvia?». Pero no estaba seguro de si debía hacerlo. Podía provocar revelaciones insoportables. Mejor no preguntar: pensar, sospechar, olfatear en busca de claves, analizar. Yo me sentía irritado por que se comportara como era propio en él. Lo que en otras ocasiones me había parecido entrañable, resultaba de pronto despreciable. No le expliqué la ausencia de Sylvia. Me sentía demasiado avergonzado. «¿Dónde está Rosalie?», le pregunté. Roger murmuró algo sobre un ataque de migraña. No lo creí. Yo sabía de sobra que Rosalie era un hombre. Roger, como muchacho de Brooklyn que era, había decidido no salir del armario. Fuimos al cine juntos a ver *This Sporting Life*. En un momento determinado, el protagonista dice: «Puedo amar, ¿verdad?». En las películas se hacía con frecuencia esa deprimente pregunta.

He dicho a Sylvia que, cuando nos separemos, iré a ver a un psiquiatra. Ella ha contestado que no servirá de nada, porque yo no podré recordar lo ocurrido y daré una versión tergiversada de nuestro matrimonio. Después hemos hablado de su amiga Betty, cuyo novio, Matthew, es muy amoroso.

—La ha llevado a bucear a Puerto Rico.

—¿Quieres ir a bucear a Puerto Rico?

—No se trata de eso.

Sylvia ha dicho que a Matthew no le importa que Betty no sea lo bastante atractiva para él. Yo he dicho: «A mí tampoco. Tú eres una fanática con lo del aspecto físico». Se ha dado la vuelta. Después se ha vuelto otra vez y ha dicho: «Cuando era tu joyita, no pensabas que fuese una fanática». Tenía lágrimas en los ojos. Se ha dado la vuelta otra vez y me ha pedido que apagara la luz. Lo he hecho y después he ido al cuarto de baño a sacarme espinillas y me he hecho sangre. Cuando he vuelto a meterme en la cama, ella ha dicho: «Los padres de Agatha se han divorciado y se han casado dos veces... entre sí». Yo he contestado: «No existen matrimonios felices». Ella ha dicho: «¿Qué me dices de tus padres?». Le he contestado: «Viven en otro mundo».

*(Diario, agosto de 1963)*

El tren de Grand Central a Ann Arbor (Michigan) se llamaba Wolverine. El viaje duró diez horas, desde el anochecer hasta el amanecer. En la larga y chirriante noche, hambriento y sin poder dormir, abrí la bolsa de papel de los bocadillos, las pastas y el café que Sylvia me había preparado. Ella nunca había hecho una cosa así. Entonces, cuando estábamos separándonos, se empeñó en hacerlo. Cuando desenrosqué la tapa de aluminio del termo, cayó un papelito doblado. Lo abrí y leí una nota de Sylvia escrita con lápiz: «Te quiero».

Me quiere, pensé, y nada más, mientras la noche pasaba volando por la ventana, un animal negro perforado por las lucecitas de las casas en el paisaje distante. Comí todo lo que había en la bolsa y bebí el café. Fumé hasta que solo sentía la quemazón y el escozor devastadores de los cigarrillos.

Pasaron unas semanas antes de que Sylvia decidiera reunirse conmigo en Michigan. Su decisión fue impulsiva y sentimental. No puse objeción. La echaba de menos. Nunca miraba mis diarios y no recordaba ninguna de las pequeñas y mezquinas miserias diarias que habían sido la textura de nuestra vida en Nueva York. Si lo hubiera intentado, podría haber recordado, pero no lo hice. No se me ocurrió. Estaba un poco preocupado, pero más que nada feliz, de verla, cuando se apeó del tren, con su negro flequillo y sus brillantes ojos negros. Al acercarse a mí, exhibía una ancha sonrisa y caminaba contoneándose, como una niña rellenita, para mostrar lo bien que se sentía, como si acabara de tomar una comida copiosa: orgullosa y sana a un tiempo, exhibiendo su felicidad.

Nuestras peleas comenzaron de nuevo en Michigan y fueron tan duras como las de Nueva York. Una noche, se quedó delante del espejo del cuarto de baño golpeando su imagen en él con un cenicero de metal, con lo que el cristal estallaba y saltaba del marco. Decía: «Tú —golpetazo— no —golpetazo— me —golpetazo— quieres —golpetazo—, pero me echarás de menos». La ayudé a hacer el equipaje y la acompañé a la estación. Aunque estábamos muy preocupados, no nos peleamos. En cambio, nos sentíamos melancólicos y afectuosos. Ya estaba. Era el fin. Ella llevaba un sencillo vestido de noche negro, con la falda ligeramente por encima de las rodillas. Parecía muy elegante y bonita. Le di un beso en los labios. Ella no me lo devolvió. Regresó a Nueva York y entonces yo me sentí desdichado de un modo totalmente nuevo, porque no lo era de verdad y me sentía culpable al respecto. Le escribí y la telefoneé con frecuencia. Habíamos acabado y, sin embargo, persistíamos, aunque cada vez un poquito menos, con el paso de las semanas. Mis cartas eran divertidas y cariñosas. En las visitas a Nueva York, durante las vacaciones universitarias, me alojaba en casa de mis padres o a veces en la de Sylvia, en su nuevo piso de Sullivan Street. Como el de MacDougal Street, era poco más grande que una habitación. Hacíamos el amor, a nuestro modo, como si creyésemos que podíamos hacer realidad lo que quiera que nos uniese. Antes de mi última visita, en las vacaciones de Navidad de 1964, Sylvia regresó al piso cercano a la Universidad de

Columbia, que había realquilado mientras vivía en Sullivan Street. Yo fui a Nueva York con la intención de hablar con ella del divorcio. Nunca lo habíamos mencionado. Yo no sabía cómo sacar ese tema en la conversación. Me esperaba que reaccionara con furia y violencia y me aterraba.

No recuerdo exactamente cómo acordamos por primera vez separarnos, solo que había habido una pelea y yo dije que iba a marcharme de regreso a Michigan. Sylvia no había parecido angustiada por esa idea. Pensé que tal vez estuviera deseando estar libre e independiente en Manhattan: la aventura de la disponibilidad total. Después, unas semanas antes de marcharme para Michigan, dijo muy de pasada que otros hombres se interesarían por ella. «Estoy seguro de que no te costará encontrar a alguien, cuando yo me haya ido», respondí. Al instante, se lanzó sobre mí y me desgarró la cara. Le aparté las manos con un movimiento reflejo y lateral y debí de rozarle la nariz o hacer que sus manos chocaran con su nariz. Yo solo sentí sus manos. No sentí parte alguna de su cara. Soltó un grito: «¡Me has roto la nariz!», y corrió hasta la ventana del cuarto de estar tirando de la persiana, gritando para llamar a la policía. Se cargó la persiana, pero no logró abrir la ventana, y siguió chillando: «Policía, policía, ¡socorro!», mientras yo la alejaba de la ventana e intentaba mantenerla quieta para mirarle la nariz. Me rechazó con un empujón y corrió hasta el cuarto de baño. Inclineda sobre el lavabo, se examinó de cerca la nariz en el espejo, al tiempo que decía: «Está rota. Mira». No me pareció diferente y después sí que me lo pareció. No estaba seguro.

Yo no había sentido que mi mano tocara su nariz, pero me disculpé una y otra vez y la estudié detenidamente, con respeto, casi con la esperanza de verla rota. Para ella, no había duda: tenía la nariz rota y yo se la había roto. No había otra forma de considerar la situación y no había que dar más vueltas. Tenía la nariz rota. Se quedó delante del espejo un largo rato, volviendo la cara para un lado y para otro y con un brillo de excitación en los ojos, como un artista que estudia una obra con muda satisfacción.

Al final, con un talante de reconciliación tensa, fuimos a consultar a un médico. Nuestro piso estaba a tan solo una manzana de West End Avenue,

donde la planta baja de muchos edificios estaba ocupada por consultas de médicos, dentistas y psiquiatras. Como en un gran centro médico, los millares de personas que vivían en aquellos edificios tenían a su disposición todas las especialidades. Elegimos un nombre y llamamos al timbre. Contestó el médico en persona y accedió a examinar la nariz de Sylvia en aquel mismo momento. Era avanzada la tarde. Dio la casualidad de que no había pacientes en la sala de espera. La enfermera y la recepcionista se habían marchado a sus casas. Él tenía un pelo ralo y gris, ojos castaños y filosóficos y acento de Europa central. Tocó la nariz de Sylvia, la movió ligeramente para un lado y para el otro. Mientras me miraba, dijo con fingida consternación: «No lo habrá hecho él, ¿verdad?».

Sylvia dijo: «No, es demasiado bueno».

Parecían emparentados, ligeramente ingeniosos e irónicos. El médico dijo que no le parecía que su nariz estuviera «fracturada» y, menos aún, rota. Sus palabras me complacieron, pero sabía que Sylvia no las aceptaría. Preguntó si podía remitirla a un especialista.

—¿Qué clase de especialista?

—De cirugía plástica.

Entonces comprendí que Sylvia quería creer que tenía la nariz rota. Arreglarla sería la excusa para acortarla. Aquella noche, Roger telefoneó y dijo: «Tengo que hacerte una pregunta grotesca. Necesito doscientos dólares». Le dije que podía prestarle cincuenta dólares. Sylvia me oyó y, muy molesta, dijo: «Tienes que pagar mi operación». Yo me marcharía a Michigan y ella se operaría la nariz.

La consulta del cirujano estaba en Park Avenue. En la sala de espera estaban sentadas mujeres bien vestidas, una o dos con la nariz vendada. No había revistas, solo álbumes de fotografías de pacientes antes y después de la cirugía plástica y narices muy reducidas. No había fotografías de hombres. Las ventanas de las narices eran altas y estaban abiertas como pares de ojos. Noté que la recepcionista y dos enfermeras tenían narices como las de las fotografías, como morros de perros pequineses: su marca, su visión. Parecía que las mujeres habían querido gustar al cirujano. Era inconcebible que hubiesen querido gustarse a sí mismas. Pensé en disuadir a Sylvia de que recurriera a aquel médico, pero ella no se había decidido aún a operarse y

podíamos haber tenido una disputa en la sala de espera. Le enseñé uno de los álbumes, pasando páginas sin hacer comentarios, dejándole ver lo que aquel médico podía hacer con una nariz. Cuando una de las enfermeras llamó a Sylvia, yo entré con ella. Me resultaba incómodo estar allí, pero ella quería que la acompañara. La seguí por una sala dividida en media docena de cabinas cerradas con cortinas, donde el cirujano examinaba a las pacientes operadas, tal vez cinco o seis por hora. Nos recibió en su despacho, un hombre robusto, ancho de pecho, con cara de marcadas facciones judías y desfiguradas y nariz enorme y una voz que parecía llegarnos a través de una alcantarilla.

Sylvia habló con timidez de su nariz rota y no dijo ni palabra sobre la cirugía. Yo supuse que los álbumes de fotos la habían afectado. Mientras hablaba, el cirujano le miraba detenidamente la nariz. Ella vacilaba, ponía una sonrisa lastimosa y solo dijo que su nariz podía estar rota. No parecía del todo recta. Tal vez se podría hacer algo.

El doctor le dijo a Sylvia que se sentara en un taburete y después se colocó de pie delante de ella, le cogió la nuca con las dos manos y tiró de su cara hacia él, apretándole poco a poco la nariz con su barriga, cada vez más fuerte y durante unos diez segundos. Después la soltó. Sylvia estaba muy dolorida. El médico le escribió una receta de seis pastillas para dormir y dijo, de forma desconsiderada, que su nariz podría «ser más corta». Sus honorarios ascendían a cien dólares.

De vuelta en el piso, Sylvia cogió un bolígrafo y escribió un dos delante del seis de la receta. A mí no me hacía gracia llevarla al *drugstore*. ¿Por qué habría de recetar un médico veintiséis unidades de algo? El farmacéutico podía telefonar al médico para que le confirmara esa cantidad. Sylvia dijo que no había motivo para preocuparse. Después de haberle roto la nariz, yo tenía el deber de correr ese riesgo. Fui.

Mientras esperaba las pastillas, entró un joven y pidió cigarrillos. El dependiente del *drugstore* dejó de atenderme y fue a buscar los cigarrillos. Después el hombre pidió que se los envolviera.

El dependiente preguntó: «¿Para qué? ¿Es para regalar?».

El hombre dijo: «Es ilegal salir con un cartón de cigarrillos no envuelto».

Yo quería las veintiséis pastillas. Quería salir de allí. El dependiente dijo: «En mi vida he oído hablar de semejante ley».

El hombre dijo: «Si salgo de este *drugstore* con un cartón de cigarrillos sin envolver, la gente pensará que lo he robado».

El dependiente dijo: «Yo testificaré a su favor».

Yo dejé escapar un gemido. El dependiente me oyó. Con expresión de desagrado, envolvió el cartón de cigarrillos.

Yo pensé: «Esto es Nueva York. Pronto me habré marchado».

Cuando el hombre salió con su cartón de cigarrillos envuelto, el dependiente dijo: «Prefiero ser yo quien lo vuelva loco a él». Después me entregó las veintiséis pastillas para dormir. Regresé corriendo al piso.

Yo solo había dicho que no le costaría encontrar a alguien después de que yo me marchara y el resultado fue la «nariz rota». Hablar de divorcio podía provocar mayor destrucción, pero debía hacerlo. Llevábamos más de un año viviendo separados. Yo estaba saliendo con una mujer. No le hablé de ella a Sylvia. No sabía si Sylvia salía con otros hombres. Ella daba a entender cosas por teléfono, pero siempre con tal vaguedad, que, sin parecer celoso, no podía preguntarle si lo que quería decir era que follaba con algún otro. De todos modos, yo no quería enterarme. Supongo que hizo lo que pudo para ser sincera. Ninguno de los dos teníamos valor para hablar con claridad.

El 30 de diciembre de 1964, estando en Nueva York y hacia el final de mis vacaciones, fui a la parte alta de la ciudad desde el piso de mis padres para ver a Sylvia. Estaba decidido a hablar del divorcio y estaba seguro de que sería la cosa más difícil que hubiera hecho en mi vida.

No recuerdo si me reuní con Sylvia en el piso o en un restaurante, pero por la noche estábamos en un restaurante y me sorprendió encontrarme con la presencia de otro hombre: un amigo de Sylvia. Era francés y rubio, estudiante de doctorado en Yale. Tenía una cara suave y sensualmente atractiva y una mirada muy sugerente e irónica. Daba a entender que le divertían las complejidades que dejaban perplejas y doloridas a otras personas. Pensé:

«Este tío es un gilipollas, pero, si le gusta a Sylvia, a mí también». El caso es que el amigo de Sylvia era demasiado guapo; era su amante, evidentemente, y no un amigo. Hablar del divorcio delante de él podía no ser un problema. Podía ser la propia Sylvia quien sacara ese asunto a relucir. En determinado momento de la velada, Sylvia despidió al francés. No recuerdo que él y yo hiciéramos lo propio ni que hubiésemos sido presentados siquiera. Simplemente, él había dejado de estar presente a la mesa. Volví a sentirme sorprendido, pues había esperado que Sylvia me despidiera a mí y no a él. Una vez que él se hubo marchado, Sylvia y yo fuimos andando hasta su piso.

La celebración de Nochevieja se había adelantado. Había basura y cristales por doquier. Las calles estaban salpicadas de vómitos, como si se tratara de horrendos ramos de colores chillones. Todo parecía de pesadilla, pero Sylvia y yo íbamos andando hacia su casa, como lo habíamos hecho muchas veces, como si no hubiera habido cambio esencial alguno entre nosotros. Ella había tenido una relación, seguro, con el francés, pero yo no pensaba en eso. La naturalidad con la que estábamos juntos en aquel momento me hizo preguntarme: «¿Es esto amor? Y, si alguna vez te enamoras, ¿se disipa lo que sentiste por esa persona?». Sylvia se apretó contra mi costado y me cogió el brazo. Me sentí casado con ella por siempre jamás y supuse que ella esperaba que me quedara a pasar la noche e hiciéramos el amor. Siempre que yo acudía a la ciudad, pasaba algunas noches con ella, pero yo no quería pasar la noche ni hacer el amor. Tenía que hablar del divorcio. Aquel asunto parecía incongruente. El estado de ánimo era totalmente inadecuado. Yo no sentía rabia ni amargura, solo una vaga ansiedad sobre el futuro. No tenía la sensación de poder expresarlo en palabras.

Dije a Sylvia que iba a pasar mis primeros exámenes al cabo de dos semanas. Ella me habló de su trabajo de funcionaria. En el piso, se cambió de ropa: se puso un camisón corto de algodón gris y se sirvió una copa de *bourbon*. Después se me unió en el sofá del cuarto de estar y se tendió boca arriba con la cabeza en mi regazo. No era momento para hablar del divorcio, pero hablar de cualquier otra cosa habría sido una mentira por mi parte. Estaba tranquilo, escuchándola, esperando a tener la oportunidad de sacar a relucir el asunto serio, lo único real, y poner fin a aquella intimidación

doméstica, cómoda, mecánica e irreal. Aun cuando la amara, en cierto modo, y siempre la amaría, nuestra vida en común era un infierno y nunca podría dejar de serlo. Me dije a mí mismo que debía recordarlo.

Sylvia hablaba con fluidez, dirigiéndose al aire, arriba, no a mi cara. Vi un gato negro en el piso. Tenía la cola rota, con forma de z aplastada o de rayo. Lo contemplé y él a mí. Tenía un aspecto lastimoso, un gato huidizo, como si se sintiera culpable de no agradar.

Sylvia habló de hombres con los que había salido en los últimos meses. Algunos eran amigos míos. Al contarme algunos pequeños chismes, me dio a entender que había estado acostándose con ellos.

—Teddy se enteró de que estaba saliendo con uno de sus colegas y se sintió muy celoso. Dijo: «Ahora sé lo que siente Otello».

Su tono era divertido e indiferente, como si nada de todo aquello pudiese dolerme a mí. Continuó durante un buen rato, repasando muy a gusto sus amoríos y tumbada con la cabeza en mi regazo. Yo escuchaba sin decir palabra. Su amigo francés había sido —supuse— una demostración práctica, una introducción de lo que se proponía decir cuando estuviéramos solos. Tenía una actitud ligeramente teatral, interrumpiéndose a veces para alzar la cabeza y tomar otro sorbo de *bourbon*. Cuando el vaso estaba vacío, lo rellenaba y después seguía hablando de este o aquel. Se había acostado incluso con Roger, que aún no tenía claro si prefería a los hombres. Se habían drogado juntos. Una noche, Roger y Teddy estaban, los dos, en el piso. Los dos sabían que el otro se acostaba con Sylvia. En el cuarto había una tensión horrible. Fumaron mucha hierba y pasaron horas hablando de la perversión sexual en los sonetos de Shakespeare. Ninguno de los dos quería marcharse antes que el otro. Después, hacia las tres de la mañana, Roger fue al cuarto de baño. En cuanto salió de la habitación, Teddy llevó la silla de Roger hasta la puerta de la cocina, casi fuera del cuarto de estar. Cuando Roger regresó, vio el espacio vacío y, naturalmente, se quedó, cosa muy propia de él, perplejo. Sospechaba que algo había cambiado, pero no estaba seguro. Desde luego, no se le ocurrió preguntar nada. Después vio su silla junto a la puerta de la cocina. Se acercó a ella y pasó el resto de la noche sentado ahí, mientras Teddy y Sylvia seguían sentados en el cuarto de estar con toda normalidad y ninguno de ellos dijo nada sobre lo sucedido. Sylvia se rio un poco al

contarlo, aún halagada al pensar en sus dos amantes tan intelectuales. También citó a un editor de libros de cocina para *gourmets*, que, incluso en los círculos literarios de Manhattan, donde no escasean los sátiros, era tristemente famoso. Yo lo conocía. Llevaba años sin verlo, pero teníamos amigos en común y había oído hablar mucho de él. Era un hombre apuesto, de pelo moreno y rizado, boca en arco de Cupido, angélicos ojos azules, mejillas rosadas y una voz suave y lírica. Tenía el estilo grandioso de un seductor distinguido y sentimental. Leía poemas y cantaba canciones a las mujeres. En su piso del centro de Manhattan se había acostado con varios millares de mujeres. Yo había oído decir que el espejo interior de la puerta de su armario empotrado de tamaño natural reflejaba la cama, pero desde esta solo se podía ver el reflejo, si sabías hacia dónde mirar. La imagen se reflejaba en otro espejo dentro de la puerta de otro armario empotrado del pasillo. En la cama con la mujer del momento, podía verla en el espejo del armario empotrado del pasillo. Le daba la vuelta hacia aquí y hacia allá y ella no sabía que la estaba observando. Imaginar a la cohibida Sylvia reflejada en dichos espejos daba tristeza.

Pasé una hora, más o menos, así, encerrado en mi antigua cárcel psicológica y preguntándome si volvería a sentirme bien en mi vida. Ella me había dado muchos motivos para pedir el divorcio, para decir simplemente que quería el divorcio, pero ella era la única que hablaba, echaba sorbos de *bourbon* y confesaba, alegre, sus infidelidades. Yo podría haber dicho que también salía con alguien, pero, como era una sola persona, parecía irrelevante. No tenía yo nada espectacular o interesante que decir sobre ella. Ni siquiera fumaba y menos aún drogas. Sylvia era la dueña de la situación. Yo no podía decir nada de nada. Entonces me preguntó: «¿Te gustaría intentarlo otra vez?». Se refería a reanudar nuestra vida en Michigan, mientras yo acababa mis cursos de doctorado. La pregunta me dejó estupefacto. No me esperaba nada semejante, pero tal vez debería haber sabido que iba a ocurrir.

En el momento no intenté comprender. Habría podido repetir todas las palabras que pronunció, pero entendí muy poco, tal vez nada. Parecía una persona diferente, ya no la Sylvia tímida, patológicamente susceptible y explosiva, la que resultaba atractiva a los hombres y, sin embargo, se sentía

repulsiva. Era una Sylvia seductora, una puta de intelectuales, que bebía *bourbon* y alardeaba de sus aventuras amorosas y después preguntaba si me gustaría aceptarla de nuevo, como si hubiera demostrado ser una depravada deslumbrante, con brillante espíritu destructivo, perversamente irresistible. Yo seguía ahí, embargado por la desdicha, abotargado, estúpido y ardiendo por dentro. Ella ya había dicho bastante y aguardaba mi respuesta.

—Espera a que acabe los exámenes —dije—. Después ven a Ann Arbor.

Me oyó. Lo dije con toda claridad. En mi vida me había sentido peor. Sylvia permaneció inmóvil un rato, mientras calibraba mis palabras. Después se incorporó y se fue al dormitorio. Yo seguí sentado en el sofá, incapaz de hablar, como un idiota. Ella reapareció, se quedó parada en el extremo del sofá y dijo: «Acabo de tomar cuarenta y siete pastillas de Seconal». En sus ojos vi una mirada inexpresiva, como diciendo: «Ya está. Ya lo ves».

Le dije: «Estás bromeando».

Se marchó al cuarto de baño. Yo me quedé donde estaba, en el sofá, sin creerla ni dejar de creerla, y después la oí soltar un gemido. Su cuerpo cayó al suelo, con un ruido que no tiene igual. Corrí al cuarto de baño. Estaba tendida en las baldosas, con las bragas aún sujetas por un tobillo. Aparentemente, se había caído de la taza, en la que estaba sentada. La llevé arrastrando hasta el sofá, al tiempo que le gritaba, la abofeteaba, la sacudía. Después intenté hacerla caminar por el cuarto de estar. Solo me detuve para llamar a la policía y abrir de par en par la puerta del piso y después volví al cuarto de baño, recogí las bragas y se las subí por las piernas. Volví a intentar hacerla caminar, con su brazo izquierdo rodeando mi hombro y mi brazo derecho en torno a su cintura. No sirvió de nada. Iba arrastrándola, no haciéndola caminar. Volví a tenderla en el sofá, me puse a horcajadas encima de ella y rogué y grité, mientras la zarandeaba y le daba, desesperado, friegas en las muñecas. Pensé en hacerla vomitar, pero, como estaba inconsciente, temía que se atragantara. Unos minutos después, entraron en el piso dos policías. Hicieron con Sylvia lo mismo que yo había estado haciendo: pasearla, uno a cada lado. Después llegó una ambulancia, con las luces centelleando por la calle. Bajamos a Sylvia por la escalera. Yo me metí en la ambulancia con ella. Cruzamos la ciudad como una exhalación hasta el Hospital Nickerbocker, en el Harlem español.

Un equipo médico estaba esperando a Sylvia. Se pusieron a trabajar con una actitud eficiente, militar. Los vi aplicarle una máscara respiratoria en la boca, después alguien nos pidió a mí y a los dos policías que nos apartáramos un poco. Nos retiramos hasta la puerta. Como si yo no estuviera delante, un policía dijo al otro: «No va a salvarse».

Había pasado menos de media hora desde que se había desplomado. Estaba sana y solo tenía veinticuatro años. Era imposible que pudiese morir, a pesar del licor y las pastillas, pero allí estaba, inconsciente y sin reaccionar ante nada. Yo estaba aterrado. Pensaba solo de la forma más primitiva. Ella siempre había estado en lo cierto en todo y yo siempre había estado equivocado. Yo la amaba. No podía vivir sin ella. Ella lo había demostrado y me había convencido. Ya no eran necesarias más pruebas, solo que abriera los ojos y viviese. Yo sería lo que ella quisiese. Haría lo que ella deseara y eso sería también lo que desearía yo. Se enteraría de que la amaba y siempre la había amado. Mi cabeza seguía dando vueltas a la misma plegaria sencilla. Debía seguir repitiéndola simplemente, no permitir que se inmiscuyese ningún otro sentimiento. Era importante no distraerme. En aquel estado como de trance, podía ver a las personas que me rodeaban y hablar con ellas, pero estaba aislado, puro, dedicado a mi plegaria, como si estuviera manteniendo viva a Sylvia. La amaba, siempre la había amado, íbamos a irnos a Michigan...

Uno de los médicos me preguntó si sabía qué había tomado Sylvia. Le respondí lo que me había dicho ella. Entonces me dijo que debían hacerle una traqueotomía. Sylvia no respiraba, pero ninguno de los presentes tenía autoridad para hacer una operación quirúrgica. Noté que todos ellos tenían acentos extranjeros, español y alemán. Tal vez no tuvieran el permiso para ejercer la medicina en los Estados Unidos. Estaban a su alrededor, de pronto sin hacer nada. Yo no entendía que no se pudiese hacer nada. Insté al que me había hablado a que hiciera la traqueotomía. Dije: «Hágalo, por favor». Rogué con la cara, el cuerpo y la voz. Él quería hacerlo, pero estaba asustado. Apareció otro médico, sin bata, que se dirigía muy rápido por el pasillo a la salida. Era alto, robusto, con cara de nórdico, tez amarillenta, labios finos, ojos gélidos. Parecía tener autoridad, como un héroe o un dios, alguien que podía hacer operaciones quirúrgicas, subir una montaña, matar a gente,

cualquier cosa. Vi en sus ojos que solo pensaba en abandonar la sala de urgencias, marcharse del hospital, irse a un lugar lejano. El que me había hablado, un médico —si es que lo era— bajo y moreno, español, detuvo al que iba a salir. Le explicó la situación con un tono de voz distinto, la espalda ligeramente inclinada y las costillas apretadas con los codos, como disculpándose, pidiendo perdón. Con una mueca de desagrado, el alto lo apartó y salió afuera.

Yo comprendí al instante que el médico español había empleado un tono de voz inapropiado. Debería haberse mostrado enérgico y exigente. Debería haber dicho en voz alta para que todo el mundo lo oyera: «Hágalo. La paciente no respira. Va a morir». En cambio, susurraba, servilmente. Yo había temido que el médico de ojos gélidos reaccionara como lo hizo, apartando al médico español. Yo no podía hacer nada, tan solo contemplar a aquellos dos hombres, como si estuviera soñando toda su conversación.

Después, el médico español volvió junto a Sylvia. Los otros rodeaban la mesa y contemplaban, con expresión preocupada, al que practicaba la traqueotomía. Yo miraba desde la puerta, pues no me estaba permitido acercarme más. El médico español estaba arriesgando su carrera y su vida. Al menos eso fue lo que yo pensé. Pese al riesgo de perderlo todo, hizo la operación.

Unos momentos después, volvió hasta mí y dijo que Sylvia se salvaría. Estaba respirando normalmente. Estaba satisfecho, eufórico, tranquilizador; con su lograda operación ya no teníamos motivo para preocuparnos. La llevaron en una camilla a una habitación del piso superior. Yo la seguí y me senté junto a su cama. Cuando nos quedamos solos, le dije que iríamos a Michigan y que deseaba que abriera los ojos. No los abrió, no se movió.

Salí de la habitación para telefonar a la familia y amigos. Algunos llegaron en plena noche; otros, por la mañana temprano. Entre los que acudieron estaban dos de las tías y un tío de Sylvia. Hablaban entre ellos, no a mí. Acerté a oír algunas de las cosas que dijeron, mientras estaban a la puerta de la habitación de Sylvia.

—Me siento muy mal. Nunca fui a visitarla. A veces me llamaba. —Era una voz de mujer, de matrona, con una entonación ligeramente extranjera.

—Siempre ha sido una neurótica. No sé por qué se casó su marido con ella. —Otra mujer.

—¿Estará recibiendo todo el cuidado necesario? Quiero llamar a otro doctor. —Era la primera mujer otra vez, con voz cada vez más agitada. Prosiguió—: Busca la llave de su piso. Debemos investigar, averiguar lo que tomó. Vamos a necesitar los documentos del seguro médico. Creo que tenía un gato. ¿Le habrá dado alguien de comer? Sylvia no se despertó, pero seguía respirando normalmente. En determinado momento volvió la cara hacia mí y me siguió cuando crucé al otro lado de la cama. Parecía que la cabeza estuviera alerta y supiera que yo estaba en la habitación y, sin embargo, notara mi presencia a través de un vacío, como desde otro planeta. Pasé horas contemplándola. Le cogí la mano, le atusé el pelo. Más que nada, estuve simplemente sentado junto a su cama. Estaba convencido de que me oía, sentía mi tacto, sentía el movimiento, y de que estaba del todo consciente y alerta, pero no podía, sencillamente, responder. Estaba suspendida, flotando en un extraño sueño. Cuando despertara, lo recordaría todo. De vez en cuando, yo salía de la habitación y dormitaba en el pasillo, en un banco de madera.

Pasé dos días y dos noches sentado con Sylvia o intentando dormir en el banco, con miedo a abandonar el hospital antes de que despertara. Pensaba que era peligroso alejarme de ella, demasiado desafortunado, demasiado arriesgado. Estaría en la ciudad, lejos, sin hacer nada para sostenerla. Mi presencia era necesaria: el tacto, la voz, los pensamientos.

La segunda mañana, el médico español me llevó a un despacho. Volvió a decir que Sylvia se recuperaría, pero estaba más sereno, más prudente. Dijo que era un milagro médico que estuviese viva, pero no debía hacerme demasiadas ilusiones. Había estado inconsciente mucho tiempo. No se podía saber si habría sufrido daño cerebral. «Podría no ser ya la persona que usted recuerda.»

Noté por primera vez que era muy joven y tenía cara redonda y pelo espeso, negro y rizado. Daba impresión de robustez, energía y cordialidad. Empecé a apreciar los rasgos de su personalidad, su deseo de ser amable y en parte la idea que tenía de sí mismo como médico. Probablemente fuera más joven que yo, pero hablaba con actitud paternal, cumpliendo con su deber,

intentando prepararme para lo peor que podía ocurrir. Yo no creía que Sylvia hubiese sufrido daño cerebral.

Durante la tercera noche, mientras dormía en el banco de madera fuera de la habitación, me despertaron unos gritos terribles con acento alemán —«Siil-vya»— y el sonido de cachetes fuertes. Me levanté y miré dentro de la habitación. El médico que se había negado a hacer la traqueotomía estaba inclinado sobre Sylvia y gritaba su nombre y la abofeteaba, como si fuera una niña muy desobediente, que se negaba a despertar. Sentí compasión de él, pero también lo odié y le deseé toda clase de males. Sylvia no abrió los ojos.

La mañana siguiente, bajé y me senté en la recepción. Un hombre negro y dos mujeres, tal vez su esposa y su hermana, estaban esperando. Iban bien vestidos, como para mostrar respeto al hospital. Apareció el médico español. Mientras se dirigía a ellos, su redonda cara tenía una expresión expectante, como las de ellos. Por un instante pareció que estuviera a punto de recibir noticias de ellos, pero fue él quien habló: «Su hija ha muerto. Lo acompaño en el sentimiento».

Entonces entendí su expresión. Había imitado lo que veía en las caras de ellos, su expectación, para mostrarles que sentía lo mismo que ellos. Era algo instintivo, un reflejo de imitación, no estaba mostrando nada deliberadamente, solo sintiendo lo mismo que ellos. El señor negro dijo: «Solo se había caído por la escalera». Las mujeres se abrazaron y lloraron y después lloró el hombre. Sentí pena de todos ellos y de mí.

Por mi parte, contuve las lágrimas. Se me ocurrió la idea de que había habido un sacrificio. Una mujer había muerto. Así, pues, ahora Sylvia se despertaría. Era una pena que hubiese de ser así, pero en el plan de Dios hay una justicia terrible. Sylvia y yo abandonaríamos pronto el hospital.

Pensé que, si fuera rico, donaría una fortuna a aquel hospital para los muchos que recibirían su atención y los muchos que llorarían. Yo iba a la deriva y en sueños sobre mí mismo como profeta y benefactor inmensamente generoso y, aunque estaba seguro de que podía correr dos kilómetros muy velozmente o levantar, de ser necesario, grandes pesos, estaba muy cansado. Alguien me encontró errando por los pasillos. Me dijeron que me fuera a

casa, Sylvia iba a salvarse. Podía irme a casa, ducharme, cambiarme la ropa. Salí del hospital. Lo de ducharme era una buena idea.

Mientras había errado por el hospital y había permanecido sentado junto a la cama de Sylvia, apenas había notado el paso de los días. Por las mañanas había una vaga claridad. Se encendían las luces eléctricas y era de noche. En aquel momento estaba a la plena y fría luz del sol y me sorprendió descubrir que la ciudad no se había detenido ni un minuto. Las calles eran un hervidero. Había un tráfico ruidoso y gente por todas partes. Paré un taxi y monté. Por un instante no supe qué decir. ¿Adónde iba? Di al conductor la dirección de la calle Ciento cuatro. Nos dirigimos veloces hacia el oeste. Mientras el contador sonaba marcando los segundos, contemplé la licencia del conductor, su nombre y su fotografía, fijada en el salpicadero. Se estremecía con sacudidas provocadas por los adoquines y los agujeros del asfalto congelado. Por las ventanillas del taxi, vi el vapor que se elevaba de los respiraderos de la calle y los cansados tubos de escape de los automóviles. Miraba a las personas que pasaban por las aceras, cada una de ellas extravagantemente singular. Un bigote, como una raya negra y horizontal, cruzaba la boca de un hombre, vedaba la atención a su débil barbilla. Una mujer con gafas de sol, abrigo de piel y tacones llevaba de la correa un pequeño terrier, que temblaba y olfateaba el cemento, en busca de un lugar para acucillarse.

Era consolador ver cosas conocidas, pero todo ello estaba ligeramente marcado por el miedo. Me habían dicho que Sylvia se iba a salvar. No obstante, yo seguía vigilante. Recordé la quietud inmutable del rostro de Sylvia y que no me devolvía la mirada. Después recordé a un médico que había llegado a las tantas de la segunda noche. Se llamaba Warsaw. Daba la impresión de ser muy competente y, como respondiendo a un desafío personal, se mostró deseoso de entender el estado de Sylvia.

—¿Qué fue exactamente lo que tomó?

—Dijo que había sido Seconal.

—¿Podría usted asegurarse de que así fue?

Desde una cabina de teléfono en el vestíbulo, marqué el número de Roger Lvov. No quería hablar con él, pero no tenía otra opción. Él sabía lo que Sylvia tomaba. Ella me había dicho que habían tomado drogas juntos y yo recordaba que él le había dado drogas en el pasado. Su teléfono sonó

durante un largo rato. Colgué, volví a marcar, dejé que sonara un rato, después colgué y volví a marcar una vez más. Al final, alguien lo descolgó. —Son más de las tres de la mañana, Hamilton —dijo un hombre—. ¡Qué pesado eres! ¡No me toques los cojones más!

En segundo término, Roger dijo:

—Pásamelo. —Después habló por el teléfono, con su ahogada voz—: Si me insultas, Hamilton, dejaré de hablarte. ¿Qué quieres?

—Sylvia tuvo una sobredosis. Está en el hospital. Silencio.

—Sí —dijo Roger después.

—El médico quiere saber exactamente qué tomaba. Silencio.

Oí el sonido de una cerilla al encender. Roger inhaló y exhaló.

—¿Qué te dijo ella?

—Seconal.

—Eso es.

—Cuarenta y siete pastillas de Seconal.

—Eso es.

Colgué y fui a ver al médico. Después me senté junto a la cama de Sylvia. La conversación con Roger no hizo sino confirmar lo que había dicho Sylvia, pero yo seguía repitiendo las palabras para mis adentros, como un detective obsesivo, como si pudiera ocurrírseme de repente la solución para todo el misterio de la vida. Pastillas de Seconal. Eso es. Cuarenta y siete pastillas de Seconal. Eso es.

Cuando el taxi cruzó la West End Avenue, vi el edificio del que habíamos salido tres noches antes, la ambulancia esperando en la calle con su histeria de luces centelleantes. Recordé la carrera por la ciudad hasta el hospital.

Al echar mano al bolsillo del pantalón en busca del dinero para pagar al taxista, comprendí que no llevaba las llaves. Llamé al timbre de la administradora. Me dejó entrar y me dio otro juego de llaves. «¿Vendrá también pronto su mujer?» Asentí con la cabeza, le di las gracias por las llaves y subí por la escalera.

El gato de la cola rota había desaparecido. Probablemente alguien lo hubiera soltado en la calle. Durante unos minutos, me quedé mirando por una ventana a la calle, como si pudiese avistar el gato. Recordé que una noche me

había quedado junto a la ventana y había oído un sonido en el cielo. Había alzado la vista y había visto gansos, muy altos sobre la ciudad, que se dirigían, en una formación en V, al norte.

Fui al dormitorio. Cuando abrí la puerta de un armario empotrado para buscar una toalla de baño, descubrí un montón de cartas en un estante y reconocí mi letra al frente de los sobres. Eran cartas que había mandado a Sylvia desde Michigan, cartas cariñosas y graciosas, pero, por la forma como había escrito su nombre y dirección —letras demasiado grandes y garabateadas con euforia—, comprendí que mi ánimo era como el de un niño, demasiado feliz al vivir lejos de ella.

En el calor y el vapor de la ducha, con los ojos cerrados y respirando despacio, me mantuve como un poste e intenté no ver mi letra en aquellas cartas, no pensar ni sentir. Cuando salí de la ducha, sonó el teléfono. Era el hospital. Me dijeron que volviese. Me vestí deprisa, salí corriendo y encontré un taxi.

Al entrar en el hospital, me detuvieron en el mostrador. Había llamado mi hermano. Una enfermera me dijo que, antes de ir a la habitación de Sylvia, le devolviese la llamada. Me insistió. Telefoneé. Respondió mi hermano y dijo que Sylvia había muerto.

La enfermera estaba esperando delante de la cabina telefónica. Me dijo que fuera a la habitación de Sylvia y recogiese sus cosas. Primero me habían dicho que acudiera y después me decían que me marchase. Mis pies se dirigieron a su habitación. No recordaba qué cosas debía recoger. Vi una cama limpia, blanca y vacía. Vi un vacío. Abandoné el hospital sin nada, absolutamente nada.

Después de la autopsia, fui al depósito de cadáveres para la identificación. El cadáver apareció en un ascensor, tendido en una camilla y procedente del subsuelo. Estaba a unos cuatro metros de distancia, tras un tabique de cristal. Una auxiliar negra, con uniforme blanco, estaba junto a la cabecera. Las dos, Sylvia y ella, estaban de perfil e inmóviles, como si las dos esperaran que yo hiciera una seña para indicar que se trataba, en efecto, de Sylvia. Estaba cubierta con una sábana desde los pies hasta el cuello. Di un paso atrás, como

si me hubieran dado un puñetazo, y casi me caí. La auxiliar no me miró, pero había visto mi reacción y la consideró una confirmación. Sylvia y ella, como figuras que actuaran en un escenario, descendieron despacio y en silencio al subsuelo. En otra escena habría sido difícil decir cuál de ellas era la muerta.

Se organizaron las exequias. Me compré un traje negro. Se celebraron los oficios en una sinagoga de la parte alta de la ciudad, al oeste, y después vino la conducción hasta el cementerio. Era un día soleado y gélido. Cuando descendieron el ataúd hasta el fondo, mi padre se derrumbó y lloró. Su pena me sorprendió. Parecía inapropiada, difícil de entender. Después del hospital, el depósito de cadáveres y los oficios funerarios, nada quedaba dentro de mí. Nadie más lloró.

Camino del cementerio, la limusina que trasladaba a las tías de Sylvia había adelantado a la mía y había abierto el cortejo. Lo mismo ocurrió a la salida. Yo había visto tres veces a la tía de Sylvia en los cuatro últimos años. Sylvia raras veces hablaba de ella, solo de su marido, al que Sylvia apreciaba mucho. No vino al entierro, pero sí que fue conmigo al funeral, donde dijo: «No voy a ir al cementerio. Últimamente lo he frecuentado demasiado».

Comí y dormí en el piso de mis padres. Desde su balcón, contemplé la ciudad, con su inmensa indiferencia para conmigo. Los edificios parecían aún mayores y extrañamente amenazadores. Los ruidos de las calles en el aire gélido eran exquisitamente agudos, como si el tráfico estuviera asediado y los chiquillos que corrían por el Seward Park estuviesen matándose unos a otros. El estruendo de un aeroplano desgarró el cielo. Todo me llegaba como sensaciones, no sentimientos. No tenía sentimiento alguno que pudiera nombrar. No tenía sentimientos humanos.

Regresé a Ann Arbor y alquilé un apartamento, una habitación con una cocinita y un cuarto de baño diminuto. Era el ático reformado de una casa situada en una colina por encima de un cementerio, en el que no me había fijado cuando decidí quedármelo. Era barato y quedaba cerca de la universidad. Tenía buena luz y era una casa tranquila. En el piso de abajo vivía un estudiante de doctorado de Bioquímica con su esposa y su niño pequeño. Al otro lado de la calle había una residencia universitaria femenina.

Por las mañanas, antes de salir para la universidad, me sentaba a la mesa de la cocina con un periódico y una taza de café o miraba afuera por sobre los árboles y los senderos del cementerio. Una joven visitaba cierta tumba varias veces a la semana. Llevaba solo un traje de chaqueta, pese al frío que hacía, y siempre iba sola. Se quedaba muchos minutos delante de la lápida, con la cabeza ligeramente gacha y los brazos colgando a los costados: una tristeza profunda y sencilla. Mi corazón estaba con ella, como si pudiera permitirme con facilidad compadecer. Pobre mujer, pensaba, y las lágrimas comenzaban a correr.

No sabía lo que sentía por mí mismo. Me parecía que estaba resistiendo muy bien, asistiendo a las clases, estudiando para los exámenes. No me parecía extraño despertarme en plena noche con la clara sensación de que ella pronunciaba mi nombre, pero empecé a temer el momento de dormirme. Temía soñar. Me quedaba levantado hasta tarde, leyendo hasta que los ojos me ardían y ya no podía entender el sentido de las páginas. Entonces me acostaba, con la esperanza de caer en seguida por debajo del nivel de los sueños y en el olvido. En cierta ocasión caí en el depósito de cadáveres, con Sylvia allí tendida y cubierta con una sábana blanca hasta la barbilla. Era como en otro tiempo, los dos en un cuartito, Sylvia dormida y yo deshecho. Rompí a llorar y supliqué a Sylvia, sin hacer concesiones a la realidad. Mi necesidad era la única realidad, más real que la muerte. Sylvia tenía que poner fin a aquella situación. Tenía que abrir los ojos y sentarse. Lo hacía. Yo la abrazaba y le preguntaba si le gustaría ir al cine. Ella decía que sí, pero, ¿podíamos comer algo antes? Yo le decía que podíamos hacer lo que quiera que ella deseara, cualquier cosa, y salíamos en busca de un restaurante, perdidamente felices.

«Hay siempre algo de locura en el amor; pero también hay siempre algo de razón en la locura.»  
en la locura.»

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Sylvia*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.  
Le esperamos.



## Nota biográfica

Leonard Michaels (1933-2003) nació en Nueva York y fue uno de los autores estadounidenses más admirados e influyentes del siglo XX. Hijo de una familia judía, hasta los seis años solo habló yidis. Desde su primer libro de cuentos, *Going Places* (1969), fue considerado uno de los más brillantes escritores de ficción de su época. Seis años más tarde publicó otro libro de relatos, *I Would Have Saved Them If I Could* (1975), y en 1981 llegaría su primera novela, *The Men's Club*, que fue llevada al cine en 1986 por Peter Medak, con guion del propio Michaels. Posteriormente llegarían otros tres libros de cuentos y la novela autobiográfica *Sylvia* (1992), así como también varios ensayos literarios y sus diarios. Michaels, que fue profesor en Berkeley hasta su muerte en 2003, está considerado ya un autor imprescindible de la literatura norteamericana reciente.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El corazón de los hombres*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[¡Melisande! ¿Qué son los sueños?](#), Hillel Halkin

[Qué fue de Sophie Wilder](#), Christopher R. Beha

[Personajes secundarios](#), Joyce Johnson

Libros del Asteroide 

**Leonard Michaels**

**Sylvia**

Prólogo de Alan Pauls

